



al final,
la MUERTE

FBI

por
O.C. TAVIN

O. C. TAVIN

AL FINAL, LA MUERTE



DERECHOS RESERVADOS

Copyright by EDITORIAL

ROLLAN

Madrid, 1952

PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68 - MADRID.

Impreso un Graficas ROLLAN. — Madrid.

OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Sangre!», núm. 13.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armour, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Pavorosa elección», núm. 57.
- «"Killer" a sueldo», núm. 67.
- «Punto final», núm. 70.
- «Entre esas brumas...», núm. 72.
- «¡Terror!», núm. 75.
- «El final de Rocco», núm. 76.
- «Alias "Lugger"», núm. 81.
- «Al borde del abismo», núm. 89.
- «La marca trágica», núm. 93.
- «Lucha a muerte», núm. 95.
- «El asfalto es rojo», núm. 102.
- «Noches de Nueva York», núm. 109.
- «El hombre de Whitechapel», núm. 115.
- «¡Fatalidad!», núm. 127.

PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68.—MADRID

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte aliada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (8).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).
56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escarlata (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (8).
61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).

63. Camaradas enemigos (3)
64. A la deriva (6).
66. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada (3)
67. «Killer» a sueldo (5).
66. Muerte en el atardecer (4)
69. Loup-Garou (3).
70. Punto final (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3)
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura (13).
74. El confidente (3)
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco (5).
77. El vengador negro (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado (6).
80. Secreto de Estado (4).
81. Alias «Lugger» (5).
82. Hora «D» (3).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
85. Jack el invencible (1)
86. Rastros perdidos (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Traición sangrienta (14).
89. Al borde del abismo (5).
90. Crimen y justicia (1).
91. Hombres sin arma (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
97. Hampa de frac (1).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I (1) (2.ª ed.)
101. De Harvard a Quantico (16).
102. El asfalto es rojo (5)
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3)
105. Vida en deuda (17).
106. Aguas turbulentas (4).
107. La araña verde (8).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York. (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3)
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Whitechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (5).
128. Escalera de color (16).
129. La muerte blanca (15)
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (8).
133. Persiguiendo cadáveres (26)
134. Prisión de oro (4).
135. Pasión inmortal (1)
136. ¿Volverá O'Regan? (5)
137. Cubil de alimañas (17)
138. La aventura de Harris (3).
139. Ratas del puerto (27).
140. Billete para la eternidad (4)
141. El triunfo de los mejores (21)

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (19) Edgar Ford. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (20) Andre O'Sun. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (21) Fel Marty. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (22) Dana Yonell. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (23) Al Gallard. |
| (6) Alar Benet. | (16) Robert Deaf. | (24) Chester King. |
| (7) A. G. Murphy. | (10) Alan Carson. | (25) Joseph Tell. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Alv Cortroa. | (26) Med Ryman. |
| (9) J. L. Martin. | (18) Jack Grey. | |

I



STABA sentado Ready ante una mesita, bajo el tibio sol, en la terraza del Café Miramar, en la Promenade des Anglais. Ante él tenía la copa de «*whisky*» con seltz, el platillo de almendras saladas, y en las manos, un número del «New York Times», edición parisién, que leía aburridamente, cuando se levantó precipitadamente, sonriendo, mientras veía acercarse a un hombre alto, fuerte, bien vestido, llevando en el brazo una trinchera.

Dejó que el hombre se acercase, con su pipa en la boca y el aire inconfundible de anglosajón, de rostro anguloso y mentón prominente.

—¡Eh,

T-Man!

—exclamó Ready, cuando estuvo cerca, mientras el hombre miraba

hacia otro lado distraídamente.

Se volvió el paseante, arrugando el ceño, pero aquel gesto huraño se trocó en otro de alegría, sonriente, yendo al encuentro de Ready con la mano extendida.

—¡Diablos,

G-Man!

—exclamó con voz no muy alta, aunque efusiva—. ¿Qué haces en Niza? ¿Al sol que más caliente?

—Como tú, me figuro. Me encanta verte, viejo camarada —respondió Ready, señalando con un gesto otro sillón de mimbre al lado de la mesita—. Vamos, brindemos por el encuentro. Siéntate. Estás bien, Gunderson, caramba...

—Y tú, engordando, me parece. Creo que ninguno de los dos estábamos tan bien cuando la invasión de Sicilia, ¿eh? Aquellos días en que no llegaban los suministros, mientras los alemanes nos freían a morterazos... —Dio una palmada, y al camarero que se presentó le pidió una copa de «*whisky*» y almendras tostadas y saladas.

—¿Qué haces aquí? ¿Llevas mucho tiempo en Niza? —preguntó Ready, mientras se contemplaban sonrientes, brillando en sus ojos juveniles la alegría por encontrarse de nuevo.

Gunderson hizo un gesto, señalando al camarero, que dejó el servicio sobre la mesita, alejándose.

—Hace cuatro días que llegué solamente. Cosas del servicio —bajó la voz, bebiendo un sorbo de «*whisky*» y cogiendo unas almendras, que se llevó a la boca lentamente—. Hay en circulación muchos billetes americanos falsos, y aquí me tienes, buscando a los que los lanzan y dónde se fabrican.

—¡Ah! —exclamó Ready, silbando bajito—. Una cosa pesada, ¿verdad? ¿Vienes de Wáshington?

—Sí. No creas, me ha alegrado que me den este servicio. Allí hacía un frío horrendo y estaba todo el día pegado al radiador de la calefacción, aburrido. ¿Conocías Niza?

—Sí. Esto es estupendo en invierno. Estoy agregado a la Embajada, en París, donde también hace mucho frío.

—¿Servicio oficial aquí? —preguntó Gunderson, ofreciendo un cigarrillo a Ready—. Espionaje, quizá... Dicen que esto está saturado de agentes...

—No, no. Estoy de vacaciones. Quince días me han dado, en

vista de que en la Embajada hay tranquilidad. Espero a Paulino — miró la hora en su reloj de pulsera, sonriendo maliciosamente.

—Una amiguita, claro... —insinuó Gunderson, guiñando un ojo mientras reía—. Estas francesitas son deliciosas, tan espirituales. Bueno, avisa cuando vaya a llegar, y me voy.

—¿Por qué? Somos novios; y hasta creo que se alegrará de conocerte. La he hablado de ti con frecuencia. De cuando éramos soldaditos de la «Liberté», lo cual no impedía para que las pasásemos negras —respondió Ready, dando un golpe en un hombro a su amigo—. Espera a que venga, si no tienes nada mejor que hacer. ¿No tienes ninguna amistad aquí... femenina?

—No puedo, ¡diablos! Pero habré de buscar a la mujer que va al Casino y otros sitios, a dejar los billetes falsos, y entonces necesitaré hacerla el amor para que suelte lo que sepa.

—¿Es una mujer? —preguntó Ready, intrigado.

—En esos sucios negocios siempre hay mujeres, querido. Muy elegantes, llenas de joyas, con el coche a la puerta y un galán o dos a su alrededor, que son los cómplices o jefes de la banda. Siempre es lo mismo, Billy.

—Interesante. Es de esperar que no encuentres dificultades, entonces.

—Puede haberlas. Hasta dar con los que lanzan los billetes hay que recorrer un camino áspero, delicado. Figúrate que una mujer decente, o un hombre, dejan en el cambio por fichas varios billetes falsos, que ellos ignoran que lo son porque se los han dado la noche anterior. Si procedes irreflexivamente, te puedes meter en un lío muy serio, descubriendo al mismo tiempo tu juego; se te van los falsificadores a otra parte y entonces desde Washington te llaman animal y te dejan cesante.

—¡Ah! Pero, bueno, tú eres ya veterano y has hecho buenos servicios, para ir a caer ahora como un novato. ¿Te ayuda la Policía francesa?

—No. Mientras no sea absolutamente preciso, tengo orden de no trabajar sino solo. Ya sabes lo que pasa con estas cosas. Cuantas más personas lo sepan, menos seguridad hay de salir airoso. Ya me han dicho que en la Costa Azul hay alguna... inmoralidad por parte de algunos jefes de la Policía, que hacen la vista gorda si se les pone en la mano ciertas cantidades. El franco está tirado y con ello las

necesidades aumentan, adormeciéndose las conciencias.

—Es cierto. Esto no solamente pasa en Francia, sino en Italia, en Alemania occidental. Hay una locura colectiva por vivir bien, con lujo, ostentación, trabajando lo menos posible. Se buscan los asuntos fáciles y que más rindan, aun a costa de ponerse al margen de la ley. ¿Cómo figuras tú aquí?

—Como escritor en vacaciones —respondió, riendo, Gunderson—. Ya sabes que tengo aficiones literarias y he escrito algo, que se ha publicado y no se vende mal.

—Tienes que decirme qué obras son, para comprarlas.

—Perfectamente. Yo te las enviaré a tu hotel. ¿Dónde vives?

—En el Hotel Mirabelle, en el cuarenta y ocho de la rue de la Liberté.

—Yo estoy en el Hotel Magnan, en la rue Chateaufort, en el sesenta y cinco, cerca de la iglesia rusa, que es admirable. Voy allí con frecuencia, cuando me aburro de divagar por estas calles sin encontrar a nadie conocido.

—Eso no te pasará ya en quince días. Vine ayer, con Pauline. Ella es encargada en una gran casa de modas, Gallien, de la rue de la Paix, de París, y ha venido con una docena de estupendas chicas, modelos, para exhibir los vestidos y sombreros en el Casino y otros sitios. ¡Allí viene! —exclamó, jubilosamente, levantándose—. Dime qué te parece. Si has visto en tu vida a una chica más estupenda... Es aquella que anda como si se deslizase. ¿Qué tendrán las parisenses, Oscar, que son únicas en el mundo?

Gunderson se levantó para saludar a una mujer alta, esbelta, muy bien proporcionada, de unos veintitrés a veinticinco años, muy elegante, que avanzaba ya más apresuradamente hacia Ready, sonriendo alegremente. El agente del Tesoro americano sonrió complacidamente. Era, en efecto, una perfecta muchacha, y su amigo del

F. B. I.

podía estar orgulloso de su conquista.

—Bien, Pauline —dijo Ready, poniendo una mano sobre un hombro de Gunderson—. Aquí tienes a mi camarada de la guerra, de quien tanto te hablé, ¿recuerdas? Oscar Gunderson, ¡caramba! Este ángel, Oscar, es Pauline, mi novia.

—Gunderson... —exclamó la bella joven, muy abiertos los

grandes ojos pardos, que contemplaban al agente del Tesoro con admiración—. Usted salvó la vida a Billy en cierta ocasión... ¡Oh!

Y sin decir más apoyó sus manos sobre los hombros de Gunderson, se empinó y besó en ambas mejillas al joven americano, que enrojeció, mirando azoradamente a Ready y después a la joven, que rieron alegremente.

—Bueno, sentémonos —dijo después Ready—. ¿Qué quieres tomar, encanto? Mira, Oscar está muy solo, ¿sabes?, y hemos de ayudarle un poco a combatir su aburrimiento. Lo admitiremos en nuestra compañía... ciertos ratos, ¿verdad?

—No quisiera ser un pelma, Billy —repuso Gunderson, azorado—. Puedo valerme, créeme —hablaban los tres en francés, ya que Pauline no conocía bien el inglés aún.

—¡Oh, claro, Oscar! —exclamó ella, sonriendo—. Debes estar con nosotros, naturalmente. Puedo presentarte también a alguna de mis modelos, si lo prefieres. Son alegres, pero decentes, ¿eh?, y sueñan en divertirse con un apuesto americano. Casi puedes salir con una cada día...

Rieron los tres, y Pauline pidió también «*whisky*», ya que deseaba «americanizarse» lo antes posible, según decía, para no hacer mal papel cuando se casase con Ready y éste la llevase a Estados Unidos.

Ready explicó a su novia lo que hacía Gunderson en Niza, y ella abrió muchas veces sus grandes y bellos ojos, contemplando con admiración al camarada de Ready.

—Debe ser sumamente excitante lo que usted tiene que hacer —dijo, suspirando—. Yo he leído en novelas algo de eso, pero la realidad debe superarlo, ¿verdad, Oscar? ¿Qué hará cuando aprese a alguna bella falsificadora? ¿No sentirá compasión de ella? ¿Y si usted se enamora o cae en sus redes? Siempre he oído decir que son astutas, verdaderas bellezas, seductoras...

—La diré algo así: «Encanto, me gustas mucho, pero voy a llevarte al invernadero para que tu belleza no se marchite» —respondió, riendo, Gunderson—. Confieso que será la primera vez que tenga que detener a una mujer de esta clase, si es que en este caso existe la bella traficante.

—Oscar, si puedo hacer algo para ayudarte... —dijo Ready, mientras repartía cigarrillos a su amigo y a su novia—. Pauline ya

me ha dicho que muchos ratos no podrá estar conmigo.

—Tengo que preparar las colecciones, dar instrucciones a mis modelos, se excusó ella, con un gesto de fastidio. —Yo no tengo vacaciones como tú, querido mío. Y no te ofrezco la compañía, ni lo sueñes, de alguna de mis muchachas, ¿entendido? Los dos podréis pasear, charlar, y debes ayudar en lo que puedas a Oscar.

—Pensábamos bañarnos, Oscar —dijo Ready, levantándose—. No son sino las doce y el agua estará estupenda. ¿Quieres acompañarnos?

—Claro que sí —se levantó también Gunderson—. Los tres, ¿no? Estoy encantado, chico, con haberos encontrado, con conocer a Pauline. Y de eso de presentarme a alguna de tus modelos... —sonrió, hipócritamente, confuso—, me agrada la idea. Menos fastidioso os seré.

Bajaron a la playa, con bastante público en la arena, dando un paseo por el Quai des Etats Unis, entrando en las cabinas. Allí tenía ya alquiladas dos Ready, donde se cambiaron ambos hombres, prestándole el agente del

F. B. I.

a su amigo un traje de baño.

—¿Qué te parece Pauline, tú? —preguntó Ready a Gunderson.

—Siempre has sido afortunado, maldito —rezongó cómicamente el

T-Man

—. No dudo que serás feliz con ella. Tiene una dulce mirada, de buena chica...

—Lo es, muchacho. No creas que es tan fácil para nosotros encontrar una mujer que, al saber lo que somos, no nos diga: «Conformes, querido mío, pero tienes que dejar esa profesión. No quiero quedarme viuda ni pasar las noches en vela, esperando te traigan a casa hecho una criba» —repuso Ready, riendo.

—Algo de eso me pasa a mí también. Pero hasta ahora no se me ha ocurrido pensar en casarme. Bueno, vamos; que nos estará esperando tu novia.

Salieron de la cabina. Pauline estaba ya sentada en la arena. Gunderson se quedó maravillado al contemplarla y sinceramente envidió a su camarada. La bella muchacha sonrió y avanzaron hacia el manso oleaje del Mediterráneo.

Gran número de bañistas bogaban en lanchas, en los patinadores, de los que tiraban gasolineras velozmente, y hasta un helicóptero hacía filigranas, a muy poca altura, sobre el agua, trepando por él, mediante una cuerda, una bella muchacha, actriz de teatro, que así hacía su «réclame».

Nadaron los tres durante buen rato, hasta casi el Faro, con el monumento Aux Morts, entre el follaje y los pinos soberbios. Finalmente, pidieron auxilio, humorísticamente, al dueño de una gasolinera-yate americana, que navegaba por allí, y subieron a bordo a descansar. El dueño de la embarcación, alegre, rodeado de bellas amigas americanas y francesas, los invitó a un «cocktail» con hielo. Una radio hacía sonar roncamente, como mareada, la voz de André Chevalier.

Se arrojaron al agua cuando la embarcación se acercó a la playa, casi frente al Museo Massena, y poco después volvían a las cabinas para vestirse.

—Desearía que comieseis conmigo en cierto sitio de la ciudad vieja —dijo Gunderson, haciendo un gesto de entendido donde se podía comer mejor en Niza—. No es caro, y quedaremos encantados.

—Siempre fuiste un tragón —repuso, riendo, Ready—. Vamos donde quieras, con tal de que no te arruines. ¿Tienes bastante tiempo, Pauline?

—Sí. Hasta las cinco puedo estar con vosotros, querido mío.

Fueron andando hasta la Vieille Ville, con sus calles en cuesta, algunas de las cuales había que subir por escalinatas, con sus pasamanos en los muros de las casas pintorescas, muy viejas, donde tomaban el sol marinos de rostro atezado o remendaban sus redes.

—Es aquí —dijo, señalando, Gunderson, una especie de taberna, sobre la que había un rótulo, en colorines: «La belle Yvonne», que debía ser una sirena, allí pintada, ofreciendo un plato humeante mientras sonreía deliciosamente.

Se sentaron a una mesa vacía; todo estaba lleno de turistas extranjeros, predominando los ingleses y americanos. Tenía fama el establecimiento, sin duda alguna, por sus comidas típicas, en las que predominaban los guisos con aceite de oliva.

Gunderson se encargó de pedir los platos, ayudado por Pauline, que era buena «*gourmet*».

—No creí que viniese aquí... —dijo poco después Gunderson, mirando hacia una mesa con disimulo, ocupada por una bella mujer rubia, muy elegantemente vestida, aunque con sencillez. Iba acompañada de un hombre moreno, delgado, de correctos ademanes.

—¿Quién? —preguntó Ready, interrumpiendo un ademán de llevarse a la boca un trozo de carne de cordero guisado.

—Esa pareja —dijo Oscar, señalando con un gesto a los que le habían llamado la atención—. Van todas las noches al Casino y juegan grandes cantidades. Tienen varios coches, y ella lleva unas joyas dignas de una reina.

Pauline y Ready miraron con disimulo a aquella pareja.

—¿Crees que sean ellos los que introduzcan los billetes falsos? —preguntó el agente del
F. B. I.

—Ya lo pensé, no creas; pero me parece que no. Las dos veces que les he visto cambiar dinero por fichas han entregado libras esterlinas. De todas formas, los vigilo. Suelen ser personas así, tan encopetadas, las que sueltan el dinero falsificado en grandes cantidades.

—¿Y ganaban mucho? —preguntó Pauline.

—Las tres noches que los he visto han ganado, en efecto, pero no grandes cantidades, aunque siempre ponían ante la ruleta muchos miles de francos.

—No me gusta jugar —dijo Ready, frunciendo el ceño—. Es algo muy peligroso, de cuya fascinación hay que huir siempre.

—El año pasado se publicó una estadística de los suicidios por causa del juego en todos los casinos de la Costa Azul solamente: setenta y ocho. La mitad, personas de condición relativamente humilde, que todo lo fiaban en las ganancias del juego —dijo Gunderson—. Yo tampoco tengo simpatías por eso, aunque ahora es mi deber exponer algunas cantidades, para justificar la vigilancia.

—¿Y ganas? —preguntó Pauline, con gran curiosidad.

—No me ha ido mal. Anoche gané sesenta mil francos. La noche anterior, seis mil. Creo que cuanto menos interés se tiene en ganar, la Fortuna más le favorece a uno.

—¿Tienes ya algún billete de los falsos, cogido aquí? —preguntó Ready.

—Varios, de cien dólares. Ya os los enseñaré. Me los dio una de las cajas del Casino Municipal, sin darse cuenta, naturalmente, de que eran falsos. Están bien hechos, en cuanto a impresión y papel; pero tienen un fallo bien perceptible, como siempre ocurre.

—Entonces, ahora lo que te hace falta es capturar a quienes los sueltan aquí, así como a los falsificadores —dijo Pauline, muy excitada—. ¡Si pudieran hacerlo dentro de los quince días que vamos a estar aquí! Será muy emocionante, ¿verdad?, descubrirlos, y la cara que pondrán...

Sonrió Gunderson, negando con la cabeza.

—A veces hay que reducirlos a tiros, amiguita, y aunque es emocionante, también es muy peligroso —contestó, en tono humorístico—. Prefería menos emoción y más seguridad personal.

—Lo que te ocurre a ti también —dijo la muchacha, mirando con cariño a Ready—. Vuestras profesiones son muy arriesgadas, aunque nobles. Nunca te diré, Billy, que lo dejes, no obstante.

—No es para tanto, querida —respondió, riendo. Ready, apretando entre las suyas una mano de ella—. No irás a creer que todos los que estamos al servicio de la Justicia y el bien común terminamos nuestras vidas con una bala en el cuerpo. Son los menos, naturalmente, por fortuna.

Terminada la comida, Ready propuso ir a tomar el café a un sitio donde pudieran estar tranquilos, frente al mar, hasta la hora en que Pauline tuviera que marcharse.

—Vamos a la Place Guynemer —respondió Gunderson, haciendo un gesto al camarero para que le diese la cuenta—. Sobre los acantilados, en el paseo, hay un pequeño café, donde dormitan los viejos ingleses tomando el sol. Está cerca.

Salieron del restaurante lentamente. Gunderson miró de reojo a aquella elegante pareja, que todas las noches iban a jugar al Casino. Ellos no parecían haberse dado cuenta siquiera de la presencia de los tres jóvenes y charlaban animadamente, riendo ella con frecuencia.

Bajaron al paseo de Les Ponchettes, con sus hileras de verdes y copudos plátanos y tamarindos. En los bancos, leyendo tranquilamente, había numerosos extranjeros, especialmente ingleses, como lagartos tendidos al suave calor del sol. Desde allí, volviendo la vista hacia el Norte, se podía ver la maravillosa cadena

de los Alpes marítimos, que cerraba el horizonte. En el monte Chauve había mucha nieve, en la cumbre, y se adivinaba el curso del río Var, que desemboca al oeste de Niza, por las profundas gargantas que había entre las montañas.

Se sentaron ante una mesita, con un quitasol, al borde del acantilado, y pidieron el café y «*whisky*». Ante ellos, la inmensa bahía, con la playa, de seis kilómetros de longitud, trazando una graciosa curva, luminosa, brillando el mar bajo el sol rutilante.

—Comprendo que aquí tenga uno ganas de dormir —dijo Ready, bostezando—. ¡Qué vida se dan estos invernantes, que tienen dinero para venir a estos sitios!

—Pero se aburren inmensamente —contestó, sonriendo, Gunderson—. No tienes más que verlos. Leen tres o cuatro veces el periódico, se conocen de memoria todos los rincones de la Costa Azul, sus espectáculos, a los demás que vienen, año tras año. Y duermen como si se inyectaran morfina.

—Son los viejos —repuso Pauline—. Yo quisiera que me subvencionasen el venir aquí todos los inviernos dos meses, a condición de que no me pillasen aburrida, fastidiada. Perdería su dinero el que hiciese tal apuesta. Hay mar, hay montañas, nieve a pocos kilómetros de aquí...

—Donde tenemos que ir —cortó Ready.

—Hay fiestas donde la juventud lo pasa alegremente. Polo, paseos a caballo, golf, tenis, yates, aviones... ¡Dinero es lo que hace falta! —Siguió, con entusiasmo, Pauline—. Ayer, una millonaria americana pagó cien mil francos por un sencillo traje sastre que le ofrecí. No sabía la pobrecita en qué gastar su dinero, que aquí le vale inmensamente más, al cambio. Yo me gané de comisión diez mil. ¡Que me subvencionen las diversiones es lo que yo quiero!

Gunderson y Ready rieron. Pauline, que trabajaba en un ambiente de riqueza, con las modas para las mujeres millonarias, tenía forzosamente que renegar un poco de su humildad, tan en contraste con el lujo que la rodeaba en los grandes salones de la rue de la Paix, en París.

—Me temo, querida, que si te casas con un agente del
F. B. I.

no llegarás nunca a tener ni la centésima parte de eso que echas de menos —dijo su novio, mirándola con fingida severidad—. Tengo

algunos ahorros, pero no millones, te lo aseguro.

—¡Oh! Pero te tengo a ti, querido mío, y ya ves que no te dejo ni aunque pretendieras huir de mí —contestó ella—. Sueño con las riquezas, con el lujo, las diversiones...; pero me quedo con la realidad, que eres tú. Esto es más felicidad aún, créeme. Quisiera para ti lo mejor, compartido conmigo.

Sus risas despertaron a una pareja de viejos ingleses, que estaban en una mesita cercana. Ella les lanzó una mirada furibunda. El viejo, con recortado bigote, miró con mal disimulada admiración a Pauline, y ya no se volvió a dormir.

A las cinco menos cuarto, se levantaron. Pauline tenía que ir al hotel donde se alojaba, en el Florida, en el Boulevard Risso. Tomaron un «taxi» en la misma plaza Guynemer, y pocos minutos después llegaban a los jardines que rodeaban al elegante hotel. Sentadas en sillones de mimbre había varias bellas muchachas, de elegantes tipos esbeltos, tomando el sol y leyendo.

—Mis modelos —dijo Pauline, guiñando un ojo a Gunderson—. ¿Quieres que te presente a alguna? Son formales, te lo aseguro, aunque alegres, deseosas de divertirse honestamente. Mi casa no admite ciertas mujeres escandalosas.

—A la noche, si no te importa —repuso el agente del Tesoro, enrojeciendo—. Presentarme ahora a todas juntas es..., peor que si me viera ante una banda de falsificadores o defraudadores apuntándome con pistolas.

—Vamos a dar un paseo, entonces —propuso Ready, sonriendo maliciosamente—. ¿A qué hora venimos a recogerte, encanto?

—A las siete. Ya hablaré con Louise, para que esta noche la lleves al Casino —se dirigió ella a Gunderson—. Está loca por probar suerte en la ruleta, pero no tiene dinero.

—De acuerdo. Supongo que no querrá invertir mucho de dinero... mío, ¿eh? Preferiría gastarlo con ella en una buena cena o en la ópera. En algo positivo, que no sea repugnante, como el juego.

Dejaron a Pauline en el porche del hotel y tomaron calle abajo lentamente, aspirando la brisa del Mediterráneo, templada, deliciosa.

—Vamos a mi hotel y te enseñaré cómo son esos billetes falsos —propuso Gunderson—. Están endiabladamente bien hechos, y cree que me costó trabajo dar con el defecto que los distingue de los

buenos.

—¿Cómo lograsteis saber que aquí circulaban muchos? — preguntó Ready.

—Por un turista, que al llegar a Nueva York le rechazaron un billete en un Banco. Se le detuvo, y el hombre, honorable, decente, dijo que llevaba encima seis más, que le habían entregado en una de las cajas del Casino Municipal de aquí. Ya teníamos una pista, y me enviaron para solucionar el caso.

—Cuestión de paciencia, ¿no? Si son muchos los billetes lanzados, serán también muchas las personas que los lleven encima y los hagan correr.

—Buscar a los emisores, y a los falsificadores después. Quizá residan en Alemania; aquí, en Francia o Italia, o en Estados Unidos también. Ya sabes lo que es una investigación, aunque vosotros, los del

F. B. I.,

os ocupéis de otras cosas.

En la rue de Chateauneuf, donde estaba el Hotel Magnan, subieron al piso y departamento ocupado por Gunderson y entraron en él.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

Publica:

F. B. I - PROEZAS - NEVADA

NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

II



ABÍAN estado presenciando, además del desfile de modelos de la «maison» Gallien, de París, bajo la dirección de Pauline, un espectáculo de variedades americanas, todo ello en el Casino de la Jetée, enclavado en la playa, adonde se entraba por la Promenade des Anglais. Era ya pasada la una de la madrugada cuando Ready dejó a su novia en el hotel, regresando él, en la fresca noche, al Mirabelle, donde se albergaba.

Louise se marchó con su nuevo amigo Gunderson al Casino Municipal, a probar fortuna, en tanto el agente del Tesoro americano trabajaba pacientemente en su búsqueda de los que lanzaban los billetes falsos yanquis.

Hacia las dos y cuarto, Ready fue despertado por el timbre del

teléfono interior, sobre la mesilla de noche. Alargó el brazo, sobresaltado, y cogió el microteléfono.

—Conecto con el teléfono corriente, señor. Le llaman —dijo una voz, la del empleado de noche del hotel.

—¿No podía haber dicho que lo dejasen para mañana? —repuso, bruscamente, el agente del

F. B. I.

—. Bueno; veamos...

—Dijeron que era muy urgente, señor. Conecto.

Sonó un chasquido y Ready se estremeció al oír la voz de Pauline, su novia, agitada, casi gritando:

—¡Billy! ¡Billy!...

—Aquí estoy, querida. ¿Qué te pasa?

—¡Horrible, querido mío! ¡Ven cuando puedas, en seguida, quiero decir! ¡Han... asesinado a Oscar, a tu amigo!

Ready la oyó sollozar mientras pronunciaba palabras ininteligibles.

—¡Qué! —balbució el agente especial, sentándose en la cama, lívido de horror—. Que le han asesinado... ¡Pauline; dime qué ha pasado!

—¡Le han asesinado... cuando iba con Louise! ¡Desde un coche, pum, pum, le dispararon! ¡Oh, sí, sí, mi querido Billy! ¡Ven en seguida!

—¡Voy ahora mismo! —gritó él, colgando el aparato y saltando de la cama rápidamente.

Le dio como un vahído, porque su corazón latía excesivamente desordenado, bajo la terrible impresión. ¡Habían matado a Gunderson, al querido camarada de armas, al hombre más bueno del mundo, al mejor amigo que hombre alguno pudiera tener!

Mareado, atontado, se vistió precipitadamente.

Fue al teléfono y pidió al empleado del «comptoir» que avisase a un «taxi» a toda prisa.

Bajó la escalera, ya repuesto un tanto, más en su papel de hombre frío, acostumbrado a hacer frente a toda clase de peligros y circunstancias penosas. Su mente estaba ya laborando, cada vez con más lucidez, acerca de las circunstancias en que fue asesinado Gunderson. No tenía duda alguna de que fueron los falsificadores de billetes, que habían «olido» a su amigo y se apresuraron a

eliminarlo por la forma más radical. Gentes decididas, al parecer.

Subió al «taxi» y dio la dirección del Hotel Florida. Encendió un cigarrillo con mano nerviosa. La pena lo agobiaba, agarrotándole el corazón. Consideró siempre a Gunderson como un hombre excepcional en cuanto a valor, sentido común, lealtad, bondad. Le había salvado a él, Ready, la vida durante la invasión de Italia, y esto suponía mucho para un hombre como él, igualmente recto, valeroso, leal. Y lo habían asesinado...

En el vestíbulo del hotel estaba Louise, la bella modelo, acompañante de Oscar, que contestaba, entre sollozos, a varios agentes de paisano de la Policía y a otros de uniforme. Pauline estaba con ellos, así como cuatro o cinco modelos más, que hablaban con aquella irritante, para él, verbosidad latina, quitándose unas a otras la palabra, gritando, no dejando entenderse a nadie. Los agentes también manoteaban, interrogando todos a la vez, inclinados sobre la pobre Louise, que no sabía a quién atender, y por ello no atendía a nadie.

—¡Billy! —exclamó Pauline cuando vio a su novio, avanzando hacia él, muy pálida—. ¡Ha sido horrible! ¡Ni le dejaron siquiera luchar esos canallas!

Un agente de paisano, de mediana edad, le miró severamente.

—¿Quién es usted, por favor? —preguntó a Ready—. ¿Amigo del muerto?

—Sí. Me ha telefoneado esta señorita, y he venido...

—¿A qué? ¿Dónde estaba usted hacia la una y cuarenta de esta noche?

Ready hizo un gesto de fastidio. Él quería saber quién había matado a su mejor amigo, y ahora lo iban a meter en un lío de identificación y pesquisas sobre lo que él había hecho. En tanto, los culpables se ocultarían.

Sacó del bolsillo interior de su americana el carnet de agente especial del

F. B. I.,

agregado a la Embajada americana en París, y se lo mostró al policía, que lo examinó atentamente.

—Perfectamente. Pues ya ve, señor... —Se encogió de hombros, mientras se atusaba el bigotito recortado, nerviosamente—. Ha sido un asesinato estilo «gángster», y...

—¿Puedo interrogar a esta señorita? —preguntó Ready, señalando a Louise.

—Naturalmente, colega —afirmó el agente—. Jovencita: deje de llorar y charlar por los codos, y responda a las preguntas de este señor.

—Oiga, Louise, quisiera que se tranquilizase y me contase detalladamente lo sucedido. Vamos a aquel rincón, ¿eh?

—Sí, sí... ¡Pobre Oscar, tan guapo, tan caballero! —sollozó la joven, haciendo muchos aspavientos.

Se sentaron en unos sillones. Los agentes franceses cambiaban impresiones, haciendo anotaciones y hablando con Pauline.

—Empiece, Louise —dijo Ready, encendiendo un cigarrillo.

—¿Me da uno a mí? —pidió la joven, limpiándose las lágrimas—. ¡Canallas! ¡Tan hermosa vida! ¡Estaba a punto de declarárseme, señor Ready, y yo, pues..., le ayudaba, porque era como un niño grande, hermosote!...

Ready apretó los puños con rabia. Era muy cierto. Gunderson era como un niño grande por su bondad, su nobleza.

—Sí, Louise, sí —murmuró, con impaciencia—. Vamos a tratar de dilucidar este asunto y que castiguen a sus asesinos. Estuvieron en el Casino Municipal, ¿verdad? ¿Jugaron?

—Sí. Oscar estuvo en la Caja de Divisas, donde los que las tienen y quieren cambiar lo hacen allí. Habló con la cajera, bromeando. Luego trajo un montón de fichas de a mil francos...

—¿Había mucha gente extranjera allí?

—Bastantes. Yo empecé a ganar, y me daba un gusto... Quince mil francos aparté en mi bolso, para no tocarlos, jugando con diez mil más. Soy prudente, y...

—¿Qué hacía Oscar? ¿Jugó él también?

—No. Quiso dejarme sola, por si me daba mala suerte. En tanto, él iba recorriendo la mesa de ruleta, mirando cómo jugaban los demás. Volvió a la cajera de divisas extranjeras, y ya no me gustó mucho. Yo creo que «flirteaba» con aquella muchacha, pero volvió sonriente, y me convencí de que no era así.

—¿Por qué pensó eso?

—Me dijo que había ido a cambiar varios billetes pequeños americanos por otros de cien dólares, que me mostró. Después siguió dando vueltas alrededor de la mesa, mirando por encima de

los jugadores. Yo ganaba y estaba encantada. Ya pensaba que Oscar era estupendo, tan elegante, tan alto y guapo...

—¿Se detuvo especialmente ante alguien? ¿Pudo notarlo?

—¡Oh, sí, sí! Y me lo dijo, cuando se acercó a mí una vez. Me dijo: «Fíjate en esa pareja, nena. Lleva ella unas joyas que valen millones de francos, si son buenas». Me fijé, naturalmente, porque no estaban lejos de mí.

—¿Una mujer de unos treinta años, de mediana estatura, muy guapa, rubia, con ojos azules, extranjera? ¿Y él, alto y delgado, muy moreno, con ojos negros y cara de sinvergüenza, de cínico, elegante, ostentoso?

—¡Sí, sí! ¿Ya los conoce usted?

—De vista. ¿Se marcharon ustedes dos antes que ellos, o...?

—No. Ellos salieron antes que nosotros del salón de juego. Entonces, Oscar me dijo que deberíamos marcharnos también. Era casi la una de la madrugada y pensaba que quizá Pauline me regañase si iba excesivamente tarde. ¡Tan caballero el pobrecito Oscar! Yo ganaba dieciocho mil francos, aparte de los que tenía guardados, y, claro, me sentía tentada a seguir la buena racha...

—Se marcharon al fin, ¿verdad? ¿Qué pasó cuando salieron? Procure recordarlo bien, Louise. Es muy importante.

—No pasó casi nada, señor Ready, sino que íbamos andando por la Place Massena, encantados los dos. Oscar me decía que nunca había estado con una linda mujercita tan linda como yo. ¡Pobre mío! —sollozó, aparatosamente, y Ready suspiró, levemente—. Después, en la Avenue de la Victoire...

—¿Había mucha gente cuando salieron y por dónde iban ustedes?

—Regular. Unos coches iban y venían, con muchachos y chicas alegres. Cerca de la iglesia de Notre Dame, ¡Dios mío!, un coche negro se acercó a la acera, como si fuese a parar. No lo hizo, pero yo vi cómo asomaba un brazo de hombre, y varios tiros sonaron, seguidos. Después, el coche, con las luces apagadas, desapareció rápidamente. Sentí que Oscar vacilaba, que me agarraba desesperadamente, pero sonreía como un bendito, no queriendo asustarme... Me dijo que estaba herido. Yo no podía con él... El suelo se manchaba de sangre, bajo él. Chillé y acudieron varios transeúntes y un agente de la Policía. Lo subieron a un coche,

conmigo, y nos trasladaron a la clínica municipal de urgencia de la Avenue Foch. Tenía un balazo en la garganta el pobrecito mío, bajo la barbilla. Y murió a los dos minutos de llegar allí. Me miró desgarradoramente... Leí en sus ojos grises, tan amables, que me amaba ya un poco, que me hubiera llegado a amar mucho...

Ready se levantó, agitado, contemplando a la joven, que lloraba ahora bajito, pero con infinita pena.

—¿Está todavía en esa clínica, Louise? —preguntó él, roncamente.

—Sí. Creo que sí. Me trajeron aquí, porque yo no quería separarme de él. No podía comprender que estuviera muerto, tan grandote, tan fuerte y animoso, unos minutos antes. ¡Haga que guillotinen a esos canallas, señor Ready! Mi primer amor, mi gran amor...

Ready la dejó bruscamente. Aquella linda muchacha, tan expansiva, tan latina, le restaba los pocos ánimos que tenía, abrumado por aquella desgracia. Volvió al lado de los agentes franceses, que ahora intentaban bromear con las otras modelos. Pauline fue a él.

—Han registrado lo que tenía Oscar en sus maletas —dijo, mirándole fijamente—. Habrán visto que no era precisamente un escritor, sino lo otro...

—Voy a ver a Oscar a la clínica, querida. Ya iremos saliendo del apuro. Lo interesante ahora es seguir una pista de esos asesinos.

—Son los falsificadores, ¿verdad?

—Seguro. Suelen tener sus propios servicios de información. Quizá se dieron cuenta de los manejos de Oscar y lo liquidaron bestialmente. Peor para ellos. Me voy...

—Yo voy contigo, Billy.

—No. Esto no es para ti, querida. Quisiera evitar que le hagan la autopsia. Mañana hablaré con la Embajada, con el cónsul de aquí. No conviene dar publicidad al asunto.

Pauline se echó un chal sobre los hombros y cogió un brazo de Ready.

—Quiero darle un beso, Billy mío. Era un hombre que te salvó la vida, y un caballero. Si me dejan, pasaré el resto de la noche a su lado, rezando.

—Vamos, entonces —repuso, abruptamente, Ready.

Los agentes no se negaron a que se fuesen, y tomaron el camino aprisa hacia la clínica municipal de urgencia. Una hermosa noche, clara, templada, parecía invitar al paseo por las desiertas avenidas, muy iluminadas. La ciudad del placer dormía tranquilamente. Todavía, en alguna «boite», sonaban músicas de baile, y muchos coches lujosos estaban en los lugares de espera, charlando los choferes en grupo.

En un edificio de tres pisos, encima de una ancha puerta, brillaba una roja cruz de cristal, bajo la que había un rótulo grande. Entraron, y les salió al paso un hombre, cubierto con una ancha blusa blanca.

—Quisiera ver el cadáver del amigo mío, que fue asesinado hace un rato —dijo Regan, mostrando su carnet del F. B. I.

El ayudante médico asintió y les indicó el camino, por un largo pasillo. Empujó una puerta, de la que salía un fuerte olor a alcohol, desinfectantes. Ready cogió fuertemente de un brazo a Pauline, que estaba muy pálida.

—No entres, querida...

—Sí, Billy. Déjame.

Gunderson estaba tendido en una cama de operaciones, cubierto por una sábana, en medio de la amplia estancia, con vitrinas de herramientas, cubos y algunas blancas sillas de hierro.

Ready levantó una punta de la sábana. Vio el rostro de Gunderson, lívido, azulado, con los ojos cerrados. Bajo el agudo mentón tenía una ancha y abultada venda, manchada de sangre.

—¡Querido caballero! —murmuró Pauline, sollozando. Se inclinó y besó con respeto la helada frente de Oscar—. Bésale tú también, Billy mío. Te conservó él para mí...

Ready se inclinó, apretadas las mandíbulas, lívida, y acarició la cabellera revuelta de su mejor amigo. Besó también la frente espaciosa, volviendo a echar la punta de la sábana después.

—¿Puedo quedarme con él, señor, para velarlo? —preguntó Pauline al ayudante médico, que desde la puerta contempló la escena.

—Sí; desde luego. Tomen asiento. He de atender a mis asuntos, si me lo permiten —y salió, después de hacer una grave inclinación.

Ready y Pauline se sentaron cerca de la mesa de operaciones,

bajas las cabezas.

—¿No rezas tú, Billy? —preguntó ella quedamente, cogiéndole una mano con suavidad—. Lo haremos, ¿quieres?

Ready afirmó con un gesto. Y un leve murmullo turbó el silencio donde moraba la muerte. El agente especial, mientras ella seguía rezando, dejó vagar después su imaginación en pos de aquel terrible hecho. Todo era tan brutal, tan inopinado, que aún no podía asentar sus pensamientos y llegar a una conclusión que no fuese la de que Oscar estaba allí, muerto, asesinado, cuando muy pocas horas antes era un hombre lleno de vitalidad, de alegría, entregado a una misión honrosa. Algunas veces, cuando por azares de sus respectivos servicios se encontraban en Washington o en cualquiera otra ciudad, charlaron acerca de sus profesiones y los peligros que entrañaban. Casi siempre llegaban al acuerdo de que, al final, la muerte solía truncar las vidas de aquellos que se dedicaban de lleno a proteger el bien común, la tranquilidad, los derechos ciudadanos.

Hacia las siete de la mañana, cuando comenzaba a amanecer, se presentó en la clínica un comisario de Policía, seguido de un agente ayudante. El comisario tendría unos cincuenta y ocho o sesenta años, y era bajito, de rostro lleno, melifluo en su mirada.

—He hablado ya con el cónsul americano —dijo a Ready, cuando éste le mostró su carnet del

F. B. I.

—. Me ha pedido como un favor especial se prescinda de hacer la autopsia al cadáver. Todo está tan claro, que hemos aceptado su sugestión. Lo que no sabíamos era que este señor —señaló a la cama de operaciones, donde seguía el cadáver de Gunderson— pertenecía al Departamento del Tesoro. Tal vez estaba aquí en misión oficial, ¿no?

—No creo. Me dijo que había venido a conocer Francia, el resto de Francia, ya que aquí ya había estado —repuso, cautamente, Ready—. ¿Qué le ha dicho el cónsul de mi país sobre esto?

—Ignoraba que el señor Gunderson estuviera aquí en misión oficial, en efecto. Creo que no, como lo cree usted. Pero hemos hallado en sus maletas bastantes billetes de cien dólares, entre otros, americanos —contestó el comisario, mirando fijamente a Ready—. Y unos ácidos, y lupas... Nos da que pensar todo esto, señor Ready. Quisiéramos saber, francamente, si el señor Gunderson

estaba aquí porque sospechaba que hubiese tráfico de moneda falsa extranjera. Hubiera contado con nuestra decidida colaboración.

Ready se encogió de hombros. Pensó que siempre habría tiempo de declarar a la Policía francesa los móviles que llevaron a Niza a Gunderson. No convenía decirlo ahora, si el cónsul no lo había hecho, y él sí que sabría lo que hacía su camarada allí.

—Yo he venido a pasar quince días aquí, con mi novia, y cuando me encontré con mi amigo, nada me dijo que estuviese practicando pesquisas en relación con lo que usted indica. Me habló de permiso, de conocer otros sitios de este país.

El comisario Chabloz sonrió astutamente. Después siguió hablando con desparpajo, como si hubiera alejado sus sospechas sobre lo que hiciera Gunderson en Niza.

—Estamos tratando de dar con los que asesinaron al señor Gunderson. Desgraciadamente, la joven que le acompañaba solamente nos ha dicho que vio salir del coche, negro, sin luces, un brazo armado, que fue el que disparó. Esa señorita no se fijó en la matrícula, en la marca del coche, su forma... Si descartamos que su amigo no fue asesinado por falsificadores de moneda, ¿cuáles fueron los motivos, entonces, para que cayera muerto de forma violenta? —Se acentuó la sonrisa conejuna del comisario, mirando fijamente a Ready.

—No sé, ciertamente —se disculpó el agente especial, molesto y turbado por los razonamientos del viejo polizonte francés—. Posiblemente, alguno de los falsificadores que un día detuviera mi amigo, y ahora en libertad, se quiso vengar de él al encontrarlo aquí, en Niza. No puedo conjeturar nada.

—Sería una lástima que si usted tiene ciertos datos, como amigo del asesinado, se los reservase, señor Ready, ayudando inconscientemente a los culpables del crimen —murmuró severamente el comisario—. Estamos en Francia, y compete a las autoridades francesas arreglar los asuntos que aquí se presentan. Todo lo demás es trabajar, aunque sea con el fin de hacer justicia, en la clandestinidad. No lo comprendo...

—Nuestro cónsul podría contestar a eso mejor que yo, señor comisario —replicó, adustamente, Ready—. Yo era amigo de Gunderson, y no pertenezco a nuestro Departamento del Tesoro. Diríjase a Washington, si lo cree oportuno.

—Sé lo que tengo que hacer, joven. Hallaremos a los culpables del crimen, y también diremos lo que sea necesario a las autoridades americanas sobre el intrusismo clandestino —dijo el comisario Chabloz, fríamente—. Tal vez si hubiera habido deseos de colaborar con nosotros, ese muchacho no estaría ahora muerto... estúpidamente. Buenos días, señor, señora...

Salió adustamente el comisario, dejando pensativos a Ready y a Pauline.

—Tal vez tenga razón el comisario, Billy —murmuró Pauline, suspirando—. Nuestra Policía es muy buena.

—Déjalo, querida mía. ¿No oíste lo que dijo Oscar sobre la opinión que le merecían algunos jefes de la Policía francesa? Eso se lo dijeron en Washington, que saben lo que hacen, y por algo le ordenaron que trabajase solo, sin decir nada a estos polizontes. Yo no puedo ahora destapar la caja de los ruidos, dejando mal al Departamento del Tesoro.

—Comprendo, querido mío. ¿Qué vas a hacer, entonces? ¿Piensas investigar por tu cuenta, particularmente? Ya te conoce el comisario Chabloz y seguramente estarás vigilado.

—¡No sé, hija, no sé! —exclamó, con tono de fastidio, el agente especial—. Tengo que hablar con el cónsul, con Washington... Solamente sé que me gustaría echar la zarpa encima a esos bandidos antes que nadie. Es lo menos que podría hacer por este querido camarada —se volvió, para contemplar tristemente la blanca sábana que ocultaba el cuerpo muerto de Gunderson.

—Ve a ver al cónsul de tu país, Billy. Tal vez lleguéis a un acuerdo, en cuanto a lo que se puede hacer. Me gustaría también que fueses tú el que vengase al pobre Oscar. Te salvó la vida... —repuso Pauline, tristemente—. Yo, en tu caso, lo tomaría muy en serio. He sido de la Resistencia durante la guerra —apretó las mandíbulas— y sé lo que es luchar sin desfallecer.

Ready la contempló fijamente, como si fuera la primera vez que estaba ante ella. Suspiró fuerte, se irguió, tal que si las duras palabras de aquella frágil mujercita le hubiesen encrespado las pasiones, y fue hacia la puerta, con paso firme.

—¿Volverás? Hemos de acordar algo sobre el entierro de nuestro buen amigo —preguntó ella, suavemente.

—Volveré pronto. No acuerdes nada hasta que vuelva de hablar

con mi cónsul. Quizá quieran llevarlo a Oscar a Estados Unidos, con sus padres. Era hijo único... ¡Malditos sean, perros, perros, perros! —gritó Ready, tembloroso de rabia.

El Consulado de los Estados Unidos estaba situado en el Boulevard Gambetta, ya cerca de la Promenade des Anglais, en una villa-palacio muy blanca, con un extenso y bien cuidado jardín, con palmeras enormes, tamarindos, macizos de flores. Ready pidió al secretario hiciese llegar su tarjeta al cónsul, míster Donald Elgin, cuanto antes.

—¡Ah! Seguramente viene usted con algo relacionado con el asesinato del señor Gunderson, ¿verdad? —respondió el secretario, joven, dinámico, también americano—. ¡Buen lío se va a armar! La Policía francesa ya nos ha chillado, ofendida.

III



Í, La Policía francesa, que no es tonta, aunque en Washington crean lo contrario, nos ha chillado, creo que con razón —dijo el cónsul americano, sentado en la cama, teniendo frente a él a Ready—. Me ha dicho un comisario qué era eso de enviar nuestro Gobierno agentes secretos policíacos, sin saber ellos nada del asunto, a este país.

—Usted, señor —dijo el agente especial, aceptando el cigarrillo que le tendía el cónsul, hombre recio, de rostro rojo y pelo de panocha, que contaría unos cuarenta y ocho años de edad—, ya sabrá que mi amigo Gunderson cumplía órdenes del Departamento del Tesoro, donde le dijeron asimismo que tenían un no muy buen concepto de ciertos elementos de la Policía francesa...

—¡Toma! Como que esos informes los facilité yo —exclamó,

sonriendo, el cónsul—. Yo sé que ha habido cambios, aquí, en Niza, de agentes, comisarios y hasta altos jefes, porque les gustaban demasiado las divisas nuestras y en ciertas incautaciones que verificaron se les olvidó entregarlas al Gobierno francés, como era su deber. En fin, el Departamento del Tesoro, Gunderson, o quien sea, han dado un traspiés, y la situación es delicada, porque ahora se creen los franceses en el derecho de sentirse ofendidos por nuestra «intrusión» clandestina. Que si nos creemos los amos del mundo, que si nuestros dólares nos van a servir para atropellar todo lo que no nos guste...

—Gunderson cumplía órdenes de sus superiores —refutó con calor Ready—. Me lo dijo varias veces ayer. Y creo que llevaba bien el asunto, según me lo explicó, y con mucha prudencia.

—Yo también estaba al tanto de lo que hacía, y me parecía bien, dentro de lo mal que creo era el hacer las cosas sin decir nada a las autoridades francesas superiores. Esta mañana puse un cable al Departamento del Tesoro, dando cuenta de lo sucedido. No sé si enviarán otro agente o darán cuenta a los franceses de lo averiguado, para que ellos sigan este asunto solos.

—Voy a estar aquí, señor, trece días aún —dijo Ready, vacilando un poco—. Gunderson me impuso de todo lo que estaba haciendo. Estoy, pues, en condiciones de...

—¿Seguir usted lo que dejó pendiente el pobre muchacho? —preguntó, con extrañeza, el cónsul, arreglando la almohada sobre la que estaba recostado—. Pero usted no pertenece al Tesoro, Ready. Quiere hacerlo por afecto al muerto, comprendo.

—Sí, señor. Fue un excelente camarada durante la guerra, me salvó la vida; era un hombre leal, buen amigo. Romanticismo, tal vez —murmuró, sordamente Ready—. Quisiera que esos bandidos pagaran su delito lo más caro posible. Los del
F. B. I.

sentimos muy hondo el espíritu de camaradería.

—¿Y qué quiere que haga yo en ese sentido, muchacho? —repuso el cónsul, mirando fijamente a Ready—. No le voy a ordenar que lo haga, porque no tengo autoridad para ello. Bueno fuera que también a usted le sucediera algo malo y me cayera sobre la conciencia una extralimitación en mis atribuciones. Espere órdenes de sus superiores, en la Embajada, en París. Le dirán que no se meta

en cosas que no le competen, y con razón.

—Si yo hiciera algo, particularmente, señor —contestó, sonriendo, Ready—. Usted...

—Yo no sé nada de lo que pueda hacer un amigo particular de Gunderson, que pasa aquí unos días, por ayudar a la buena causa del muerto —contestó el cónsul, encogiéndose de hombros y guiñando un ojo significativamente—. Ni siquiera sé que usted está aquí, que ha venido a verme.

—Perfectamente, señor —se levantó Ready con firmeza, sonriendo comprensivamente—. Le daré cuenta, no obstante, de lo que haga. Tengo trece días para salir adelante. Si viene otro agente del Tesoro, dígamelo y trabajaré con él.

—Bien, Ready. Es usted agente del

F. B. I.

y creo que no necesitará que le digan lo que hay que hacer, ni que sea prudente. ¡Por Dios, zurre bien a esos canallas! Estimaba a Gunderson, Ready, con lo poco que le conocía. No creo que lo que le ha sucedido haya sido por descuido suyo, ni por ineptitud. Hay en esta pobre Europa, moral y físicamente, una carencia casi absoluta de fe en los propios destinos, de deseos de rehabilitarse, de relajación, de... cosas que nos gustan a los americanos, pese a que tratamos de ayudarlos lo mejor que podemos. Todo se vende y se compra...

—No se encuentran a sí mismos, señor. Han sufrido en su propia carne los horrores de la guerra, de las ideas falsas, con sus cambios bruscos de un polo a otro, de odios entre hermanos, de miseria y deseos de vivir bien, sea como sea —murmuró Ready, tendiendo una mano al cónsul, que se la estrechó fuertemente—. Señor, ¿van a enterrar aquí a Gunderson?

—Lo dirán desde Washington, contestando a mi cable. Pásese por aquí al mediodía, a ver si tengo respuesta para entonces. Mi secretario le dará billetes americanos, como se los dábamos a Gunderson, por cuenta del Tesoro, para que usted pueda manejarse en el Casino sin inspirar sospechas.

—Tengo billetes, que me dio Gunderson al decirle yo que quería ayudarlo. Falsos y buenos. Sé dónde están los defectos en los falsos. Estoy impuesto de todo. Haré lo que pueda, señor.

El secretario, bajo recibo, le dio a Ready un fajo de billetes de

diferentes valores, usados y nuevos, así como otros ya recogidos a los falsificadores. Y salió satisfecho del Consulado, agradeciendo al comprensivo e inteligente cónsul su conducta.

Volvió en «taxi» a la clínica municipal, donde estaba Pauline velando el cadáver de Gunderson. Eran más de las diez y media de la mañana, y ya ella tenía un diario local, dando cuenta del asesinato de «un escritor americano que pasaba en Niza sus vacaciones». Las autoridades francesas, a requerimiento del cónsul, habían prohibido a los periodistas, o nada les habían dicho, respecto a la verdadera personalidad del agente del Tesoro americano.

—A mediodía iré a ver al cónsul, para saber si lo entierran aquí o han de transportarlo por avión a Washington —dijo el agente especial a su novia.

—¿Vas a seguir lo que dejó por hacer tu amigo? —preguntó ella.

—Sigo con ello, particularmente. Si viene otro agente del Tesoro, me pondré de acuerdo con él. Mi cónsul dice que no sabe nada de nada, ya comprendes, y que haga lo que quiera.

—¡Llévalos a la guillotina a esos canallas, Billy! —exclamó la joven impulsivamente—. Son unos asesinos que saben lo que hacen y merecen todo el peso de la Ley.

—De acuerdo, querida. Ahora, vete a tu hotel y desayuna, descansa. Yo estaré al lado de mi amigo hasta saber qué hacen con él —se acercó a la cama de operaciones, descubrió un poco la sábana y contempló largamente el rostro del muerto Gunderson. Pauline salió quedamente, lanzando una mirada de acendrado cariño a Ready.

Pasaron las horas, sentado el agente especial al lado del cadáver, juntas las manos, rezando por el alma del excelente camarada perdido, mientras contemplaba su rostro sereno, con los cerrados ojos.

A la una y media, en vez de ir al Consulado, dejando solo el cadáver, telefoneó.

—Ya hemos tenido respuesta, señor Ready —respondió el secretario—. Nos ordena el Departamento del Tesoro que se lleve el cadáver de Gunderson a su tierra natal, en avión. Ha caído en acto de servicio y es justo que se haga eso por los pobres padres. A las diez de la noche será llevado al aeropuerto, del que saldrá un avión

especial.

—¿Dicen algo de enviar un nuevo agente, o lo que piensan hacer en este asunto?

—Eso es un poco más despacio. Lo pensarán, dicen.

—Y mientras tanto, los culpables del crimen riéndose de su hazaña y escabulléndose, ¿no? —respondió rabiosamente Ready—. Mejor, en medio de todo. Dígale al señor cónsul que yo me lanzo a esta aventura, particularmente, y ya veremos si esos granujas quedan impunes ¡malditos sean!

—Tiene usted razón, señor Ready. Y, oiga, yo llevo aquí tres años y creo que conozco un poco todo esto. Cuente conmigo para lo que sea, ¿quiere?

—Gracias, amigo. Lo haré si es preciso. Los del

F. B. I.

estamos acostumbrados a luchar mejor cuantos más obstáculos encontramos. Buenos días, señor Newton.

—Buenos días. No deje de telefonarnos con frecuencia.

Hubo de volver a la sala de operaciones, ya que unos empleados de pompas fúnebres estaban haciendo los preparativos, por orden del Consulado americano, para trasladar en un féretro de cinc el cadáver de Gunderson. Mucho tenía que hacer Ready, comenzando sus pesquisas, pero no quiso dejar solo a su muerto camarada, mientras estuviese en Niza. Se cerró el ataúd, soldando los bordes, y después fue llevado al aeródromo, donde se depositó en una habitación vacía, en espera de que se lo llevase el avión especial.

Ready y Pauline vieron arrancar, a las diez de la noche, el avión, que solamente llevaba aquella fúnebre carga. Dejaron de oír el zumbido de los cuatro motores y también perdieron de vista el parpadeo de las luces, blanca, verde, roja. Gunderson regresaba a su tierra, pero muerto.

Caminaron hacia la salida del aeropuerto cogidos del brazo, el agente especial y la bella y apenada Pauline. Subieron al «taxi» y se cogieron de las manos silenciosamente.

—Si quieres vestirme, después de cenar, y acompañarme al Casino Municipal... —dijo Ready, después de un rato.

—¿Vas a ir esta misma noche? —preguntó ella, con asombro.

—Sí. No puedo perder tiempo, querida mía. Era por el pobre camarada, y todo estaba bien, pero no he hecho nada en este asunto

en todo el día. Sabe Dios si esos granujas habrán abandonado ya Niza y no encontraré pistas que seguir.

—Es verdad. Bueno, me vestiré y te acompañaré. Tal vez corras peligro, Billy querido, y...

—Te ruego no empieces con sensiblerías, Pauline —respondió él, acremente—. Te quedas en el hotel, y en paz. O vete a París, pero no intentes apartarme de este asunto. Ya sabes que éste es mi oficio, el de jugar me la vida siempre que sea preciso, y si eso no te agrada, estás a tiempo de...

—¡Billy! —exclamó ella, dolorida—. No quise decir eso, bien lo sabes. Estoy orgullosa de ti, de tu profesión, y siempre te animaré a que cumplas con ese deber, pero otra me queda dentro, por lo mismo que te quiero tanto.

—Tampoco a mí me agradaría perder la vida, con todo lo que te quiero, y porque soy joven, tengo mis ilusiones y esperanzas, mas hay algo que está por encima de eso. Tomarlo o dejarlo. Y yo lo tomo, con todos sus riesgos. Perdona ahora mi brusquedad, hermosa mía. Uno se siente un poco desmoralizado cuando se pierde a una persona querida, y se dicen tonterías.

El «taxi» se detuvo ante el Florida, donde se alojaba Pauline, y después llevó a Ready al Hotel Mirabelle. El agente especial cenó aprisa, después de vestirse de etiqueta. En un bolsillo del pantalón, atrás, llevaba una pistola automática de mediano calibre y tres cargadores. No pensó él que al ir a Niza pudiera tener ocasión siquiera de sacar el arma de la maleta, pero las cosas se habían puesto muy en contra de sus presunciones.

Recibió de nuevo a Pauline en su hotel. Estaba ella muy bella, con un vestido de noche de claros colores azules pastel, modelo de Gallien, y sobre la cabeza se había echado una mantilla española de blonda negra.

—Estupenda, hija —murmuró Ready, sonriendo al verla.

Ella también sonrió, halagada, y subieron al «taxi» que les esperaba.

El edificio del Casino Municipal, en la Place Masseur, brillaba refulgente, con sus iluminaciones profusas. Grandes hileras de coches iban dejando a elegantes mujeres y hombres, que subían la escalinata en busca de los suntuosos salones de juego o el restaurante. Bajo la columnata, el comisario Chabloz, vestido

también de etiqueta, sonriente, muy francés, parecía como si vigilase con disimulo a las personas que entraban y salían del edificio.

—¡Ah! Señor Ready —hizo una ceremoniosa inclinación a Pauline—, parece que el vicio se impone a toda otra inclinación, ¿no es verdad?

El agente especial lo miró entre irónico y furioso, pero la sonrisa del policía lo desarmó. Era una frase solamente, al parecer.

—No conozco este lugar de perdición, y dicen que hay que saber distinguir lo bueno de lo malo, observándolo por lo menos —respondió, estrechando la mano del pequeño francés—. Y usted, ¿qué hace aquí? Será reincidente, me figuro, porque esto ya lo conocerá bien.

—Yo no peco, aunque venga aquí. Es una parte de mi oficio —se inclinó un poco para observar a una pareja que entraba, muy elegante. Ready reconoció al hombre y a la mujer, bellísima, que vieran en el restaurante el día anterior, y de los cuales le habló Gunderson—. Estupenda mujer, ¿verdad? —dijo, contemplándola con arrobo mientras pasaba.

—¿Hace usted gestiones para hallar al asesino de mi amigo? —preguntó Ready.

Caminaban hacia el interior, entrando en una sala magníficamente decorada, donde estaba la taquilla. El galante comisario se apresuró a sacar los billetes, volviendo para ofrecérselos a Pauline.

—¡Oh, claro que sí, señor Ready! —contestó, afablemente—. Divertidos estaríamos si aquí sucediese algo parecido a lo que ocurre en Chicago por ejemplo. No, no, mi querido señor. Estamos en Francia, y el «gangsterismo» no puede prosperar aquí.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó, a su vez, Pauline.

Tosía Ready afectadamente, queriendo tragar la alusión del comisario, respecto a la criminalidad en Estados Unidos, sin demostrar enojo.

—Pues... algo se va adelantando, señorita —contestó el hombrecillo, sonriendo con aires de importancia—. De momento, nada noticiable. Su desdichado amigo ya va camino de su patria. Lamentable, señor Ready. Si hubiera tenido cierta confianza en nosotros, quizá a estas horas estaría con ustedes, divirtiéndose.

¿Van ustedes a las salas de juego, o a los espectáculos?

—A las salas de juego —replico, adustamente, Ready—. ¿Y usted?

—Yo..., a todas partes. Me interesan todas las caras de los que vienen aquí, je, je... —rió burlonamente, haciendo una reverencia a Pauline—. Hasta luego.

Y se alejó con pasito menudo, contoneándose como si fuese un mozalbete.

—¿Crees que este hombre logrará algo, Billy? —preguntó Pauline, mientras entraban en la sala de la ruleta, lujosa, recargada de dorados y monumentales arañas.

En las grandes mesas, los jugadores se apiñaban, sentados o en pie, a su alrededor.

—Es posible, querida. No parece tonto, aunque, en verdad, no conozco bien a los latinos, que me desconciertan. A veces, me parecen más tontos de lo que son en realidad. Otras, creo que son listos, cuando en realidad no tienen inteligencia.

—Un latino nunca es tonto, Billy. Lleva esa norma siempre. Podrá ser inculto, ineducado, excesivamente petulante, exagerado, pero no tonto. Es una de las razas con más perspicacia e imaginación. Ya ves cómo os sacamos los dólares con el plan Marshall, y con otros medios infinitos, por ejemplo —rió la joven, burlonamente—. Si hay algún tonto entre un americano y nosotros, es el americano siempre.

Ready la miró casi furiosamente. Después apretó el brazo de ella con cariño, llevándola hacia una de las taquillas de cambio de divisas extranjeras, donde había varias personas.

—Se te ha olvidado decir que también a mí me engañaste —repuso en tono burlón.

—Sería difícil decir si te engañé o me engañaste, bribón. En fin de cuentas, ambos estamos contentos con ello, ¿no? —contestó, con viveza, ella—. Mira: está esa pareja cambiando en la taquilla de divisas.

Se colocaron al lado de la bella elegante y el hombre moreno, de rostro cínico. Ella entregaba libras esterlinas, y él, después, billetes americanos. Ready sacó de su cartera un billete de veinticinco dólares, que conservó en la mano mientras miraba atentamente a aquel hombre. Pauline también espiaba por su cuenta.

La cajera era una muchacha de unos veintiséis años, rubia, de facciones graciosas, nariz un poco respingona. Cuando aquella pareja se marchó hacia una de las mesas de ruleta, Pauline, sonriente, se acodó ante la ventanilla, entregando el dinero que pidió a Ready.

—Ya veo que prestó servicios en la Resistencia —señaló la novia del agente especial al pecho de la joven, en la que brillaba una insignia plateada—. Yo también, señorita. ¿En París?

—Sí, señora. Soy de allí; empleada en el Banco de Francia, y por eso estoy aquí, en la taquilla de divisas extranjeras, para el cambio —respondió, amablemente, la empleada.

—¿En qué distrito estaba de París cuando la guerra? —preguntó, graciosamente, Pauline—. Sería casualidad que...

—En el del Louvre. Vivía en la rue Berger entonces.

—¿No lo decía? —exclamó, jubilosamente, Pauline—. Tiene gracia, Billy... Para que digas que el Destino no cuenta para nada en la vida de las personas. Ahí tienes: esta señorita pertenecía a una célula muy cercana a la mía.

Ready la contempló, con asombro mal fingido. Realmente, no comprendía a los latinos. Cuidado que eran embusteros... Pauline le había dicho muchos veces que ella vivió durante la guerra en el *boulevard* de Saint Germain.

—Conocería, entonces —dijo la cajera, con alegría—, a *madame* Poliveau, la jefa de las fuerzas femeninas, ¿no?

—¡Cómo no! Gran mujer. Todo bondad, pero también inteligencia, bravura...

—¡Lástima que no pudiera ver el final de la guerra! —suspiró la cajera, moviendo la bien peinada cabeza con tristeza—. La mañana que la fusilaron...

—No me hable de eso, por favor —cortó Pauline, haciendo un gesto de horror—. Todavía sueño con eso. Pero gracias a ella y otras muchas personas heroicas, Francia se salvó.

Ready hizo un gesto como para intervenir, diciendo: «Sí, y con ayuda de los tontos de los americanos, de los que os reís ahora», pero calló. Estaba descubriendo en su novia una nueva faceta, que le halagaba. El desparpajo con que estaba mintiendo; la desenvoltura latina aquélla, que le resultaba asombrosa. Pauline estaba tratando de envolver a la cajera para hacerse amiga suya y

poderla después sonsacar lo que supiera respecto a los billetes falsos. ¡Estupenda Pauline!

—Le presento a mi novio, el señor Billy Ready, un americano —dijo ella después—. Yo soy Pauline Lourier, vivo en el Florida, y en París me podrá ver en la casa Gallien, de modas. Soy la encargada.

—¡En la casa Gallien! —exclamó la joven, mirando a Pauline como si fuese la reina de Inglaterra—. ¡Qué suerte! Son tan caros los vestidos y sombreros de su casa...

—No para usted, querida camarada de guerra. ¿Quiere venir mañana por la tarde a verme al Florida? Tengo..., bueno, algunos trapos que le gustarán, y le haré una considerable rebaja. Me interesa que usted vista modelos de mi casa, ya sabe...

—Es cierto. Tengo muchas amistades entre los que vienen a jugar. Una me preguntará qué bonito vestido llevo. Yo la digo que es de Gallien, claro...

—Exacto. Vaya a verme mañana por la tarde, querida amiga. ¿Su nombre?

—Perdone; soy una tonta. Me llamo Renata Clauzel y vivo en el cuarenta y seis de la rue Smolett.

—¿Tendría tiempo, señorita Clauzel, de acompañarnos a almorzar en el Florida, mañana? Después verá los vestidos que le interesen, ¿verdad, Pauline? —intervino, sonriendo afablemente, Ready.

—Claro que sí, Billy. Me gusta volver a encontrarme con las que luchamos en la Resistencia. Y usted, señorita Clauzel, me es muy simpática. No diga que no irá a almorzar con nosotros...

—¡Por Dios! Yo... Bueno; iré. Son muy amables.

El comisario Chabloz, las manos a la espalda, fumando un cigarro, entró con paso lento, saltarín, en la sala, mirando escrutadoramente a su alrededor. Se acercó a Ready y su novia.

—Buenas noches, Renata —dijo, haciendo un gesto amistoso a la cajera—. Este señor americano era amigo de Gunderson. ¿No sabe quién digo?

—¿Gunderson? No sé... —contestó la cajera.

—El americano asesinado anoche, hombre. Bien le gustaba a usted charlar con él, jovencita. ¡Lástima de muchacho! Si me hubiera dicho lo que quería...

—¡Ah! —exclamó Renata, palideciendo un poco—. ¡Pobre

Oscar! Me he pasado la mañana llorando, cuando leí el periódico. Tan interesante, tan cariñoso, noble... Un niño grande, señor Ready, como son todos los americanos, si eso no le molesta que lo diga. Usted, comisario, hará lo que pueda por que esos asesinos paguen muy caro su delito, ¿verdad?

—Desde luego. Pero da rabia que se acuerden de uno después de cometida la tontería —replicó, adustamente, el pequeño hombre—. Si me dice: «Amigo Chabloz: vengo a esto o a lo otro y quiero que me ayude»; lo que decía antes: ahora está haciéndole el amor, Renata. Pero estos americanos... —Se encogió de hombros, despectivamente—. Lo haré, niña, lo haré. Papá Chabloz sabe dónde tiene la cabeza.

Dejaron a Renata que atendiese a su trabajo de cambiar divisas por francos, y pasaron a la sala de la ruleta. Ready cogió de un brazo a Pauline, mientras caminaban lentamente.

—Bueno, nena: tú no tienes vergüenza —dijo él, sonriendo—. Nunca he visto mentir con tanto cinismo como a ti.

—No me lo echas en cara, querido. ¿Te ha parecido mal que podamos contar con la ayuda de esa muchacha para descubrir lo que nos interesa? —respondió Pauline, riendo quedamente.

—El pobre Oscar también estaba tratando de granjearse la amistad de esa linda muchacha —reconoció Ready.

—¿«Linda» muchacha? Oye: para ti no hay nadie más linda que yo, ¿quieres? —exclamó la joven, fingiendo resentimiento—. De lo contrario, tendrás que elegir, amor mío.

La pareja: ella, muy bella, rubia, vestida magníficamente, con joyas deslumbrantes, y él, moreno, con cara de cínico, estaban sentados ante la mesa de la ruleta, con sendos montones de fichas ante ellos. Aparentaban una gran tranquilidad, arrojando puñados de fichas de mil francos con desdén, sin apenas fijarse dónde caían.

—¿Te fijaste? —dijo Pauline—. Él cambiaba dólares, billetes de a cien, y ella, libras esterlinas. ¿Por qué?

—Quizá porque los billetes de libras sean también falsos —respondió, sonriendo, Ready—. Desde luego, con un solo billete de cien dólares le pueden dar una cantidad de francos para llenar un vagón de mercancías. Así como cincuenta mil. Y ha cambiado cuatro billetes de cien dólares.

—Y ella, diez billetes de veinte libras —murmuró Pauline—. ¿No

son sumas enormes, en francos, para gastar en una sola noche aquí?

—Depende. Mira cómo ponen las fichas de mil francos. Como si fuesen de un solo franco.

—¡Y gana ese hombre! —exclamó ella, muy abiertos los ojos, contemplando a la pareja, que, impasibles, recogían sus ganancias, para luego volver a colocar ante el tapete nuevas montañas de fichas—. ¡Suerte estupenda, Billy!

Ready dejó al lado de la puesta del hombre moreno varias fichas de mil francos. Pauline hizo lo mismo, pálida de emoción, anhelante, apretando después una mano de Ready.

El «croupier» cantó algo, con voz que la joven no entendió, pero sí vió que el montón de sus fichas y las de Ready era aumentado en casi el doble.

—Hemos ganado, nena —dijo el agente especial, recogiendo todo y dándoselo a Pauline, que reía nerviosamente—. Ni una puesta más, ¿eh? Esto es asqueroso y no debes entusiasmarte. Siempre se empieza así, y cuando uno se quiere dar cuenta, ya se está en manos del diablo.

—No, no quiero más —repuso ella, seriamente—. Me ha gustado mucho duplicar mi capital, pero comprendo que esto es lo que tú dices. Demasiado tentador, como las drogas, la bebida. Vamos a tomar un poco de champaña, ¿quieres? Yo te invito. La emoción me ha dejado con el corazón seco, sediento.

Pasaron a otra sala, donde se jugaba al ferrocarril. Desde allí, a otra, el «*foyer*», en el que había servicio de restaurante. Una orquesta interpretaba música de baile. Las mesas estaban ocupadas, casi todas, y hubieron de buscar una, en un rincón, apartada.

—¿Hemos terminado por esta noche, querido? —preguntó Pauline, cuando bebieron el champaña, encendiendo cigarrillos—. ¿No hay nada más que hacer?

—Creo que no. Ya me he dado una idea de que esa pareja cambia mucho más dinero del que, emplea en el juego, y posiblemente más del que gasten fuera de aquí. Tampoco me convence que ella cambie libras solamente, y él, dólares, siempre. Si lo nota el comisario Chabloz, se me adelanta en la acción.

—¿Crees, entonces, que puedan ser ellos? —preguntó Pauline, con ansiedad.

—Creer, creer... —Se encogió de hombros Ready—. Ya Oscar los

tenía entre ojos, y de tonto no tenía nada mi amigo. Vio, como hemos visto nosotros, lo que cambiaban todas las noches. También vería que eran billetes de cien. ¿De dónde los sacan?

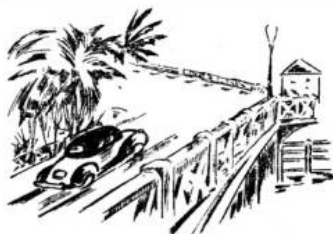
—¡Y muchos de ellos nuevos, Billy! ¡Lo vi muy bien! ¡Y los de libras esterlinas!

—Mañana, cuando tengamos delante a la «linda» —sonrió Ready, maliciosamente—. Renata, nos informará más detalladamente de los manejos de esa interesante pareja. Ella sabrá cuánto tiempo llevan aquí y lo que cambian cada noche.

—Y qué hacen con los billetes nuevos en la sucursal del Banco de Francia aquí. Deben estar ciegos para no haber visto que muchos son falsos.

—Están bien hechos, querida. Oscar tuvo que indicármelo mucho, para que lo notase. De todas maneras, aunque son latinos —hizo Ready una mueca despectiva—, no parecen tan inteligentes, ¿eh? Los del Banco, digo.

—¡Eres rencoroso, maldito! —exclamó, con sorna, ella, llenando la copa del agente especial—. Y ¿qué harías tú, si no se me hubiese ocurrido entablar amistad con esa muchacha al ver que llevaba la insignia de la Resistencia? Pues dar vueltas como un patito mareado, buscando una pista. Días y días...



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

IV



AULINE tuvo el buen golpe psicológico de regalar a Renata Clauzel el vestido que le prometiera venderle a precio rebajado. Era un modelo del cual la modista había vendido bastantes en Cannes, Montecarlo, Mentón, y que ya no convenía prodigar más. Y también buen golpe afortunado el regalárselo a la entusiasmada muchacha antes del almuerzo en el hotel, con lo cual Renata estaba sumamente agradecida.

Comieron en el gran comedor, con los ventanales abiertos, por donde entraban los rayos de un sol tibio, agradable. Las rosas de invierno, los claveles, los nardos, del jardín, enviaban sus perfumes, haciendo todo amable, placentero. Ready agregó unas botellas de champaña, y Renata, que no tenía un gran sueldo como empleada en el Banco de Francia, en Niza, y había de hacer una vida modesta,

hallábase deslumbrada, contenta como nunca, alegre por todo.

Poco a poco, Ready y Pauline fueron llevando la conversación a los puntos que les interesaban. El trabajo de Renata como cajera-cambista en el Casino Municipal, la diversidad de tipos que allí concurrían, las escenas jocosas, trágicas, de los que ganaban o perdían en aquellos salones regios, verdaderos antros de perdición para casi todos los que en ellos entraban.

—Hay una pareja, que hemos visto varias veces allí —dijo Ready, llenando de nuevo la copa de Renata con espumeante champaña—, que nos inspira verdadera curiosidad.

Pauline los describió detalladamente, mientras Renata bebía, sintiendo una extraña alegría interior, un deseo irreprimible de charlar, quizá de cantar o bailar, de besar y abrazar a aquellos nuevos amigos, tan espléndidos con ella, tan simpáticos.

—Sí, sí... ¡Oh! Deben ser millonarios —exclamó la joven, cuando Pauline la miró, después de su exposición de aquellos personajes—. Llevan aquí más de dos meses. Desde noviembre. ¡Cómo viste ella, amigos míos! Casi ninguna noche lleva el mismo vestido, ¡y qué vestidos! ¡Qué joyas, Dios mío!

—¿Y tienen suerte? —preguntó Ready, ofreciéndola un cigarrillo y otro a Pauline—. Es de esperar que pierdan mucho, porque exponen mucho también.

—¡No lo crea! Tienen una suerte inconcebible. A veces me han dado tentaciones de rogarles que me admitieran unos cientos de francos, lo que yo puedo disponer, para que los expusiesen con lo que ellos juegan. Cuando van a cambiar las fichas por francos, pues no podemos devolverles sus libras o dólares, que son ingresos para el Banco de Francia, se llevan centenares de miles de francos.

—Y ¿cómo, entonces, cambian cada noche tantas divisas? —preguntó, admirada, Pauline—. ¿Será posible que gasten cada día cuánto cambian y ganan? Anoche cambiaron cuatro billetes de cien dólares y no sé cuántos de veinte o veinticinco libras. ¡Quién tuviera tantas divisas!

—Eso no es nada, querida amiga —repuso Renata, que sin pedir permiso llenó de nuevo su copa, sonriendo fascinadoramente—. Casi todas las noches cambian el doble o el triple. Me he preguntado algunas veces de dónde sacan tantas divisas. Pero no nos importa, claro es. El Banco quiere divisas, cuantas más, mejor, y

dar francos.

Ready y Pauline cambiaron una muda mirada de inteligencia. Gunderson, pensaron al unísono, tuvo buen ojo al desconfiar de aquella pareja. Todo parecía indicar que eran ellos los que lanzan los billetes falsos.

—¿Tienen empleados, en el Banco de Francia, que comprueben la autenticidad de las divisas que reciben? —preguntó Pauline, con indiferencia.

Ready la lanzó una asesina mirada de reprobación, pero ya estaba dicho.

—Naturalmente. ¿Piensa usted que puedan ser divisas falsas? —contestó Renata, riendo con excesiva alegría—. Yo también las conozco, por supuesto, y no es fácil dármeles. Esos dos son millonarios y gastan su dinero sin darle importancia. Creo que él es rumano, un exilado, que pudo sacar de su país todas sus riquezas. Ella es noruega, también millonaria, según me han dicho.

—Pero no están casados, ¿eh? —preguntó Pauline—. No llevan anillos de esponsales.

—¡Oh! También me fijé en eso —contestó Renata, frunciendo el ceño—. Son aventureros, unidos temporalmente; gentes sin escrúpulos, sin moral, sin creencias. Tantas riquezas, sin saber en qué buenos fines emplearlas, los hacen así de viciosos. No me gustan, desde luego. Por eso no les pedí que aceptasen mis francos para jugarlos ellos. Vienen aquí muchas gentes de esa catadura moral. Después, las autoridades se ponen furiosas cuando se suicidan, al quedarse arruinadas en una noche.

—Habrá visto usted algún caso de éstos, seguramente —insinuó Pauline.

—Varios. Estando en mi taquilla, oír de repente una detonación en el jardín. Salir los empleados rápidamente, y a poco volver con un hombre, o una mujer, con la cabeza perforada por una bala, o con un veneno activo en el estómago, cayendo redondos en medio del salón. El Gobierno no debiera ser tan egoísta, que por obtener considerables ingresos permita esos crímenes.

La joven miró su reloj de pulsera y lanzó una exclamación de susto.

—Las cuatro y media ya... —Hizo un gesto de fastidio—. He de ir al Banco a las cinco, y habrán de perdonarme. Han sido muy

amables, excesivamente amables. Esta misma noche, si van al Casino, me verán el precioso vestido. ¿Quieren un consejo de amiga agradecida?

—Que no juguemos, ¿verdad? —respondió, sonriendo, Ready—. ¿Hacen trampas?

—Trampas, no, no. ¿Qué más ventaja que el poseer noventa y cinco probabilidades de ganar contra cinco de perder, por parte del «croupier»? Por eso les aconsejo que no jueguen. He visto a gentes irse enviciando, comenzando por ir bien vestidos, con abundante dinero, para acabar yendo como mendigos casi, y dejar cinco francos, los únicos que tenían...

—No jugaremos en serio. Creo que ya no hace casi falta —respondió, misteriosamente, Ready.

Se levantaron, y a poco, Renata salía, un poco alegre, llena de optimismo, con la caja de cartón que contenía su nuevo y magnífico vestido.

—Pleno, ¿verdad? —dijo Pauline, sonriendo, a su novio—. Gunderson estaba acertado. Es la pareja ésa.

—Poco a poco, querida. Con que lo sean y yo no pueda demostrarlo, como si nada. Ten en cuenta que aquí no soy ninguna autoridad, y que no puedo ponerles la mano encima. Si yo pudiera ocupar el puesto de esa muchacha cuando ellos entregan sus billetes falsos, ya estaban listos. Pero no puedo hacerlo. Tampoco quiero decirle nada al comisario Chabloz, que sí podría hacer lo que a mí me es imposible: detenerlos por sospechas.

—¿Por qué no te pones de acuerdo con el comisario? —insinuó Pauline, encogiéndose de hombros.

—¡No! Gunderson recibió la orden de no hacerlo, y yo tampoco debo dejarlo mal ahora. Los del

F. B. I.

siempre, siempre, salimos victoriosos, o nos dejamos la vida en el empeño —refutó Ready, con dureza.

—Eso se llama orgullo, Billy. Tienes, casi seguros, a los culpables, y por no ceder parte de tu victoria al comisario, te expones a perderla, o quizá a algo peor. Poco se figuraba el pobre Gunderson que lo iban a matar.

Ready se encogió de hombros. El ahora actuaba como si fuese un agente del Tesoro, en sustitución del camarada muerto, y debía

obedecer las órdenes del Departamento, de obrar solo.

Pauline se fue con sus modelos, para preparar las colecciones, pues por la noche debían exhibirlas en el Palacio del Mediterráneo en una fiesta de gala. El agente especial se sintió contento con quedarse solo hasta la hora de cenar. Reconocía en su novia una inteligencia despierta, un buen dominio de nervios, astucia, pero ¡era latina! Reaccionaba como a oleadas, con súbitas inspiraciones, no siempre meditadas después. Era la improvisación, el chispazo del genio, que unas veces causaba asombro y otras defraudaba lastimosamente. Raza latina, en suma, con sus grandes virtudes y sus defectos.

Fue andando lentamente hacia la Promenade des Anglais, tomando el sol y meditando lo que podría hacer para pescar bien a aquella pareja que cambiaba los billetes de Banco extranjeros como si fuesen de un franco. Todas las sospechas recaían sobre aquella hermosa mujer y el apuesto galán. Pero recordaba también lo que le dijera Gunderson de actuar con suma prudencia, pues un error en la acusación podría ser como una catástrofe, quedando el Departamento del Tesoro en muy delicada situación. Y él estaba usurpando ahora las funciones de un agente de dicho Departamento americano.

Por una parte del paseo iban varias parejas, muchachos y muchachas, a caballo, en dirección al Club Quadrille, donde se celebraban carreras y concursos hípicas. En Niza existen dos clases de invernantes: los que se aburren a todas horas, tomando el sol en los bancos de los magníficos parques y paseos, que suelen ser los viejos ingleses, que solamente van allí huyendo de las brumas y fríos de su país, y la juventud adinerada, ansiosa de diversiones, que es la que sostiene la vida lujosa de la ciudad, y para ella se crean los casinos, las fiestas mundanas, los carnavales, la práctica de deportes de todas clases.

Ready, en su lento caminar, las manos a la espalda, como un aburrido anglosajón con bronquitis, que fuera allí por prescripción médica, pasaba ante los lujosos cafés, llenos de clientes, que charlaban, leían o simplemente contemplaban a los demás, dejando pasar así las horas dulcemente.

En la terraza del hotel Cecil, uno de los más lujosos de Niza, entre los macizos de plantas y palmeras, como quitasoles, había

bastantes mesitas, casi todas ocupadas por elegantes mujeres y hombres, que tomaban el sol mientras bebían.

Aminoró aún más la marcha para contemplar, de reojo, a aquella pareja que cambiaba todas las noches en el Casino divisas en cantidades exageradas. Estaban sentados indolentemente, bajo los rayos del tibio sol, en sendos sillones de mimbre. Y ahora les acompañaba otro hombre, ancho, fuerte, de cabeza pequeña y rostro extraño, como de boxeador, con achatada nariz y ojos hundidos. Charlaban los tres, inclinadas las cabezas, como en secreto.

Llegó hasta la esquina de la terraza y se detuvo pensativo. Seguramente se alojaban en aquel hotel aquellos dos extraños personajes, a los que se había unido otro, de muy sospechosa catadura.

Desanduvo el camino, caminando ahora más lentamente aún, bajada el ala de su sombrero flexible hasta casi cubrirle la frente.

Seguían charlando los tres, que tenían ante ellos una botella y tres vasos, quizá de «*whisky*», con tres sifones. No pararon la atención en él, que acertó a mezclarse entre un grupo de turistas, dirigidos por un «cicerone», que charlaba por los codos, señalando las lejanas montañas de los Alpes, ahora perfectamente visibles en la diáfana atmósfera.

Había conseguido algo que le interesaba. Saber dónde vivían. Suponía que sería en un gran hotel, o quizá en alguna villa alquilada de las afueras. Pero para su vida de ostentación, cuadraba más el Cecil Hotel, y así era en efecto.

Frente al Museo Massena vio venir hacia él, con su pasito menudo, saltarín, al comisario Chabloz. Sonreía, como siempre, como hombre feliz que no tiene excesivas preocupaciones, o que no se las toma si caen sobre él.

—¿Aburrido en esta ciudad de la diversión? —preguntó, plantándose ante el gigante del

F. B. I.,

que sonrió jocosamente—. ¡Oh! Tal vez sea el dolor por la pérdida del querido amigo. Sí, lástima, diantres. Si me hubiera buscado...

—¿Y usted, comisario? —dijo Ready, eludiendo la amarga indirecta del pequeño polizonte—. ¿Qué tal sus indagaciones? ¿Será posible que dejen ese crimen impune? Tengo la mejor opinión de

ustedes, y me extrañaría...

—Tengo a su disposición, en el mismo hotel donde se alojaba Gunderson, las cosas que eran suyas, señor Ready. Era chocante, su amigo, ¿eh? —contestó el comisario, cogiendo de un brazo al agente especial y obligándole a caminar con él—. Tenía un lindo estuche de ganzúas, de llaves maestras... Una pistola magnífica, muchas municiones. De no ser por su documentación, hubiera jurado que era todo lo contrario de un agente oficial, una especie de policía. ¿Es que para pasar unas vacaciones, o para escribir una novela —sonrió el comisario con fina ironía— hacen falta esas cosas, señor Ready?

El agente especial se encogió de hombros. El comisario Chabloz no se tragaría ningún nuevo cuento sobre los motivos de la estancia de Gunderson en Niza.

—Mandaré a recoger todo para enviarlo a su familia —respondió—. Gracias, comisario. Y permítame insistir en mi pregunta. ¿Cómo van sus investigaciones?

—Comprendo su impaciencia. También el cónsul de su país me apremia. ¡Qué culpa tengo yo de que ese pobre muchacho obrase alocadamente! ¿Sabemos siquiera los motivos reales por los que ha sido asesinado? ¿A quién o quiénes beneficia dicho asesinato? ¿Fue una venganza, como usted sugirió, o que lo quitaron de en medio ciertas gentes que lo temían, por ejemplo, unos falsificadores? Ustedes nada dicen, si saben algo que pueda ayudarme... —exclamó el comisario, manoteando indignamente.

—¿Nada le ha dicho el cónsul?

—Nada, nada. Dice que si Gunderson vino en misión oficial, fue de incógnito, sin decirle nada a él. Cree que el muchacho venía de vacaciones. Que lo preguntará a su Gobierno, no obstante. Vaguedades diplomáticas, señor mío, para ocultar un desliz imperdonable. Y ahora me preguntan cómo no detengo a los culpables de esa muerte...

—¿Ha verificado alguna detención? ¿Tiene sospechas de algo? —insistió Ready, sin hacer caso de la indignación del comisario.

—¡Claro que he verificado detenciones! Entre esas gentes aventureras que aprovechan la ocasión para dejar vacíos los bolsillos a los jugadores, o robar alguna joya, o que engañan a los incautos llevándolos a garitos clandestinos donde se juega con

trampa. No tengo pruebas, no sé por qué asesinaron a su amigo, señor mío.

—Comprendo. Es de esperar que encuentre algo pronto, ¿verdad? Si en algo le puedo ayudar...

El comisario Chabloz miró de soslayo al agente especial.

—¿Lo dice en guasa? ¿No le estoy preguntando qué hacía aquí Gunderson? Dígamelo, y verá qué pronto le pongo al culpable en una celda. ¿Estaba indagando la posible presencia de falsificadores de monedas aquí? ¿Tenía motivos para creer que en Niza se lanzan billetes falsos?

—No sé, comisario. Lo siento de veras. Gunderson no me habló de tal cosa. Tenga en cuenta que el mismo día que lo vi, por la noche lo mataron. No hablamos sino de que estaba aquí de temporada, sin decirme por qué.

—Está muy bien. Deseo, señor Ready, que el paseo le siente muy bien —repuso el comisario, apretando los pequeños puños rabiosamente—. Si necesito su valiosa ayuda, se la pediré... en seguida. Buenas tardes.

Se separó de Ready rápidamente, con su pasito menudo, de hombre ocupado, galante, feliz, que pasea para conservarse ágil.

Ready fue rápidamente al Hotel Magnan, donde se alojara Gunderson, y pidió todo lo que pertenecía a su muerto camarada. Un empleado le acompañó hasta la habitación, mostrándole las maletas.

—Todo está guardado, señor, en ellas. El Consulado americano pagó la cuenta.

—¿Ha visto esto la Policía? —preguntó el agente federal.

—Un comisario, señor. Tengo el inventario que se hizo. No se llevaron nada.

Bajaron las maletas al «hall» y Ready las subió a un «taxi», dando la orden al conductor de llevarle al Mirabelle.

Abrió las maletas de Gunderson. Se sintió muy apenado al ver algunas cartas de los padres, dirigidas a su camarada. Hizo un paquete con ellas y ordenó, después de escribir él una misiva a los viejos, que se llevase a Correos para ser expedido por vía aérea. Después buscó los fajos de billetes y los apartó cuidadosamente. Cogió por último un estuche, al que hiciera referencia el comisario Chabloz, que contenía ganzúas desmontables, llaves maestras y

otros útiles, iguales a los que usan los agentes del

F. B. I.

en ciertos casos de urgente violación de puertas, muebles, etcétera.

Cambió su pistola de mediano calibre por la «Colt» de Gunderson, del 45. Registró después las ropas de su camarada. Halló dinero en abundancia y su documentación, haciendo otro paquete, que metió en un sobre, para ser expedido a los padres del muerto camarada, así como sus efectos personales.

Pauline llamó a su puerta y él abrió. Miró lo que hacía su novio, que estaba pálido, conmovido.

—Todo esto era de Oscar —dijo él, invitándola a sentarse—. Voy a remitírselos a sus padres antes de que el comisario quiera fisgar más. Me quedo con la pistola, el estuche de herramientas y los billetes.

—¿Para qué quieres dos pistolas, Billy? —preguntó ella, alarmada.

—Para nada, querida. La de Gunderson la enviaré al Departamento del Tesoro, así como el carnet, la insignia y la documentación oficial. Es un fastidio que todo esto lo haya visto ya ese comisario del diablo. Por eso está en la creencia de que Gunderson investigaba algo relacionado con falsificación de billetes.

—Ahora, si lo descubre él, se llevará todos los honores —contestó la joven—. Debes darte prisa en averiguarlo tú, si te es posible.

—Lo intento, querida. Esta noche no podré acompañarte a esa fiesta, lo siento —repuso él, sonriendo amistosamente.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

—Buscar, buscar. Si no busco, esos asesinos tampoco van a venir a entregarse a mí.

—¿Al rumano y a la noruega? Bueno; ya sabes que están en el Casino todas las noches. Lo que necesitas es cogerlos cuando entreguen los billetes falsos...

—¿Sí? ¿Y si a ellos se los han entregado otras personas, que a su vez los han recibido de otras, todos ellos inocentes? Acuérdate lo que decía Gunderson. Los billetes, una vez lanzados por los falsificadores, corren de mano en mano, porque es de esperar que los entreguen en los comercios, en las salas de espectáculos, en otros casinos. ¿Qué francés se va a negar a recibir billetes de libras

esterlinas y dólares como pago, en vez de los francos?

—No comprendo, entonces, cómo te las vas a arreglar para llegar hasta los falsificadores. Sobre todo, tú solo.

—Yo tampoco, hermosa. Pero buscando se encontrará.

—Y esta noche me dejas sola, ¿verdad? Antes es el deber que ir con la novia, claro —murmuró la joven, con acento disgustado—. Tendré que irme acostumbrando a ello.

—Precisamente, Pauline. Serás la esposa modelo —contestó, sonriendo irónicamente, Ready—, que se pasa las horas de la noche, sola, pensando si su maridito acaba de ser asesinado por los malos, o secuestrado... Y cuando llegue, entonces me querrás mucho más, como si fuese un resucitado, o algo así.

—Lo dices en broma, pero será realidad todo eso. Lo que hace falta es que vuelvas siempre, querido mío, para quitarme el susto. Bien, con todo y con eso, te quiero demasiado para renunciar a ti. Haz lo que debas, pero sé prudente.

—Siempre lo fui. Un agente del

F. B. I.

que no lo sea, no vale para ello.

—No me negarás que, a pesar de ser del

F. B. I.,

alguna tontería o imprudencia cometeréis, ¿no? Como buenos anglosajones... —dijo la joven con mordaz acento.

—Alguna, no. Muchas, querida —reconoció Ready, dándole una palmada en una mejilla—. La más grande que he cometido yo es la de quererte, ya ves. Y la que vaya a cometer, el casarme contigo.

Pauline rió y le echó los brazos al cuello, besándole.

—No nos peleemos, amor mío. La tonta soy yo en quererte como te quiero. Pero es de humanos el equivocarse, ¿verdad?, seamos latinos o anglosajones. Lo cierto es que no voy a vivir mientras estés alejado de mí. Leo en tus ojos que vas a meterte en un buen lío. Y como sé que de cobarde no tienes nada, figúrate la noche que me espera. Debes llamarme cuando hayas terminado, sea la hora que sea. ¿Cuál es tu última voluntad, por si no vuelves, querido mío?

—Adorarte, vivo o muerto. Si muero, ya iré a tirarte de los pies, cuando estés en la cama, si te casas con otro. Y no lo hagas con un agente del

F. B. I.

te lo aconsejo.

Se besaron de nuevo. Pauline ocultaba tras su fingida alegría y buen ánimo la angustia que sentía. Ready, hecho a aquella vida de agente del

F. B. I.,

con la existencia siempre vendida, no estaba menos ni más preocupado que tantas otras veces. Ahora, el amor le empujaba a desear con más ahínco el seguir viviendo, aunque ello sin mengua alguna de cumplir con su deber hasta donde fuere preciso.

Cenaron en un restaurante de la Vieille Ville, cerca de la Catedral, iluminada espléndidamente su torre aguda y la cúpula, del siglo XVII. Y hacia las once, cuando la luna bañaba fantásticamente con su resplandor la gran bahía, sobre la que se mecían suavemente los yates, los balandros, se separaron a la puerta del Palais de la Méditerranée, donde se daba la fiesta en la que habían de desfilar las modelos de Gallien con sus mejores galas.

Ready, con la trinchera al brazo, sé acercó lentamente al hotel Cecil, donde se hospedaban el rumano y la noruega. Había muchos coches en el lugar de espera, dentro de los jardines, y a ellos subían, en traje de etiqueta, sus dueños.

Pasado un rato, vio subir a un fastuoso «Humber» negro a aquella pareja. Él se puso al volante y la bella noruega se sentó a su lado. Brillaban sus alhajas bajo la luz de los focos eléctricos del jardín. Y partieron en dirección al este de la Promenade des Anglais.



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

V



IEZ minutos después, el agente especial penetraba en el «*hall*» del hotel, lleno todavía de clientes que charlaban, disponiéndose a salir. Se acercó al mostrador, donde un empleado acudía a las consultas, a los teléfonos, a recibir y entregar llaves.

—¿Está el señor Taranescu? —preguntó, haciendo un gesto de extrañeza, como si no estuviese muy seguro de que aquel nombre fuese el verdadero de la persona que buscaba.

—¿Taranescu? —preguntó en tono impaciente el empleado, joven y de ademanes excesivamente correctos—. Perdón, señor, pero aquí no hay nadie que se llame así. Espere, por favor, y miraré.

Fue a un fichero y rápidamente miró las cartulinas.

—No estoy seguro de que se llame así —dijo Ready, confuso—.

Es rumano, moreno, alto, delgado. Le acompaña una señora que creo es noruega, muy bella —dejó sobre el mostrador, con disimulo, un billete de quinientos francos—. Perdone la molestia. Me han citado y olvidé apuntar el nombre.

—¡Ya! El señor busca a Jules Legorgeu —recogió el empleado, con habilidad suma, el billete, sonriendo—. Jules Legorgeu, y ella, Lucy Schomberg. Pero no está ahora, señor. Acaban de salir. Van al Casino Municipal, seguro.

—Gracias. Iré allí. ¿En qué piso se alojan, por favor?

—El segundo, número setenta y ocho. Una «suite» de lujo. ¿Quiere el señor dejar recado?

—No. Voy al Casino. Gracias.

Se apartó del mostrador el agente especial, mezclándose hábilmente entre las personas que esperaban tener el coche a la puerta para salir. Y fue a un rincón, donde estaban los ascensores.

—Piso segundo —dijo al «groom» uniformado, penetrando en la cabina, donde ya estaban varias personas.

Salió a un pasillo, desierto en aquellos instantes. Miró los números de las habitaciones y se encaminó rectamente a una puerta, marcada con el 78. Recorrió cautamente el otro extremo del pasillo, comprobando que también estaba desierto. Volvió de nuevo a la puerta 78, y sacó el estuche de Gunderson, escogiendo una fina llave maestra, adaptable a cerraduras sistema Yale. No valió la primera, y escuchó atentamente antes de emplear la segunda. Había silencio en el piso, por aquella ala, que daba a la fachada principal, sobre el jardín.

Tampoco valía la segunda llave. No quiso estropear la cerradura, violentándola. Eligió una tercera y maniobró cautamente, sin producir ruido. Un chasquido, y la puerta se abrió muy poco a poco, empujada por su mano izquierda. Estaba oscuro, y solamente al fondo de la estancia se podía ver el reflejo de luces, a través de un ventanal, procedentes del jardín y la Promenade des Anglais. Era suficiente para ver, conforme se acercaba sigilosamente sobre la espesa alfombra de nudo.

Era un gabinete lujosamente amueblado, con tela de color verde muy pálido sobre las paredes, en paneles. Olía a tabaco turco, a perfume y a «whisky» de buena calidad.

Cerró las contraventanas del ventanal y entonces encendió un

portátil, sobre una mesita, en un rincón. Se orientó, yendo a una alcoba muy lujosa, al cuarto de baño inmediato, y a otro gabinete, más pequeño, donde había una «coqueta», dos armarios con espejos, varios sillones y un secreter.

Eligió del estuche, después de examinar la cerradura, una llave maestra, en el secreter.

Maniobró hábilmente, presintiendo que todo iba bien, cuando sintió que alguien metía una llave en la puerta de entrada. Alguien que silbaba bajito mientras trataba de abrir impacientemente.

Con la agilidad de un tigre se guardó el estuche y fue a guarecerse el agente especial en un rincón de la habitación, en el hueco que dejaba uno de los armarios. Y sacó lentamente la pistola, cogiéndola por el cañón.

El hombre ya había entrado en el gabinete grande y dejó de silbar repentinamente. Ready se dijo que había visto el encendido portátil y eso le asombró quizá.

Asomó un poco la cabeza, con el sombrero muy echado sobre la frente, con el ala bajada. El hombre era muy alto, de complexión atlética, y de nuevo silbaba, habiendo encendido las luces de una araña. Ready vio su cara. Era la misma del acompañante de por la tarde, en el jardín, de aquella pareja. Un rostro de boxeador, de nariz achatada y ojos hundidos. Tenía en la frente, cerca de la sien izquierda, una gran cicatriz roja, lo que le daba un aspecto aún más feroz. Un individuo peligroso, sin duda alguna, si lo descubría allí escondido.

El nuevo visitante fue a la mesita donde estaba el portátil, que apagó, y cogió un vaso y una botella de «*whisky*», que allí había. Se sentó en un sillón, sin dejar de silbar alegremente, y escancié medio vaso del licor, estiradas las poderosas piernas, en una actitud plebeya. Bebió ruidosamente, chasqueando la lengua, como si fuese un criado que abusa de la ausencia de sus amos para hacerse el dueño de cuánto hay a su alcance.

Ready maldijo la presencia de aquel «gorila», que lo tenía prisionero, sin dejar registrar los muebles. Había sido una mala suerte manifiesta. Tal vez el rumano y la noruega, al salir, dejaban de guardia a aquel gañán correctamente vestido. Eso indicaba que algo interesante había allí, en algún mueble de aquéllos. Y que eran gentes sospechosas. Tal vez Gunderson acertó.

El hombre, después de chasquear infinitas veces la lengua, bebiendo otro medio vaso de «*whisky*», sacó de un estuche metálico, encima de la mesita, un cigarro puro, que contempló detenidamente, oliéndolo, y lo encendió pausadamente, con delicia. Seguramente pensaba que su amo tenía un excelente gusto para elegir mujeres, para beber y fumar.

El agente especial estaba ya pensando cómo salir de allí sin producir escándalo, sin que se enterase aquel guardaespaldas. Porque preveía que si era visto, aquel tipo le iba a dar guerra en serio. Era seguro que mientras la pareja estuviera fuera, aquel hombre permanecería allí. Y si llegaban, lo iban a coger como a un conejo asustado. Si no lo mataban, igual que a Gunderson, alegando que era un ladrón que intentó hacer resistencia al verse sorprendido, lo entregarían al comisario Chabloz, el cual no le perdonaría aquella nueva intrusión, fuera de la ley.

No sabía adónde daba la ventana del cuarto de baño. Seguramente a un patio interior. Y no sería nada fácil descender abajo, estando a dos pasos aquel «gorila», que estaba fumando, despatarrado, con la cabeza apoyada en el respaldo del cómodo sillón mientras en la otra mano tenía el vaso de licor. Los ventanales de la alcoba daban a la fachada principal, al jardín, y tampoco era posible intentar bajar. No había escape si no se marchaba o inutilizaba al hércules previamente.

Sigilosamente, deslizándolo el brazo, sacó de un bolsillo del pantalón un pañuelo blanco. Lo extendió y se lo colocó sobre el rostro, anudándole por detrás, en la nuca. Un enmascarado, para despistar al guardaespaldas.

El hombre se levantó, dejando el humeante cigarro sobre un cenicero, y fue, pisando pesadamente, ante el secreter. Ready se pegó a la pared.

Hurgó en la cerradura el otro, abriendo la tapa del mueble. Ready asomó un poco la cabeza, observando lo que hacía. No se dio cuenta de que el blanco pañuelo que cubría más de la mitad de su rostro resaltaba mucho en la penumbra, y el «gorila» lanzó una exclamación de asombro.

El agente especial dio un salto, con la pistola en la mano, colocándose ante el guardaespaldas de Legorgeu.

—¡Levante las manos! ¡Aprisa! —dijo, con voz seca, colocando

el cañón de su pistola ante el pecho del hércules, que levantó los brazos lentamente, respirando con fuerza—. ¡Vaya a aquel rincón y colóquese de cara a la pared, en puntillas!

—¡Vaya con el ratero! —murmuró, sardónicamente, el hombre, obedeciendo—. No sea idiota, hombre. No puede escapar...

Ready alargó la mano izquierda, mirando de reojo el interior del mueble, sin descuidar al hombre, que volvió la cabeza un poco.

Había allí, en el interior del secreter, varios paquetes rectangulares, del tamaño de billetes de Banco, envueltos en papel y bien atados con bramante.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó el guardaespaldas, con temor—. Sepa que las joyas de la señora están en la caja fuerte de la dirección del hotel, así como el dinero. ¿Qué busca?

Ready se guardó tres paquetes de aquéllos, sin dejar de apuntar con la pistola.

—Ya no busco nada más —respondió con sorna—. Era lo que quería, amiguito.

—¿Esos paquetes de postales, tan bonitas? —preguntó, sonriendo, el hombre—. ¿Y para eso se expone de esa manera? Vamos, confiese que venía por las joyas y el dinero. Bueno, si se va usted, dejando esos paquetes, yo no le hago nada, ¿comprende? —Se volvió, bajando los brazos, en actitud condescendiente.

—¡Levante los brazos o le dejo más muerto que sus bisabuelos! —rugió Ready. Pero el guardaespaldas sabía que Ready no haría fuego, por no denunciar su presencia al personal del hotel. Y sonriendo ferozmente, dio un salto, extendido un brazo, con el puño cerrado, preparado a luchar.

Ready se ladeó mientras cogía la pistola por el cañón. No estaba, en efecto, dispuesto a disparar. No tendría escape si lo hacía, aunque matase a aquel exboxeador. Tampoco deseaba matarlo si podía evitarlo. Ya tenía en los bolsillos aquellos paquetes, que creía eran billetes falsos, americanos o ingleses.

El guardaespaldas lo trincó por un brazo, retorciéndoselo, mientras le disparaba con la derecha una serie de terribles puñetazos en el pecho. Ya estaba planteada la lucha sobre la alfombra, y Ready se dio cuenta de que su enemigo era temible, como supusiera.

El agente especial quiso abreviar el combate silenciosamente,

porque si llegaban los empleados del hotel la peor parte la llevaría él, que sé había conducido como un vulgar ratero.

Con la culata de la pistola dio un golpe seco, terrible, en la nuca del hombre, que lanzó un ahogado grito de dolor, aunque no soltó el brazo del agente especial. Tenía una resistencia increíble. Ready le volvió a golpear con más fuerza, propinándole una patada en el vientre que le hizo caer de rodillas.

El guardaespaldas se levantó, recuperado, pese a que Ready descargaba sobre él una lluvia de golpes con la culata del arma, llenándole la cara de sangre. El agente tuvo el convencimiento de que aquel hombre era insensible al más terrible castigo. Con un solo golpe de los que le había dado, otro hombre hubiera caído desvanecido, vencido.

El guardaespalda cogió la muñeca de Ready, que empuñaba la pistola, y se aferró a ella como una tenaza. Zarandeó al agente especial, cogiéndolo por la cintura, y lo levantó en vilo. Ready era casi un gigante, fornido, todo músculos, adiestrado en la lucha, pero la realidad es que en manos de aquel hércules parecía un pelele.

Se asió a su enemigo para no ser lanzado por el aire y lo cogió del cuello. Ya la pistola estaba en el suelo, sin dueño, y la lucha era cuerpo a cuerpo, con cortos puñetazos cuando era posible darlos.

Sobre la alfombra, el combate era silencioso, lo que deseaba Ready. Ahora estaba sufriendo una terrible presión entre los brazos del «gorila», que lo había cogido por la cintura, intentando partirle el espinazo.

Billy no perdía la serenidad, a pesar de todo. Hundió los dedos pulgares en los ojos de su enemigo, apretando con gran fuerza. El guardaespaldas gritó roncamente, aflojando su apretón en torno a la cintura de Ready, que empujaba con los dedos implacablemente. Esto obligó a su enemigo a soltarlo, y Ready le asestó un tremendo puñetazo en el mentón.

Su enemigo cayó hacia atrás, desvanecido. El golpe de la caída no resonó. Ready cogió su pistola y asestó otro golpe en la cabeza del guardaespaldas, que permaneció inmóvil, quizá para largo rato.

Se quitó el pañuelo blanco del rostro y fue al secreter, hurgando entre cajas de cigarros, de cigarrillos; pitilleras de plata, de nácar; montones de fichas de las usadas en el juego en los casinos, cajas de sobres. No encontró más paquetes como los que llevaba en los

bolsillos.

Después de echar un vistazo al caído guardaespaldas, que permanecía sin sentido, manchando la alfombra con la sangre que manaba de las heridas de su cabeza, salió de allí con sigilo.

Bajó la escalera sin prisa, como un cliente más del hotel, arreglándose el desordenado traje. Mas no le convenía pasar ante el «comptoir», donde estaría el empleado con el que antes hablara, y buscó otra salida lateral, de servicio. Los criados y criadas estaban en las cocinas, y pudo escurrirse sin ser notado.

Ya en el jardín, respiró profundamente el fresco aire de la noche. La brisa del mar lo reanima pronto, y caminó aprisa por la avenida, hacia su hotel.

Ante el Palais de la Méditerranée se estaba quemando, con gran estruendo de petardos y bombas, una serie de fuegos artificiales. La muchedumbre agolpada allí gritaba de entusiasmo. La bahía presentaba un fantástico aspecto, reflejándose en las aguas del mar tranquilo los colores de las cascadas de los fuegos.

Pasó de largo rápidamente. No estaba él para fiestas, aunque se sentía contento. Tampoco quiso entrar a ver a Pauline, para tranquilizarla. Le interesaba, ante todo, ver el contenido de aquellos tres paquetes que llevaba en los bolsillos.

Subió a su habitación y se encerró bajo llave. Desató uno de los paquetes febrilmente y sonrió al ver su contenido. Eran billetes de Banco americanos nuevecitos, de cien dólares. Todavía —tan reciente era su fabricación— estaban pegados unos a otros. Los otros dos paquetes eran de billetes ingleses de diferentes valores, igualmente nuevos.

Cogió una de las lupas de gran aumento que Gunderson tenía y examinó varios de los billetes americanos, comprobando la falsificación en su lado derecho, en el extremo. En los billetes ingleses no pudo hacerlo, ya que ello requería más tiempo en el examen. Y aquella pareja, el rumano y la noruega, ya tenían bastante con ser acusados de falsificadores de billetes americanos.

Faltaba detenerlos y hacerles declarar dónde los falsificaban. Esto parecía ya cosa del comisario Chabloz, presentándole los billetes falsificados. Y acusando a los tres de asesinos de su camarada Gunderson.

El timbre del teléfono sonó, y Ready sonrió. Era Pauline.

—¿Ya estás de vuelta, cariño mío? Te he llamado lo menos cuatro veces —dijo ella alegremente—. ¿Qué tal?

—Muy bien. Tengo aquí lo menos quinientos billetes, hermosa.

—¿Eh? ¿De dónde los has sacado? ¿En el Casino?

—No. De la fábrica, o, mejor dicho, de los expendedores. He estado en las habitaciones de esos ilustres personajes, ya sabes.

—¡Ven a buscarme, Billy, y hablaremos de eso! ¡Qué anglosajón tan listo eres! Ahora está ya todo resuelto, ¿verdad?

—Gran parte. Hablaré con el cónsul de mi país y formalizaremos la denuncia contra esos granujas. Voy para allá.

—Te espero. Pero, oye: debes, ante todo, hablar con el comisario, para que esos asesinos no se escabullan. Es lo que intentarán al verse descubiertos.

—Claro que lo haré; ahora mismo. No soy tan listo como tú, pero gracias a tu influencia...

—Anda, anda, y ponte en camino —contestó, riendo alegremente, Pauline, y colgó el aparato.

Ready escogió una docena de billetes ingleses y americanos y se los metió en el bolsillo. Se puso la trinchera y salió de nuevo a la calle, encaminándose por las desiertas calles hacia la Prefectura.

Un coche negro brotó de repente, sin luces, avanzando hacia él rápidamente. Ready sintió correrle un estremecimiento por la espalda. Se llevó la mano a la parte de atrás de su pantalón y recordó que había dejado la pistola en el armario. Estaba desarmado.

El coche se detuvo muy cerca de él y una mano armada asomó por una de las ventanillas. Bajó el guardaespaldas a quien antes dejara sin sentido, apuntándole con una pistola. Legorgeu también bajó.

—Entre —dijo el «gorila», con acento alegre—. Entre, o no lo cuenta...

Legorgeu cacheó a Ready, que estaba con las manos en alto. No podía hacer otra cosa, porque si intentaba hacer resistencia, aquellos hombres harían con él lo mismo que hicieron con Gunderson. Eran asesinos, además de falsificadores, que no se detenían ante nada si se veían en peligro.

Subió al coche. Se sentó a su lado el guardaespaldas, apuntándole con la pistola. Legorgeu, con unos alambres que sacó

de la caja de herramientas, le ató las manos a la espalda, y los pies.

—¿Quién le ha dicho que meta su nariz en asuntos que no le importan? —preguntó el rumano suavemente, y le dio un puñetazo en la cara.

El guardaespaldas rió.

—No me lo estropee mucho, jefe. Este tipo me lo reservo yo —dijo con voz llena de rencor.

Se puso al volante Legorgeu, y el coche arrancó velozmente, torciendo por la avenue de la Victoire hacia el Norte. Siguieron por la de Massena, siempre a igual rumbo. Ya frente al Stade du Ray paró el coche Legorgeu.

—Hay que poner una venda a ése, para que no sepa adónde vamos, Toby —dijo el rumano.

Y el guardaespaldas le puso sobre los ojos un pañuelo. Ready no estaba asustado. Sí un tanto sorprendido por la rapidez con que Legorgeu y aquel bestia de Toby lo habían localizado, sabiendo que era él quien estuvo en las habitaciones del Cecil, pese a llevar sobre la cara un pañuelo.

Entrañaba esto un misterio que pugnaba por descifrar. Realmente, tal vez no lo fuera. Legorgeu ya lo vio en compañía de Gunderson en aquel restaurante de la Vieille Ville, y posteriormente, en el Casino, con Pauline. Si era listo aquel rumano, sacaría pronto la deducción de que Ready estaba trabajando en lo mismo que Gunderson, y de ahí la rapidez en localizarlo.

Dedujo que el coche iba por un lugar accidentado, a juzgar por la cantidad de curvas agudas que tomaba a velocidad moderada. Grandes bajadas y agudas pendientes, en las que el motor mugía. Tal vez lo llevaban hacia las estribaciones de los Alpes marítimos, lejos de donde la Policía pudiera encontrarlo.

Pauline estaría esperándole, la pobre. Tal vez jamás pudiera volverlo a ver. Aquellos asesinos no se paraban ante nada y empleaban los métodos «gangsterianos» más radicales. El asesinato de Gunderson lo demostraba así.

Calculó que habría pasado como media hora desde que subió a aquel coche cuando Legorgeu lo detuvo. Se bajó y abrió la portezuela trasera.

—Desátale los alambres de los pies —dijo a Toby su jefe—. No

vamos a llevarlo en brazos.

Ready pensó si querrían asesinarlo ahora, en aquel descampado. Debían de estar lejos de Niza, porque hacía más frío y corría el aire libre de la montaña. Fuese lo que fuese, él no podía oponerse a ello. Tal vez si pudiese echar a correr, aunque llevase los brazos atados a la espalda...

Toby lo desató y después lo empujó hacia adelante, cogiéndolo de un brazo. No le quitaban la venda de los ojos, y esto era un grave inconveniente para huir, porque se estrellaría o iría a precipitarse en algún barranco.

Sintió cómo abrían una cancela de hierro, chirriando los goznes. No lo iban a matar todavía. Empujado por Toby, avanzó por un sendero de hierba. Detrás sonó el coche, que entraba también en lo que debía ser un jardín.

Le hicieron entrar en una habitación, después de subir varios escalones de piedra. Toby no lo soltaba.

—Al despacho —dijo Legorgeu, entrando a su vez, y fue llevado por Toby a través de un pasillo estrecho. Le hizo sentarse.

—Quítale la venda —dijo el rumano, frente a él.

Quedó algo deslumbrado bajo el reflejo de una potente lámpara. Miró a su alrededor. Legorgeu estaba sentado tras una mesa de despacho, sonriente. Toby, pistola en mano, se sentaba en otra silla, a su lado, con la cara desfigurada por los golpes que le diera un rato antes.

El ruido de un motor eléctrico bajo el piso del despacho llamó la atención del agente especial. Seguramente era allí donde se fabricaban los billetes. Aquel motor sería el de la máquina de imprimir.

—Bueno, señor Ready... —dijo el rumano, mirándole con sorna—. Tanto ha querido indagar, que se ha metido donde quería, ¿no? Ya está con nosotros. ¿Qué le parece?

Ready no contestó. Prefería escuchar, mientras le fuera posible. Por lo pronto, ya no tenía duda alguna de que aquel granuja, con Toby, eran los falsificadores de billetes de Banco y los asesinos de Gunderson.

—¿Dónde ha dejado usted los billetes que nos robó? —preguntó Legorgeu después, encendiendo un cigarrillo—. ¿Los llevó al Consulado cuando salió de mis habitaciones?

Ready no contestó. Toby levantó uno de sus terribles puños, queriendo pegarle, pero el rumano lo contuvo con un gesto imperioso.

—¡Quieto, Toby! —dijo duramente—. Cuando no lo necesitamos, entonces te dejaré que lo mates de una paliza; pero no antes. Tiene que decir lo que nos interesa saber. Oiga, agente del F. B. I.,

porque eso ya lo sabemos que lo es: si no quiere pasarlo muy mal antes de morir, es mejor que suelte la lengua.

«Sabían que era agente del

F. B. I.»,

se dijo Ready con creciente asombro. La verdad era que aquel hombre moreno, de ojos negros y penetrantes, con cara de cínico sinvergüenza, no tenía un pelo de tonto.

—Ya sé que ustedes son duros —siguió Legorgeu apaciblemente— y que no hablan aunque los despedacen; pero le advierto que tengo medios para que abandone su «heroica» conducta —rió sardónicamente—. ¿Quiere saber cómo?

Ready le miró despectivamente, encastillado en su silencio.

—¿Qué le parecería si su novia, la linda Pauline, se estuviese abrasando delante de usted, por ejemplo, los pies? ¿O con un hierro candente la marcásemos su hermoso rostro?

—O la arrancamos las uñas lentamente —propuso Toby, riendo con inmensa alegría, como si ya estuviese haciéndolo él.

—Usted es hombre sensible; la adora, y sabe que puede evitarla todos esos males cuando vea que la cosa va en serio. Y habla por los codos. Pues delo por hecho si sigue guardando silencio. ¿Dónde tiene esos billetes que nos robó?

El agente especial se sentía enfermo de terror, pero guardó silencio. No creía que fuese tan sencillo secuestrar a Pauline, que ya estaría buscándolo ansiosamente, en vista de que no había ido a recogerla. Era una amenaza aquélla para amedrentarlo. Y hasta que ella no estuviese allí no despegaría los labios.

—Toby, dile al otro que vayan por Pauline —murmuró secamente Legorgeu—. El señor Ready no quiere creer que no amenazo en balde. Pero debe saber que, una vez aquí su novia, también morirá, y si habla, la dejaremos en paz.

Toby hizo ademán de salir, pero esperó a que Ready

reaccionase. El agente especial sonrió con sorna. Pauline no estaba allí, prisionera, porque, de ser así, ya la hubieran puesto frente a él. Tenían que secuestrarla y llevarla a aquel nido de granujas, fábrica de billetes falsos. Había tiempo para hacer algo en tanto.

El rumano hizo un gesto a Toby para que saliese.

—Déjeme que lo «trate» yo un poco, jefe, y verá si habla —rugió el guardaespaldas, apretando los puños—. Solamente media hora, y dice lo que haga falta. No hay hombre que resista mis métodos.

—Dile al otro que vaya en busca de Pauline, te digo —contestó severamente Legorgeu—. Pero antes lleva a este hombre al cuarto, sin hacerle nada. Es mejor así, señor Ready. Usted lo quiere.

Toby, bramando de rabia, sacó a empuellones a Ready del despacho.

—Ya te haría yo hablar, niño guapo —rezongó, mientras le empujaba por el pasillo adelante—. Con un par de caricias de las mías ibas a tener bastante.

—No me diga —exclamó burlescamente Ready—. Ya lo vimos antes. Pude haberlo matado, y fui un tonto; pero la paliza se la llevó usted.

—¡Maldito! En fin, ya verás lo que te pasa cuando el jefe me diga que eres mío. Te voy a convertir en pulpa a fuerza de golpes.

Le dio un empuellón cuando entraron en un cuarto pequeño, sin ventanas, en el que solamente había un catre. Ready cayó sobre él. Y vio cómo cerraba Toby la puerta, dando dos vueltas a la llave.

Se incorporó, sentándose sobre la cama, y miró a su alrededor con ojo crítico. No había escape, a no ser por la puerta, de madera, que parecía fuerte.

El ruido del motor sonaba continuamente bajo el piso. Seguramente había un sótano, y en él, el taller para fabricar los billetes.

Movió las manos para intentar quitarse las ligaduras de alambre. Pero se hizo daño. No obstante, sabiendo que un alambre, si es doblado reiteradamente por el mismo punto acaba por romperse, siguió manipulando con las muñecas, buscando el sitio donde solamente había uno.

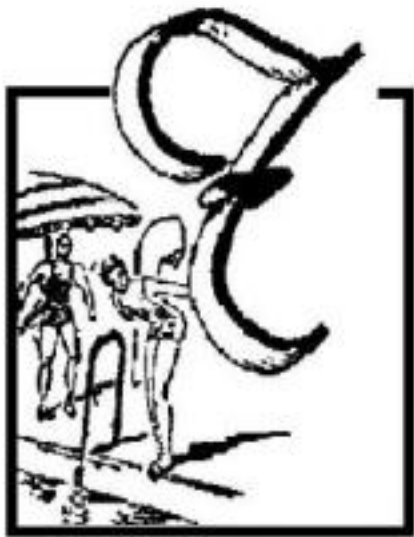
El zumbido del motor eléctrico cesó. Y siguió doblando el alambre con reiterado esfuerzo, haciendo juego con los codos.

Un buen rato después, la ligadura estaba rota. Tenía las manos

libres. Quedaba por salir de aquel cuarto y luego escapar. Todo muy difícil, si no imposible. Antes de escapar podría entrar alguien.

Cogió el trozo de alambre y dobló un extremo, dándole forma de gancho. Fue a la puerta y lo metió en el agujero de la cerradura, de sistema antiguo. Apoyado en la puerta, fue hurgando hábilmente, buscando el resorte que hiciera funcionar la cerradura.

VI



ENÍA que tratar de abrir la puerta sin producir mucho ruido con el alambre, y desgraciadamente lo hacía. Era un arañar, como si muchos ratones estuviesen mordiscando la puerta.

Casi media hora después, consiguió enganchar el alambre en un resorte, y al forzar la presión, se deslizó sobre su caja el resbalón con un ruido seco. La puerta estaba abierta.

Salió al pasillo. Legorgeu, en su despacho, tosía ruidosamente, escupiendo después. El motor eléctrico seguía en silencio. Ningún ruido más.

Avanzó lentamente pasillo adelante. Sabía por dónde se salía al jardín, y pisando en puntillas cruzó ante el despacho del rumano, cuya puerta estaba cerrada. Se le oía moverse en el sillón de balancín, cuyos muelles rechinaban.

En el «*hall*», Toby, sentado en un sillón, con una estufa eléctrica

encendida a su lado, fumaba, extendidas las piernas. Por allí tenía que salir Ready si quería recobrar la libertad. Y estaba indefenso contra aquel energúmeno, armado de una pistola.

Se deslizó a espaldas de Toby, encogido. Aquel obstáculo no iba a hacerle desistir de su huida. Quizá estaban ya otros secuaces del rumano tratando de secuestrar a Pauline, en Niza, y ya sabía la suerte que correría su novia si lograban su propósito.

Colocóse detrás de Toby, que bostezaba ruidosamente, tratando de no dormirse. Y se ladeó un poco, encogiendo el brazo derecho, con el puño apretado, tensos los músculos. Después le disparó un seco y brutal puñetazo en el mentón, con todas sus fuerzas.

Toby apenas si emitió un leve gruñido de dolor, y ladeó la cabeza, impulsada por el directo de Ready. No se movió más.

Legorgeu salía de su despacho en aquel instante y vio a Ready abrir la puerta del porche y salir como una bala hacia el jardín.

—¡Qué se va! —aulló el rumano, sacando una pistola de un bolsillo—. ¡Qué se fuga, Toby! ¡A él, idiota! —Y disparó hacia las sombras, en el jardín.

Dos hombres, que estaban en otra habitación, salieron apresuradamente al «hall». Legorgeu corría tras Ready, disparando sobre él alocadamente mientras chillaba, llamando a sus secuaces.

El agente federal corrió como si le persiguiesen los demonios. A la luz de la luna vio la tapia que cerraba el recinto del jardín. Mientras hacía regates para escapar a las balas que le disparaba el rumano, calculó la altura del muro. No más de dos metros y medio.

Tomó impulso, a toda velocidad, y saltó ágilmente, tensos los brazos.

—¡Va a saltar! —gritó Legorgeu a sus hombres, que trataban de cercar al agente especial. Otro de ellos disparó sobre él. Toby apareció también, pistola en mano, aullando de rabia.

Ready se encontró, tras una poderosa flexión, a caballo sobre el muro. Saltó al otro lado, y emprendió la huida a toda velocidad, dando grandes zancadas.

—¡La llave, idiota, la llave! —gritaba el rumano, golpeando la puerta de hierro—. ¡Se nos va!

¡¡La llave de aquí!!

Ready corría, apartándose de la carretera. Se metió en una pradera, al final de la cual había un bosquecillo de pinos. Ya sentía

a los perseguidores más cerca, habiendo salido del edificio. Eran cuatro, armados, contra él. Si lo atrapaban, seguramente lo matarían a tiros, considerando lo peligroso que era.

Pasó la pradera, donde lo tirotearon de nuevo, y entró en el bosque, entre las rocas. No sabía dónde estaba, pero eso no le importaba ahora. Lo que le interesaba era escapar a aquella persecución. Después buscaría orientarse para llegar a Niza cuanto antes. Todo lo que abarcaba su vista, a su alrededor, eran colinas. Estaba en un valle hondo y estrecho, con bosques.

Sintió que alguien corría a un lado de él. Ellos conocían el paraje y seguramente se habían dividido para cercarlo. Una sombra surgió de repente, entre los árboles, y brilló el fogonazo de un disparo. Era así. Habían tomado uno o dos de ellos por un sitio que iba a dar al bosquecillo, cortándole el paso.

Ready aceleró la carrera. No era hombre que se fatigase pronto ni perdiese la cabeza. Con su gran estatura, sus zancadas eran enormes y ello le proporcionaba una velocidad grande. Además, sabía correr y dosificar sus fuerzas.

Toby gritaba, insultándolo, ebrio de rabia, de querer vengarse de aquel hombre que la había tomado con él, haciéndole blanco de sus iras y zurrándole siempre. Legorgeu, menos acostumbrado a aquellas circunstancias accidentadas, se quedaba atrás, fatigado, pero gritando órdenes e insultando a sus hombres.

Otra sombra le fue a los alcances de Ready, gracias al conocimiento que tenía del terreno. Dos fogonazos, y el agente especial oyó el silbido de las balas cerca de su cuerpo. Giró de lado, rehuyendo el encuentro con el malhechor, y apretó a correr cuesta abajo, seguido del otro, que gritaba a los demás.

Salió del bosque de pinos y se metió por entre una aglomeración de rocas. Dos nuevos disparos le alentaron a seguir la carrera, brincando por entre las rocas. No se sentía aún cansado, gracias a su estudiada forma de correr. Trabajo les daría a aquellos hombres si querían cansarlo para que se entregase.

Solamente el hombre que no se alejaba aún demasiado de él era el que gritaba de vez en cuando. Los demás estaban lejos o desorientados.

Entró en un espeso y bajo robledal, que le cubría hasta la cabeza. Se inclinó y detúvose para tomar aliento. Estaba bien

escondido allí, de momento. Esperó. Tal vez si su perseguidor se pusiera al alcance de su mano lo presentaría batalla, y malo sería que no lo venciese.

El hombre penetró en el robledal, apartando las ramas ruidosamente, pero ya sin correr. Miraba a su alrededor, buscando a Ready, pistola en mano. El agente especial no lo veía, pero sí sentía cómo caminaba, tronchando y moviendo los arbolillos. Se alejaba...

Pasado un rato, sintiéndose ya descansado, y sin oír a su perseguidor, cuyos pasos se perdieron lejos, se movió cautamente, queriendo salir de allí. Él también hacía ruido entre aquel ramaje espeso, que cercaba su cuerpo.

Se metió entre las rocas, marchando sobre la espesa hierba y musgo. Un búho lanzaba su lastimero grito. La luz de la luna, ya en declive, iluminaba fantasmalmente aquel hosco paisaje, en el valle sombrío. Las colinas, pobladas de pinos, hacían aún más oscuro el contorno.

A paso vivo caminó largo rato, en dirección a lo que él creía contraria donde estaba el hotel de Legorgeu. Tenía bien clavado en la memoria el edificio, de muros blancos, con un torreón agudo en un lado, y al otro una especie de terraza de arcos, como pérgolas.

Lo que ignoraba por completo era dónde se hallaba y a qué distancia de Niza. No tenía dulas estribaciones de los Alpes, quizá no muy lejos de la ciudad; desde luego al norte de ella, pero sin poder precisar si al norte precisamente, al este u oeste. Caminar así, como lo hacía él ahora, tal vez lo alejase de Niza cada vez más.

No se inquietó mucho todavía por esta circunstancia. Lo que deseaba era encontrarse lejos del hotel del rumano cuando fuese de día. Una nueva persecución, a la luz del sol, sería más terrible y quizá no pudiera escapar a las balas de sus perseguidores.

Anduvo, con paso seguro, trepando por una colina, entre las rocas y los pinos. Una vez arriba, quizá distinguiera las luces de Niza, allá abajo, y esto le serviría de orientación. Así más de una hora, sintiendo frío, no obstante llevar la trinchera puesta. La luna se ocultó tras un monte y la oscuridad lo invadió todo.

Llegó al fin a la cúspide y miró a su alrededor. Nada veía, y se sentó sobre una roca, al amparo contra el viento frío, esperando a que amaneciese. Llevaba su reloj de pulsera y encendió, ocultando el cuerpo, una cerilla. Eran casi las seis de la madrugada.

Aprovechó la cerilla para prender fuego a un cigarrillo, que fumó con ansia.

Poco a poco, una luz lechosa apareció por oriente, a su izquierda. La neblina fue dejando paso lentamente a un resplandor rosáceo, y los contornos de las rocas, a su lado, se dibujaron. Amanecía un día espléndido, aunque frío allí.

Pudo al fin distinguir dónde se encontraba. Se levantó y miró a todos lados, en busca de la línea del mar que le orientase. Pero no vio sino una cadena de montañas y colinas ondulantes, con valles y riscos. Estaba en alguna de las estribaciones de los Alpes, sí, ¿pero dónde? ¿En qué sitio se encontraba Niza, la costa? ¿Tenía que caminar hacia la izquierda, o a la derecha? ¿Quizá al otro lado de aquellas colinas verdes, pobladas de pinos, estuviera el mar? ¿O al otro lado, a espaldas suyas?

Tuvo que reconocer que estaba extraviado totalmente. No se veía desde allí ninguna carretera, ni sendero, ni ninguna granja en la que pedir a sus habitantes datos para orientarse. Todo era montaña agreste.

Se encogió de hombros, desalentado. Cuando lo llevaron en el coche aquellos bandidos, debieron tomar seguramente la carretera de la Alta Corniche. Recordó que el hotel estaba en la misma carretera. Pero encaminarse de nuevo por allí era exponerse a caer en manos de aquellos bandoleros.

Salió el sol, barriendo la neblina y dejando un cielo purísimo, de un azul cobalto maravilloso. Solamente allá, por encima de las altas montañas, aún se deslizaban las nubes blancas, algodonosas.

Ready extendió los brazos, en cruz, y llevó su mano hacia donde el radiante astro había aparecido. Ya tenía el Este. El brazo contrario, el Oeste. Y, naturalmente, a su espalda, el Sur, el mar, Niza...

Se orientó. Vio frente a él, girando sobre sus talones, las colinas que sin duda alguna ya, asomaban al mar, no sabía a cuánta distancia. Miró fijamente las formas de aquellas elevaciones, para no volver a perderse, y se encaminó rectamente hacia ellas con paso seguro. Era evidente que a campo traviesa adelantaría, pero también era mucho más penoso, más cansado subir colinas y bajar a los valles.

Le quedaba saber todavía si iría a desembocar precisamente

frente a Niza, o se había desviado considerablemente, al Este o al Oeste, yendo a parar a muchos kilómetros de la ciudad. Podía desembocar en Cap Ferrat, Beaulieu, o tal vez en Cagnes o Antibes.

Puso a prueba su resistencia física en aquella ingrata marcha, a través de los montes, con el estómago vacío, sin haber dormido, y tiritando de frío. No veía por parte alguna ningún caserío, ninguna carretera, ningún sendero. Sin duda alguna estaba muy en el interior de aquella cadena de montañas, con grandes bosques y torrenteras. Observó que todos aquellos arroyos llevaban, en ondulantes quiebros, una dirección única: la que él llevaba, el Sur, el mar.

Eran las doce de la mañana cuando acertó a ver la cinta negra de una carretera, con mojones blancos de trecho en trecho, que serpenteaba por la montaña. Se detuvo, contento, porque ya había encontrado algo que era la civilización, y que a alguna parte conducía. No era una carretera secundaria, sino que, por su anchura y lo cuidada que estaba, pertenecía a la primera categoría.

Bajó el valle rápidamente. Ya estaba cansado, con los pies mojados por el rocío helado sobre la espesa hierba. Su estómago, desfallecido, le producía náuseas. Sentía ahora el dolor de los golpes que le diera Toby y el rumano. De buena gana se hubiera sentado un buen rato, al sol, a descansar o dormir, pero no podía hacerlo. La amenaza de secuestro de Pauline le llenaba de inquietud, quizá exagerada, pero inevitable. Poseído por la excitación nerviosa, su malestar era grande, aumentado por el sufrimiento físico, el cansancio, la falta de alimentación caliente.

Llegó a la carretera y comenzó a caminar por ella, haciéndolo con menos esfuerzo, sobre el duro asfalto. Tomó la dirección de bajada, que, indudablemente, le llevaría a Niza o quizá a otra parte, pero siempre hacia el mar.

Era cerca de la una, cuando sintió, en la bajada de la carretera, que hacía innumerables zigzags, el ruido de las explosiones de un coche que bajaba frenando la gran pendiente. Dio varias zancadas y se metió entre los pinos. Podían ser los bandoleros, que le buscaban.

No se trataba sino de un camión que transportaba leche. Y salió a la carretera, agitando los brazos para hacerse ver. El vehículo se detuvo y un hombre asomó la cabeza por una ventanilla.

—Perdonen. Quiero ir a Niza, pero me he extraviado. ¿Voy bien

en esta dirección? —dijo, sonriendo amablemente.

—Va bien, pero hay veinte kilómetros de camino aún, y la carretera da muchas vueltas —le respondió el hombre, sonriendo también—. ¿Por qué no sube, hombre?

—Se lo iba a proponer —respondió Ready, riendo—. Abonaré lo que sea preciso.

—Esto no es un autocar precisamente. Ande, suba y no perdamos tiempo.

Ready se acomodó entre el chofer y el ayudante. Contó una historia para justificar el que se hallase en medio de la carretera, aspeado, como un huido. Los campesinos rieron amablemente, viendo que era un extranjero, un americano o inglés.

—¿Adónde va esta carretera? —preguntó después, ofreciendo cigarrillos a los campesinos.

—A los Altos Alpes, a Barcelonette, a Grenoble y Suiza, señor. Hay una buena tirada hasta allá.

—¿Han pasado ustedes por un lugar de la carretera dónde hay una villa que tiene los muros del jardín blancos y en el edificio, con una especie de galería de arcos, un torreón como el de una iglesia? —preguntó Ready.

—¿La casa del torreón? Sí; es como usted dice —respondió el ayudante—. ¿Viene usted de allí? Buen paseo, señor. Hay desde aquí unos veintisiete kilómetros.

Ready se estremeció de alegría.

—Iba allí, pero una avería en el coche, cayendo al barranco, me impidió llegar. Me perdí durante la noche...

Bajaron a Cagnes, pues aquella carretera era la número siete, y después, por el litoral, a orillas del mar, llegaron a Niza.

—Me bajo aquí —dijo Ready, dejando en la mano del ayudante un billete de mil francos—. Gracias, amigos. De no ser por ustedes hubiera llegado a la noche.

Estaba en la Avenue de Marseille, a la entrada de la ciudad, al Oeste. Sobre el aeródromo volaba un D. C. 6 de la T. W. A., quizá llegado de América directamente.

Cogió un «taxi» cerca y le dio la dirección del Hotel Florida, donde residía Pauline. Sonrió, compadeciéndose y ridiculizándose de sus temores de que la muchacha hubiera podido ser secuestrada

por Legorgeu. Afortunadamente, él había llegado a Niza mucho antes de lo que creía, gracias a que encontró la carretera general, y después el camión.

Estaban las modelos de Pauline sentadas en la terraza, tomando el aperitivo. Varios galanes charlaban con ellas, riendo y bromeando. Louise se levantó de un salto al ver a Ready, toda asombrada.

—Pero... —exclamó, dejando que el agente especial subiese la escalinata—. ¿Qué broma es ésta, señor americano? —Se puso en jarras, riendo—. Vaya, menos mal, pero conste que es de muy mal gusto.

Ready palideció densamente. Casi no necesitaba saber más. Se apoyó en la balaustrada para no caer sobre los escalones. Louise, alarmada, corrió a él. Varias lindas muchachas acudieron también, haciendo vertiginosos comentarios.

—¿Se la han llevado? —exclamó, roncamente, el agente federal—. ¿Qué ha sido de ella?

—No comprendo... —gimió Louise, mirando con infinito asombro a Ready—. Un agente de la Policía vino hacia las nueve... Dijo a Pauline que le habían herido unos bandidos a usted. Que estaba en el hospital de la Rue Vernier. Cosa grave, dijo el hombre. Tenía el coche a la puerta... y se marcharon. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Los mismos que mataron a Oscar, ahora me doy cuenta!

Ready se dejó caer sobre un escalón, aplastado por el dolor. Se la habían llevado mientras él vagaba por las montañas, perdido. Y ahora era peor, mucho peor que todo lo que él había pasado, porque supo emplear su ingenio, su experiencia de hombre avezado al peligro para escapar. Pero ella...

Le ayudaron a levantarse las muchachas, que no cesaban de charlar, excitadas, gritando y llorando unas, pidiendo que se llamase a la Policía para liberar a Pauline. Ready fue hasta el «*hall*». Pidió a Louise, con voz desfallecida, que le llevasen una taza de café muy fuerte y «*whisky*». No podía pensar serenamente. Rendido como estaba, medio enfermo, ahora se le venía encima aquella nueva desgracia, que le parecía ya irreparable.

Bebió el café hirviendo y luego tres copas de «*whisky*». Louise añadió unos emparedados de jamón con mantequilla, al oír al agente federal que había estado toda la noche huyendo de los

bandoleros. Billy los devoró con ansiedad.

—Voy a pedir al Consulado un coche —dijo después, sintiéndose más repuesto—. No sé si ella estará allí, en la villa del torreón. Tal vez sí. Esperarán que yo vaya como un cordero, a cambio de la vida de Pauline.

—Pero la Policía, señor Ready; la Policía... —exclamó Louise, con calor—. Denuncie el caso y le ayudarán. Irá una brigada entera a rescatarla y esos canallas lo pagarán muy caro. Éste es un país civilizado, señor Ready, y no se puede permitir...

El agente especial hizo un gesto para cortar aquella catarata de palabras. Las otras muchachas apoyaban a Louise con gritos histéricos, amenazas contra los canallas, y todas deseaban ir a presenciar aquella emocionante y fascinadora aventura.

Se puso en comunicación Ready con el Consulado americano. El secretario lanzó un silbido cuando se enteró de lo sucedido.

—¡Qué cosa más extraña, señor Ready! —exclamó, sin ocultar su asombro—. Cualquiera diría que estamos en el Congo, o lugar parecido. Voy a hablar con el comisario Chabloz, y ya verá cómo esos tipos...

—¡¡No!! —gritó Ready, con tremenda energía—. ¡No haga eso! ¡Quiero un coche, Newton, solamente un coche! Esto es para mi solo, ¿entiende?

—¡No diga bobadas, hombre! Se pasa de la raya, con eso de ser agente del

F. B. I.

Lo van a liquidar, igual que a ella, y nosotros, cruzados de brazos, ¿verdad? ¡Hay que avisar al comisario, y que le ayuden a usted!

—¡Newton, usted no tiene que hacer sino darme un coche, y nada más! —gritó Ready, exasperado—. ¿Cree que no sé lo que me hago? Hay que obedecer la orden de que esto se haga por nosotros, las americanos, Gunderson, y yo, muerto mi camarada. ¡Tráigame el coche, con mucha gasolina!

Colgó rabiosamente, entre la admiración, un poco irónica, de las bellas maniqués, Louise lloraba la muerte de Pauline, sin dejar de mirarse a un espejo muy grande, en un testero de la gran estancia.

—Me voy a mi hotel —dijo, de repente, Ready—. Si viene el coche, que me espere un momento.

Salió como una bala, bajando de tres en tres los escalones. Ante

la puerta de hierro del jardín había varios «taxi» libres, y subió a uno de ellos.

En el Hotel Mirabelle, se acercó al empleado, detrás del mostrador de mármol blanco.

—¿Ha venido alguien preguntando por mí? —inquirió, con voz ruda.

—Nadie, señor. ¿Está usted enfermo? ¿Se cayó al mar? —preguntó el irónico francés, contemplando con asombro el desastrado continente del agente federal.

—¡Vengo del infierno! —Y cogió la llave que le entregaba el empleado, subiendo a su habitación.

Fue derecho al armario, cogiendo la pistola. Hizo una mueca de rabia al metérsela en el bolsillo posterior del pantalón, llenándose los bolsillos de la trinchera de cargadores. De haber tenido aquella arma la noche anterior, otra hubiese sido su suerte y la de la pobre Pauline.

Cogió también la pistola de mediano calibre, y los cargadores, y asimismo los tres paquetes de billetes falsos. Metió en su cartera más dinero, y bajó al «*hall*» rápidamente, tirando la llave sobre el mostrador.

Subió de nuevo al «taxi» ordenando al chofer lo llevase al Hotel Florida.

Estaba ya allí un coche del Consulado americano, un «Lincoln» gris, y Newton charlaba con las muchachas, que lo rodeaban.

—Es una locura, Ready... —comenzó el secretario, excitado—. Pero, bueno; yo voy con usted. Entre los dos, la cosa será menos dura, me figuro.

—¡Quite, hombre! No puedo hacerme cargo de lo que le pueda suceder. Usted es un hombre pacífico...

—¡Si pudieran hablar los japoneses que he tumbado! —gritó Newton, indignado—. No soy del

F. B. I.,

pero soy tan hombre como usted.

Las muchachas comenzaron a aplaudir, excitadas.

—Yo quiero ir con ustedes. Va a ser formidable... —exclamó una, esgrimiendo un pequeño puño, en el que brillaban las uñas pintadas.

—¡Yo también! ¡Entre todas liberaremos a Pauline! ¡A mordiscos

y arañazos! —gritó otra.

—¡Y yo! Si le miro a uno como yo sé, se pone de rodillas...

—¡Vamos todas! ¡Somos de la Resistencia y nada nos asusta!

Ready, desesperado por aquellas manifestaciones de algo que más se parecía a un jolgorio que a nada, abrió la portezuela del coche, dio un violento empujón al secretario del cónsul, después de entregarle los paquetes de billetes falsos, y entró en el coche, haciéndole arrancar seguidamente.

Cruzó Niza de Oeste a Este, hasta alcanzar la carretera general número siete, del litoral, llegando a Cagnes muy pronto. Llevaba el «Lincoln» el máximo de velocidad, tan pronto podía pisar el acelerador, y muy pronto comenzó a subir las primeras estribaciones de la Corniche inferior, desde donde la vista de Niza era incomparablemente bella, con el azul Mediterráneo brillante como un espejo a sus pies.

Llevaba el mismo camino que muy poco antes trajera en el camión de la leche. Pero ahora el potente coche, bajo su diestra dirección, se tragaba las cumbres con velocidad de bólido, tomando las curvas, al borde de los abismos, rozando los blancos mojones, sin hacer caso de los carteles que indicaban prudencia, velocidad muy moderada.

No sabía lo que iba a encontrarse cuando llegara a aquella villa de Legorgeu. Temía que el rumano y sus secuaces hubiesen huido de allí, en cuyo caso sus pesquisas serían muy difíciles y tal vez largas, hasta dar con Pauline. Si no la mataban antes, porque ya sabía muy bien que aquellos facinerosos no se detenían ante nada.

También era posible que lo estuvieran esperando, con su rehén bien guardado, como cebo para que él acudiera. Encontraba extraño que Legorgeu supiera tanto de él: su nombre, que era agente del F. B. I.,

que su novia se llamase Pauline, que estaba ocupando el lugar del asesinado Gunderson y que fue él quien cogió los billetes falsos en las habitaciones del rumano. Estaban muy bien informados de todo, y esto era lo asombroso.

Devoraba kilómetros el coche, trepando por los puertos, bajando a los valles, entre los pinares y gargantas por la que discurrían, mugientes, los arroyos. Ya comenzó a fijarse, creyendo estar cerca de la villa del torreón, en los pocos chalets que a orillas de la

carretera iba encontrando. No sabía fijamente lo que le faltaba para llegar, pero desde luego no pasaría de largo.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES. MUJERES Y HOMBRES leerán

PROEZAS

VII



L coronar un repecho, ya a velocidad muy disminuida, para no producir excesivo ruido con el motor del coche, vio de repente, entre una pradera y un pinar, un edificio a cuya vista se estremeció, frenando rápidamente. Era la villa del torreón.

No, no le engañaba la memoria. Estaba muy acostumbrado a retener en la mente rostros, actitudes, edificios, gestos, señales. Un buen agente del

F. B. I.

tenía que ser así, además de otras muchas cosas. Cuando estaba a caballo en el muro, huyendo de Legorgeu y sus acólitos, quiso acordarse de cómo era aquel edificio, y lo observó en tan sólo un par de segundos. Pero esto bastó.

Dio marcha atrás, sin producir ruido, llevándolo hasta la mitad

del repecho que había subido. Transpuso la cuneta y lo metió entre los pinos, ocultándolo a la vista de quien pasara por allí.

Sacó la «Colt» de Gunderson y la quitó el seguro, metiendo una bala en la recámara. Hizo lo mismo con la suya, de mediano calibre. Después, todos los cargadores los metió en los dos bolsillos de la trinchera, apretándose bien el cinturón. Y comenzó a caminar, entre los pinos, acercándose lentamente hacia los blancos muros que rodeaban el edificio.

Eran pasadas las tres de la tarde, y, como era en invierno, el sol iba a ocultarse entre las montañas. Allí, naturalmente, había menos horas en que el astro luciese, debido a lo accidentado del terreno, que lo ocultaba antes.

Fue a parar a la parte posterior de la cerca. Vio que había una puertecilla de servicio, además de la verja delantera. Cerca, montones de basuras y desperdicios, carbonilla, botes, le indicó que la puerta era utilizada.

Oyó latir su corazón aceleradamente. Estaba acostumbrado a pasar por circunstancias como aquélla, luchando contra los «gangsters» y otros malhechores, pero ahora lo que le sobrecogía era la suerte que pudiera caberle a Pauline. El no saber si estaba allí, con ellos, y ni siquiera si el hotel lo ocupaba todavía. De unos asesinos como aquéllos cabía esperar todo lo malo concebible. Incluso que lo recibieran a tiros, o que cuando entrase hallara el cadáver de su novia.

Sacó el estuche de Gunderson y escogió una ganzúa. La cerradura era mala, aunque muy grande, de un tipo antiguo. Bajo la pinza de acero, muy templado, empleado con pericia de «ratero», el pasador se corrió a los dos minutos de hurgar en el resorte. La puerta estaba abierta. Desde allí hasta la puerta trasera, también de servicio, del edificio, había un trozo de jardín y huerta, con un sendero. Era como una especie de «tierra de nadie», mortal si le habían visto llegar y acechaban.

Sudaba su frente copiosamente, con frío sudor, que mojaba el cuello de su camisa al bajar. El trance era impresionante. Una sola descarga desde cualquier ventana, y caería acribillado sin poder hacer nada, en una muerte estúpida, sin gloria alguna, que era lo que perseguían los del

F. B. I.

cuando de morir se trataba.

Avanzó rápidamente, pistola en mano, aunque no por el sendero, sino entre los gruesos alerces y pinos que crecían allí. Dio varios saltos y se halló ante la puerta de servicio, con un cuadro de cristales, entre rejas.

¿Habría alguien allí dentro? Lógicamente pensando, no debía de haber nadie. Fracasados en su deseo de hacerle declarar, por su fuga, lo racional era que se hubiesen apresurado a huir. Quizá, teniendo como tenían a Pauline, empleasen el chantaje, haciéndole saber que de no presentarse en tal o cual sitio determinado, un día fijado, y a una hora, ella moriría. Pero nunca en aquella villa.

Ready empleó de nuevo las ganzúas. Pero interrumpió su trabajo para dar la vuelta, pegado a la pared, al edificio. Buscaba el coche que la noche anterior lo llevara allí, con ellos, y que dejaron en el jardín. Y no lo halló. En un rincón de la finca, había un cobertizo, y pensó que tal vez estuviese guardado en aquel lugar. Pero tenía que cruzar de nuevo el jardín, a cuerpo descubierto, y renunció a ir a verlo.

Maniobró con la ganzúa. Se trataba de una cerradura moderna, sistema «Yale», y hubo de calcular el número de dientes que tenía la llave para emplear la ganzúa correspondiente.

No producía apenas ruido, aunque no sabía si en el silencio interior del edificio los chirridos sonarían más y atraerían a los malhechores. Pero tal vez no había nadie. Era lo más seguro, lo más congruente.

Un chasquido último, y el pasador giró suavemente, empujado por la presión medida del agente federal. La puerta estaba abierta. El misterio podía desvelarlo en pocos segundos.

Con la pistola en la mano, sintió que le faltaban las fuerzas. ¿Estaría Pauline dentro, con ellos? ¿La habrían matado, dejándola allí, en un refinamiento de crueldad?

Avanzó un paso por un pasadizo o pasillo oscuro, al final del cual había luz. A ambos lados de aquel pasillo había unas puertas, todas abiertas, de cuartos oscuros. Cada uno de aquellos huecos podía significar, a su paso, la muerte. Salir de allí una descarga, o, cuando menos, el que se le echasen encima, desarmándole y haciéndole prisionero de nuevo.

Dio varios pasos, encogido como un gato, silencioso, con la

pistola pegada al costado, presto a disparar en cuanto sintiese la menor señal de alarma. Sudaba su frente de angustia, no de miedo. No quería pensar en que hubiesen matado a Pauline. Para ellos no tenía finalidad alguna el hacerlo. Les serviría de rehén siempre teniéndola viva.

Pasó dos puertas. Y se detuvo, porque arriba, en el piso superior, alguien caminaba lentamente, como si fuese de un lado a otro de una habitación. La casa no estaba deshabitada.

Avanzó quedamente hasta el cuarto donde él estuviera encerrado la noche anterior. La puerta estaba abierta. Se asomó y no vió a nadie. Los pasos, arriba, sonaban ahora más fuertes, más cerca. Eran de hombre.

Antes de llegar al despacho de Legorgeu se detuvo para oír si alguien estaba allí. Asomó la cabeza un poco. Estaba vacío. Sobre la mesa había un servicio de café, con la taza usada, y una copa mediada de «*whisky*» o coñac.

Llegó al «*hall*». De allí arrancaba la escalera, de escalones de piedra y argamasa, cubiertos con un paso de alfombra. Los pasos iban y venían, como de alguien que está aburrido o tiene frío y camina para evitarlo. Comenzó a silbar el hombre que paseaba. Una monótona melopea, tal vez improvisada.

Comenzó a subir los escalones. No producía ruido, sobre la alfombra y los escalones de piedra. Iba pegado a la pared, mirando hacia arriba, por si aparecía el hombre de repente. Llegó así al descansillo, y se guió por el rumor de los pasos y el silbar del que estaba en una de aquellas habitaciones.

Se preguntó si solamente estaría allí aquel hombre, y qué haría si era así. ¿Quizá guardando a Pauline? Ojalá fuese cierto, porque entonces la libertaría fácilmente.

Se encontraba ya ante la puerta de la habitación ocupada por el hombre. Estaba cerrada. Y cogió el picaporte, levantándolo lentamente. Después, con la mano derecha empuñando la pistola, empujó la puerta con violencia, abriéndola del todo, y quedó en el umbral, apuntando a... Toby, que le miró con infinito estupor, en medio de la estancia, las manos a la espalda.

—¡Las manos, arriba, Toby! —exclamó Ready, mirándole fijamente—. ¡Arriba!

El gigante las levantó lentamente, sonriendo con perfidia. Ready

avanzó un paso y de reojo examinó la habitación, que era un gabinete bien amueblado. Solamente estaba allí el guardaespaldas.

—Has venido, ¿eh? —murmuró Toby, burlonamente, observando al agente especial como si quisiera aprovechar el menor descuido suyo para echárselo encima.

—Cara a la pared, Toby —dijo Ready, sin aproximársele—. He venido, sí. Figúrate que ha sido para matarte. Es lo que debe esperar un asesino. ¡A la pared!

Toby se puso muy serio, obedeciendo. Levantados los brazos, en puntillas, sin volver la cabeza, esperó a que llegase a él Ready. Pero un violento puntapié que recibió del federal le hizo comprender que ahora no le iba a ser posible repetir la escena del cuarto en el Hotel Cecil.

Ready lo cacheó, clavando el cañón de su pistola en la espalda del hércules. Le quitó una pistola y las municiones, y después dio tres pasos atrás.

—¿Dónde está mi novia, Toby? —preguntó—. ¡No te muevas de dónde estás, o te dejo seco!

—Búscala. Da tres vueltecitas y la encontrarás —contestó, riendo, el guardaespaldas—. Estáis jugando al escondite, ¡je, je!... Tú vas, y ella viene. Tú vienes, y ella va... ¡Je, je! —Rompió a reír burlonamente.

Ready hizo un esfuerzo para no disparar sobre aquel repugnante bandolero, sin duda alguna el asesino de su camarada Gunderson. Pero se acercó y le propinó un terrible puñetazo en un lado de la cara, haciéndole vacilar.

—¡Valiente! —rugió Toby, incorporándose y volviendo a la postura que le mandaba tener el federal—. Así se puede pegar, ¿eh? Si fueras un hombre me dejarías defenderme, de igual a igual.

—Ya lo hiciste, y te zurré. ¿Dónde está Pauline? Si no me lo dices, te costará la vida. También puedo convertirme yo en pulpa, ¿sabes?

—No está aquí, desde luego —respondió Toby, encogiéndose de hombros—. Puedes mirar. Yo te esperaré tal como estoy, te lo aseguro.

Ready arrugó el ceño. Aquella bestia le iba a obligar a proceder de una manera que no le gustaba. Jamás los agentes del F. B. I.

estaban autorizados a maltratar a sus prisioneros. Solamente en defensa de su vida, y previa acometida del enemigo, disparaban, y, a ser posible, solamente para inutilizarlo. Ahora, Toby, sabedor de que Ready era un hombre consciente, a quien repugnaba la violencia, lo tomaba por idiota y quería burlarse de él. Tal vez deseaba también exasperarle para que abandonase su actitud precavida y le permitiese entablar lucha con él.

—Voy a romperte una pierna, Toby, si no hablas. Eres un asesino y no mereces mejor trato. Acabarás en la guillotina, o quizá con una bala en la cabeza. ¿Dónde está Pauline?

—En... —vaciló Toby al oír el ruido que producía con el dedo Ready sobre el gatillo del arma. Un poco más de presión, y la bala saldría—. En otra parte. No lejos de aquí. Legorgeu tiene otra villa, ¿sabes?, y allí la ha llevado —quería el bandido alargar la confesión, sin decir nada. Tal vez Ready descuidase su guardia...

—¿Dónde? ¿Dónde? —gritó Ready, furioso, sabiendo lo que el otro se proponía.

—No está lejos de aquí, ya te lo digo. En otra villa, más allá...

Ready disparó su arma. La bala traspasó el pantalón de la pierna derecha de Toby, que chilló, encogiéndola. No le había tocado, pero su terror le hizo creer que se la había atravesado. La cosa iba en serio.

—¡A dos kilómetros de aquí, en una villa de piedra con ventanas verdes! —gritó—. Yendo hacia la montaña. ¡Maldito y maldito seas, cobarde, perro! ¡Tira la pistola y lucha como los hombres! ¡Matones!

Ready se le acercó rápidamente. Pero Toby, creyendo que iba a matarlo de un culatazo en la nuca, o de un tiro, se revolvió como una víbora, estirando los potentes brazos, que cayeron sobre los hombros del federal, haciendo férrea presa.

—¡Ahora! —rugió el asesino, sonriendo con infinita maldad—. ¡De hombre a hombre! —Y comenzó a luchar por quitarle la pistola a su enemigo, que la tiró lejos, en un arranque de hombría.

—Como quieras, granuja. Uno de los dos no lo contará —bramó Ready, dándole terribles puñetazos en el mentón y en la garganta.

—Tú serás el que no lo cuente —contestó Toby, burlonamente—. Pega, pega... Cánsate de pegar. Después lo haré yo. ¡Pulpa te voy a hacer, como te prometí, gallito americano!

Toby, en un alarde vanidoso de su resistencia física, apenas si se puso en guardia, mostrando el duro mentón a su contrincante mientras reía jubilosamente. Quería dar a entender a Ready que aquel combate era un juego para él y que los directos que recibía eran como caricias de mano de mujer.

El federal se enfureció. Y multiplicó los puñetazos de todas clases, acorralando a Toby, que reía, sin apenas contestar a la agresión, mostrando solamente sus antebrazos para parar algunos golpes. Era un consumado boxeador y su táctica de cansar a Ready no era mala.

Un formidable directo del federal al mentón de Toby lo lanzó cuán largo era sobre el pavimento. Ready lo esperó, jadeando, temblando de rabia.

Toby se levantó, brillando en sus ojos el furor. Ya no reía. Estaba conmocionado, al borde del «K. O.». Había calculado la potencia de Ready muy por bajo de la realidad, y se propuso acabar con él, matándolo de una paliza.

Le tocó el turno de caer a Ready, impulsado por dos ganchos secos, terribles, de Toby. Pero el bandolero no esperó a que se levantase, como antes hiciera caballerosamente el federal. Se tiró sobre él como una fiera, golpeándolo ciegamente, gruñendo de rabia y satisfacción.

Si en boxeo quizá tenía ventaja Toby, en la lucha libre y el «judo» era buen combatiente Ready. Allí era la astucia, la agilidad la que podía vencer.

Toby se vio enganchado por la cintura, con terrible presión, por las piernas de Ready. Y con dolor insufrible sintió que le echaba hacia adelante la cabeza, hasta un punto que parecía le fuese a romper la nuca. Chilló de rabia y miedo, dando manotazos al aire, queriendo hacer presa en la garganta del federal, sin conseguirlo.

Se levantó, en un esfuerzo poderoso, llevando colgado a Ready. Pero el federal casi tenía su estatura y lo fijó en el suelo. Soltó la presa y lo volvió a coger de la cintura con una mano. Con la otra, la derecha, extendidos los dedos, se los clavó en los ojos con fuerza espantosa.

Toby aulló, pegando débilmente a Ready, que lo echó la zancadilla, cayendo ambos al suelo, pero encima Ready, implacable, descargando sobre su rostro una lluvia de golpes.

Nuevamente se levantó Toby, ahora queriendo escapar de aquella furia que había desatado. Toda su vanidad y majeza habían desaparecido al reconocer que aquel hombre lo era mucho más que él en todos los terrenos.

Trató de desasirse de Ready, golpeándolo para apartarle y huir. Un espanto infantil brillaba en sus ojos. Temía morir de una paliza, después de desafiar a su enemigo a aquel combate en tales condiciones.

Ready no pensaba matarlo. No era aquél su deber. Solamente deseaba inutilizarle a fuerza de golpes, en un castigo tremendo, para hacerlo prisionero y poderse marchar después a libertar a Pauline. Tenía prisa en hacerlo, mucha prisa, y aquella mula le estaba entreteniéndolo con su terrible resistencia al castigo.

Toby se le escapaba, dando patadas y golpes como un chiquillo que quiere evitar que su padre lo castigue y por respeto no le hace frente. Chillaba cómicamente, derrumbada su frágil moral de matón que se cree superior a su enemigo.

Ready lo cogió por la cintura y lo levantó en alto. Toby se debatió inútilmente, haciendo girar sobre sus pies al agente, que, al fin, lo lanzó lejos de él, sin saber dónde.

Toby lanzó un espantoso grito al estrellarse sobre el ventanal, rompiendo los cristales y el bastidor. Su enorme cuerpo, lanzado como una bala, cayó afuera, de cabeza, al exterior.

Ready se quedó helado de terror. No había visto la ventana cuando lanzó al hércules, ni que estaba cerca de ella.

Bajó la escalera a toda prisa, lleno de aprensión. Salió por la fachada delantera y corrió a dar la vuelta a la esquina.

Retrocedió, lanzando una sorda exclamación. Toby tenía la cabeza aplastada contra unas losas sobre las que había una boca de riego. Estaba muerto ya.

Uno de los dos no lo había contado. Así había sido, y Ready se maldijo por haberse dejado llevar del furor ante el jactancioso desafío de aquel hombre, que creyó saldría vencedor.

Subió la escalera aprisa y recogió su pistola. No tenía tiempo de pensar en otra cosa que en salvar a Pauline. Había matado a Toby en lucha leal, y aun sin proponérselo.

Salió del jardín y fue, corriendo, en busca del coche. Subió a él, puso en marcha el motor y lo encaminó hacia la carretera. Tomó la

dirección de la montaña, la ruta alpina. Según dijera Toby, aquella villa de piedra con ventanas verdes no estaba lejos. ¡Sólo faltaría que todo fuese burda mentira de Toby! También le había dicho algo extraño, que ahora comprendía muy bien. Mientras él iba, ella volvía, y al revés. Es decir, que cuando él fue a Niza, Pauline iba hacia aquella villa del torreón. Y cuando él fue a la villa, ella regresaba, o algo así. ¿Estaría su novia en Niza?

Pronto lo vería. Si no estaba cerca el hotel de las verdes ventanas, no iba a perder mucho tiempo en buscarlo. Regresaría a Niza. Haría por encontrar a la bella acompañante de las joyas, a la noruega.

A velocidad moderada, avanzó por la carretera durante unos minutos. Ya desconfiaba de encontrar lo que buscaba, cuando a lo lejos divisó una cerca de piedra gris, granito, rodeando un gran jardín. En medio, se podía ver un chato edificio ¡con ventanas verdes!

Paró en seco el coche y lo llevó a la cuneta. También por allí estaba el frondoso pinar, que hacía un repecho, a la izquierda de la ruta. Lo metió entre la maleza y caminó vivamente hacia aquella cerca de piedra. Ya estaba anocheciendo. Era mejor para él que así fuese. Podría actuar en las sombras de la noche, acercarse sin tantas precauciones y saltar la cerca.

Asomó la cabeza por la verja de la puerta. Había luces dentro del edificio, de agudo tejado, estilo alpino, de rojas tejas. Tenía tres pisos el chalet y parecía lujoso, con el jardín extenso rodeándolo.

Se izó por la verja de la puerta con relativa facilidad, poniéndose a caballo sobre el muro, y se dispuso a saltar al jardín. Pero se contuvo, ahogando una exclamación de disgusto.

Abajo, un gran perro de raza alsaciana, un perro «lobo», le miraba fijamente, sin ladrar ni gruñir, como si estuviera esperando a que bajase para destrozarlo con sus colmillos. Era aún más inquietante aquella actitud del animal, silenciosa, expectante, que si se hubiera puesto a ladrar desafortadamente.

Ready sacó su pistola y la guardó en el bolsillo de la trinchera, ya montada. El perro retrocedió un poco, pero siguió firme, mirándole. Brillaban sus ojos al reflejo de las luces de la casa. Y Ready no acertaba qué hacer. Sabía que el perro se le echaría encima en cuanto saltase al jardín, y no ignoraba que la lucha iba a

ser terrible, pues además acudirían Legorgeu y sus acólitos.

Hizo ademán de arrojar una piedra al can, y éste retrocedió un poco más, cediendo a ese instinto universal en los perros ante tal gesto. Pero no se marchó. Un leve gruñido demostró a Ready que allí había un enemigo de cuidado. Pero algo tenía que hacer por liberar a Pauline, que estaría allí, esperándole.

Cogió la pistola por el cañón, encogió las piernas y saltó con fuerza. El perro, meneando la cola amistosamente, se acercó haciendo patimanes de alegría. Ready, atónito, pudo comprobar que se trataba de un cachorro juguetón. Las sombras, desde arriba, le habían engañado pintándole como un feroz guardián canino.

Lo acarició un momento, para hacerse amigo suyo, y el perro comenzó a dar carreras por la pradera, yendo y viniendo con la lengua fuera.

Se echó de bruces sobre la hierba al ver que alguien abría la puerta del porche, con columnata de piedra. Apareció la silueta de un hombre.

—¿Qué es eso, «Kirk»? —gritó una voz de hombre. Se volvió para entrar cuando el perro fue hacia él jugueteando, sin ladrar. Era la voz de Legorgeu la que oyó Ready.

Ante el porche, a un lado, estaba un pequeño «Renault», de color cereza. En la matrícula había un letrero en blanco; «P.

P. Nice».

Ready, que se había acercado lentamente a la puerta, entre los pinos y abetos, vio el letrero y se quedó cavilando, rascándose el mentón. Recordó algo que le hizo estremecerse. P.

P. Nice

quería decir «Préfecture Police, Niza».

¿Le había tomado la delantera el comisario Chabloz? ¿Qué hacía allí aquel coche de la Policía de Niza? ¿Por qué estaba solo Toby en la otra villa, la del torreón? Era por demás extraño que si el comisario Chabloz fue a detener a Legorgeu, fuese en un cochecillo donde no cabían más de dos personas. Más justificado hubiera sido llevar en un autocar a dos docenas de agentes, dada la calidad de aquellos bandoleros.

Y Legorgeu se había asomado, al parecer muy tranquilo, al jardín, hacía dos minutos. Todo era desconcertante.

La puerta del porche se abrió de nuevo, y Ready se escondió tras

el tronco de un árbol. El perro le miraba curiosamente, meneando la cola, como si aquello fuese un nuevo juego. Ready le hizo un gesto para que se marchase, pero el can comenzó a corretear por la hierba, dando saltos de alegría.

Legorgeu salió a la escalinata. Iba con él el pequeño comisario Chabloz. Charlaban mientras bajaban los escalones. Se situaron ambos al lado del «Renault», abriendo Chabloz la portezuela. Legorgeu la sostuvo y el pequeño policía penetró en él. Luego el rumano fue a abrir la puerta, mientras el comisario, en su coche, lo seguía lentamente. Aún hablaron un poco más, y al fin el «Renault» salió a la carretera. Legorgeu cerró la puerta de verja y volvió lentamente hacia la casa. El perro jugaba con él, pero el rumano se lo quitó de encima dándole un puntapié.

Ready avanzó de repente hacia él, pistola en mano.

—Levante las manos, Legorgeu —dijo en voz baja, colocándose a sus espaldas—. ¡Pronto!

Legorgeu volvió la cabeza, estremeciéndose de pies a cabeza, levantando los brazos a toda prisa.

—¡Caramba, Ready! —exclamó, en tono que quiso hacer burlón.

—¿Está ahí dentro Pauline? —preguntó el agente federal—. Va en serio, y se juega la cabeza, si no me dice la verdad.

—Bueno; pues sí está. Es mi huésped y se encuentra perfectamente. ¿Y qué?

—¿Tiene alguna persona con usted, además? —inquirió Ready.

—¿Por qué no entra a verlo usted mismo? —replicó, sardónicamente, el rumano.

Ready le dio un puñetazo en el rostro. Legorgeu se bamboleó, pero no hizo ademán alguno de atacar.

—Conteste. Le he dicho que la cosa va en serio y que desearía me diese un motivo para meterle una bala en la cabeza. ¡Conteste!

Ready se había puesto detrás de él mientras miraba hacia el porche.

—Tengo dos hombres. Esto lo va a pagar muy caro, Ready. Se lo juro...

—Más caro le costará a usted, asesino, falsificador. Bueno, llame a sus hombres, y que traigan a Pauline. Le advierto que usted pagará las consecuencias de lo que hagan sus hombres. La vida de Pauline por la suya.

Legorgeu rió bajito. Ready lo sujetaba por la cintura con la mano izquierda, cogiéndole del cinturón.

—¡André! —gritó el rumano—. ¡¡André!!

Siguieron dos minutos de silencio. Después se abrió la puerta del porche y apareció en la zona luminosa la figura de un hombre, que avanzó hacia ellos.

—¡Quieto ahí! —gritó Ready—. ¡Quieto, o mato a Legorgeu! ¡Traiga a Pauline inmediatamente, libre y por su pie, o no lo cuenta su jefe!

—Hazlo, André —murmuró Legorgeu—. No hay inconveniente.

El hombre llamado André, atónito, retrocedió unos pasos. Vio que su amo estaba encañonado por la espalda y que servía de escudo a Ready. No era nada fácil, de momento, librarlo de recibir un tiro en la nuca si no era obedecido Ready.

Penetró rápidamente en el edificio. A poco salió otro hombre, llevando el brazo derecho oculto tras la espalda, y se resguardó tras una de las columnas de piedra.

—¡Váyase adentro, o Legorgeu lo paga! —gritó Ready, sujetando fuertemente a su prisionero.

—Vete, Axel, vete. No me comprometas más. Todo se arreglará... —exclamó Legorgeu en tono burlón—. Que traiga André a la linda muñeca parisién.

Axel obedeció prestamente. A poco apareció André, llevando de un brazo a Pauline, que lanzó un grito al ver a Ready y fue hacia él corriendo.

—¡A mi espalda, Pauline! —gritó el agente federal con energía—. ¡Déjate de tonterías ahora! ¿Estás bien? ¡Ve hacia la puerta! Legorgeu, de la llave de la puerta a Pauline, pero tenga cuidado, porque deseo matarlo al menor pretexto.

El rumano metió una mano en un bolsillo de la americana, seguido el movimiento por el agente especial, y sacó una llave, que tiró al suelo. Pauline, sollozando de alegría, la cogió y fue corriendo hacia la verja.

—¡Ya está abierta! —gritó ella—. ¡Ven, Billy!

—¡Aléjate por la carretera, hacia Niza! ¡A doscientos pasos, detente y espérame! —gritó Ready—. Vamos, Legorgeu, media vuelta y venga conmigo —dijo al rumano—. ¡Usted, adentro, y cierre la puerta de golpe. Este hombre pagará con su vida si hacen

algo contra mí! —gritó a André.

El secuaz obedeció con gran apresuramiento. Seguramente no tenía ningún interés en exponer su vida por salvar la de su amo. Sonó la puerta al golpe, y Ready empujó a Legorgeu hacia la salida del jardín.

—Esto es inicuo. Me dijo que la vida de Pauline por la mía, es decir, su libertad por la mía rugió Legorgeu, caminando a empellones, con los brazos en alto. —¡Lo pagará, y de qué forma!

—Yo no puedo dejarle en libertad, asesino maldito —contestó Ready duramente—. Demasiado hago que no lo dejo seco aquí mismo, para vengar a Gunderson.

—¡Yo no lo maté! ¡Fue Toby! —chilló el rumano.

Iban ya por la carretera, Ready abrazado al rumano, para formar un solo cuerpo, pues el agente especial temía una agresión a tiros por parte de los secuaces, que no habrían quedado en la casa ya.

—Toby ya pagó su cuenta —respondió Ready, duramente—. Está muerto en la otra villa. Y como hagan los otros algo por salvarlo a usted, va detrás de Toby. Camine, camine...

Pauline estaba a un lado de la carretera, esperando angustiada a Ready.

—Coge de mi bolsillo de la derecha de la trinchera las llaves del coche, querida mía —dijo el agente especial, sin soltar a Legorgeu—. Está allí, en el bosque de pinos. Sube a él y tráelo.

La joven obedeció, sacando las llaves del encendido del bolsillo indicado, partiendo hacia el lugar donde estaba el coche.

—Camine, camine —le empujó Ready a Legorgeu—. Vamos a dar un paseíto a Niza. Oiga: ¿qué hacía con usted el comisario Chabloz? ¿A qué vino?

—Pregúnteselo a él. ¡Esto le va a costar muy caro, niño guapo del

F. B. I.

!

—Bueno; ya lo dirá dentro de poco. ¡Pauline! —llamó a su novia.

—¡Billy! ¡¡Billy!! —gritó ella, desde dentro del oscuro bosque—. ¡¡Billy, que me han cogido!! ¡¡Billy!!

Ready empujó violentamente a Legorgeu, que reía con todas sus ganas, haciéndose el remolón.

—¡Canallas! —exclamó el federal, cogiendo del cuello al rumano y empujándole con terrible violencia, mientras le daba puntapiés.

—¡Quieto, Ready! —gritó una voz de hombre invisible—. ¡Ahora estamos iguales! ¡No avance más, o Pauline no lo cuenta!

—¡Estupendo! —gritó Legorgeu, medio ahogado bajo la garra de Ready, que bramaba de rabia.

Se maldijo por haber enviado delante a su novia, cuando los dos secuaces del rumano podían jugársela. Ya fue extraño que antes no lo hicieran, cuando los ordenó que sacasen a Pauline de la casa.

—Ready, usted suelta a nuestro jefe, y nosotros a su adorada novia —gritó la voz de André o Axel—. Vida por vida, y en paz. No lo piense, porque no hay otro camino.

—Ande, niño bonito del

F. B. I.

—exclamó Legorgeu, riendo con infinita burla—. Se pasó de listo, ¿eh? ¿Quiere soltarme?

Ready temblaba de rabia y confusión. De buena gana se hubiera dado de puñadas, por idiota y cándido. Todo, por enviar a Pauline a buscar el coche... ¿Qué hacer ahora, ante dilema semejante? Porque bien sabía que el pretendido canje de prisioneros no era sino una añagaza.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

VIII



AMOS, Ready, no lo piense más —gritó la voz del hombre invisible—. Su hermosa novia se va a constipar de estar aquí, y eso que la tengo bien abrazadita... Usted suelte a nuestro jefe inmediatamente. Cuando esté aquí, le enviamos la niña.

—¡No quieras, Billy! ¡Cumple con tu deber! —gritó ella rabiosamente, y su voz quedó sofocada por la mano de los que la retenían.

—¡Qué cosas, Ready! —murmuró Legorgeu, sarcásticamente—. Las mujeres no nos buscan más que compromisos, ¿verdad? Vamos, suélteme, no sea tonto. Le doy mi palabra de que ella le será devuelta sin daño. Solamente impongo una condición; no se irán en el coche, sino andandito, como lo hizo usted anoche. Si en el camino encuentran quien los lleve, mejor para ustedes.

Sentía ganas de llorar Ready, congestionado por la rabia. El deber, o el amor... Sí, un compromiso terrible. Pero...

—Usted viene conmigo andando hasta donde sea —exclamó al fin, sujetando más firmemente a Legorgeu, que estaba muy tranquilo—. ¿Cree que soy tan idiota que me creo que soltándolo íbamos a durar ni cinco minutos Pauline y yo?

—Le doy mi palabra —exclamó, con voz trémula, Legorgeu—. ¡Usted quiere que muera su novia, cobarde! ¡Teme más por usted que por salvarla!

—¿Viene nuestro jefe, o acabamos con ella? —chilló el hombre oculto—. ¡Ni un minuto más de espera!

Pauline intentaba gritar, decir algo. Era admirable, pensó Ready, lleno de espantosa confusión. Aquello sí que era cariño, el de ella...

—¡Andando, maldito hijo de Satanás! —rugió Ready con voz trémula de emoción. Y empujó, a patadas y puñetazos, a Legorgeu, que comenzó a gritar de dolor.

—¡Que la matamos, Ready! ¡Suelte a nuestro jefe, o la matamos! —chilló el hombre con voz rabiosa, decepcionada.

Ready se jugaba la carta última a cara o cruz. Su deber era primero que la misma vida de Pauline, que la suya misma.

Con un brazo sobre el cuello de Legorgeu, apretándolo sin misericordia, lo empujó, haciéndolo caminar aprisa, alejándose de donde estaban.

Uno de los hombres comenzó a disparar, desde dentro del bosque. Ready ahogó un sollozo. ¿Habían matado a Pauline? Aquellos asesinos eran capaces de aquello y de mucho más.

—¡Grítelos que no maten a Pauline, o lo mato a usted! —dijo, roncamente, Ready—. ¡Vamos! —Aflojó le presión sobre el cuello de Legorgeu, que respiró fuertemente.

—¡André! ¡¡André!! —gritó, roncamente, el rumano, temblando de pánico—. ¡¡André!!

—¡Diga, jefe! —gritó el secuaz, más cerca, pero invisible.

—¡No la matéis, o este bestia me mata a mí! ¡Libradme de él! —aulló el rumano. Ready apretó de nuevo su cuello, obligándole a caminar.

No contestó André a lo que dijo su jefe. El agente especial consideró que aquella situación era insostenible y hasta ridícula. Podían matarla ellos y él no saberlo. Quizá ya lo habían hecho. ¿Cómo enterarse de la verdad ahora?

Optó por el que podía ser el remedio radical. Pero pensó en ello

con más detenimiento. Sí; podía dejar tendido a Legorgeu, sin conocimiento, de un golpe y acudir en auxilio de Pauline. Pero ¿no matarían ellos a Pauline cuando él fuese en su socorro? Uno de ellos, André, estaba cerca, espiando, siguiéndoles. El otro, Axel, era el que retenía a Pauline dentro del bosque.

Jamás Ready se vio metido en un dilema tan complicado y desesperado. Ni aun matando a Legorgeu conseguiría salvar a Pauline. Ni soltando a su prisionero. Aquel disparo de antes le había vuelto loco de dolor e incertidumbre. André no dijo nada de respetar la vida de la joven cuando su jefe le ordenó no la matasen. Bien sabía que aquella orden podía ser nula, ya que él, Ready, no podía comprobar si fue obedecida o no.

—Llame a André y dígame que traigan a Pauline, que la vea yo —ordenó a Legorgeu, apretando el abrazo sobre el cuello del rumano—. Si no la traen, si la han matado, ¡pobre de usted!

—¡¡André!! ¡¡André!! —aulló Legorgeu, medio estrangulado, sujeto por el férreo brazo izquierdo de Ready.

—¡Diga, jefe! —gritó André.

Ready lo buscó con la mirada, pero en la negra noche era invisible.

—¡Traed a Pauline, o me mata! —chilló el rumano.

—¿Que se la entreguemos, jefe? —protestó André.

—¡¡Sí!! ¡Que venga, que la vea yo, o dejo seco a este asqueroso reptil! —gritó Ready, loco de dolor.

—¡Obedeced, André! —gritó, angustiosamente, Legorgeu—. ¡Que me ahoga!...

—¡Si le ahoga a nuestro jefe, matamos a Pauline! —chilló André—. ¡A ver quién puede más!

Ready suspiró. No habían matado a su novia todavía. Y apretó más el cuello de Legorgeu, para luego soltarlo, en un alivio mínimo.

—¡Que la traigas, perro! —bramó el rumano, después de respirar ansiosamente, dirigiéndose a su secuaz—. ¡Qué me...! —El brazo de Ready lo sometió a nueva tortura. Esto era bueno, pensó el federal. Legorgeu, por miedo a la muerte, iba a sacarlo del atolladero.

Sonaron las malezas, y Ready vio acercarse a tres bultos, saliendo del bosque. Pauline iba en medio de los bandoleros, cogida por los brazos. Estaba en pie, erguida.

—¡Cumple con tu deber, Billy mío! —gritó ella con voz patética

—. Si me matan, véngame...

Ready actuó con la ligereza de un felino. Estiró el brazo armado de la pistola, y del arma salieron dos llamaradas casi instantáneas. Legorgeu, lanzando un grito de atroz espanto, creyendo que las balas se habían metido en su cuerpo, se desmayó, pendiendo laciamente del brazo del agente especial.

Los dos bandoleros, André y Axel, cayeron al suelo al mismo tiempo, aullando de dolor.

—¡Corre, Pauline! ¡Ven! —gritó Ready, soltando a Legorgeu.

Ella saltó como una corza, sollozando, y cayó en los brazos de su novio. La soltó inmediatamente, porque André levantaba un brazo. Volvió a disparar, desde más cerca Ready, y el facineroso bajó el brazo lentamente, retorciéndose.

—¡Toma! —Le dio a su novia su pistola de mediano calibre—. Si alguno de ellos se mueve, dispara. Hazlo sobre Legorgeu, que está desmayado, el muy valiente. Voy por el coche.

La joven, trémula de espanto, vigilaba, pistola en mano. Tres minutos después, el «Lincoln» entraba en la carretera, deteniéndose ante Pauline.

—Vigila al rumano. Voy a ver a esos dos —dijo Ready, con voz tranquila—. ¡Vaya un susto! Eres admirable, cariño.

Fue hasta donde estaban los dos hombres, tendidos en tierra. Los tomó el pulso. Después encendió una cerilla y examinó sus rostros. La vida ya no existía en aquellos ojos, vidriosos, muy fijos.

—¿Qué, Billy? —murmuró, ansiosamente, Pauline.

—Muertos, cariño. Pero piensa que ellos nos hubieran matado, de haber sido tan listos como yo. Cometieron el error de traerte algo separados de ti, y pude apuntarles bien, sin tocarte. Veamos ahora a este valiente.

Levantó a Legorgeu, que comenzaba a volver en sí. Le dio un par de sonoras bofetadas, y el rumano chilló, abriendo los ojos. Se palpó el cuerpo, temeroso de estar herido.

—Arriba, héroe —dijo Ready, riendo, sosteniéndole con una mano—. Se acabó el cuento y ahora vamos a Niza.

—¿Y... y ellos? —Miró con asombro a Pauline, que se volvió de espaldas, despectiva.

—Ahora los verás. Ven —lo cogió del cuello y lo llevó hasta la entrada del bosque—. Era lo que merecían, por cobardes y asesinos.

Mira...

Legorgeu lanzó un gemido de terror al ver los dos cadáveres. Se desmadejó, incapaz de tenerse en pie. Ready lo volvió a izar rudamente.

—A ti, la guillotina, como jefe de ellos y cerebro director —dijo, secamente, el agente federal—. Andando, valiente. Ten en cuenta que una mujer te contempla, ¡diablos! ¿Es que no eres un hombre?

Legorgeu lloraba a lágrima viva, caminando como un anciano. Fueron hasta el coche.

—Conduce tú, querida mía —dijo Ready a Paulino—. Ten cuidado y ve despacio. Este hombre pertenece a la guillotina, y no debemos estropearlo.

Arrancó el «Lincoln» en dirección a Niza. Ya la luna comenzaba a salir, y su resplandor iluminaba, en aumento, la cinta negra ondulante.

—¿Y Toby, Billy? —preguntó Pauline a su novio, que iba atrás, vigilando al medio desvanecido Legorgeu, tirado en un rincón, como una ruina humana.

—Tuve que tirarlo por una ventana, y su cabeza se aplastó sobre unas losas —explicó Ready—. No hubiera querido matarlo, pero... Aquel hombre era más valeroso, siquiera.

Legorgeu volvió a sollozar. Ready le tendió un cigarrillo, que encendió el rumano, con ansiedad.

—Oiga, Legorgeu: ¿qué hay del comisario Chabloz? —preguntó de repente el agente federal—. Quedamos en que ya me lo diría. Empiece...

—Nada. No hay nada —repuso, hoscamente, el rumano, volviéndole la espalda.

—Para, Pauline. Dice Legorgeu que tiene ganas de entrar en calor y que quiere pelearse conmigo un poco —dijo Ready en tono muy serio—. Vamos a darnos unos cuantos trompazos.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó el rumano, con precipitación—. ¡Siga, siga, Pauline!

—Está bien. Hábleme del comisario Chabloz, entonces —concedió Ready, en tono benigno—. Empiece. Me va a decir que está en sociedad con usted, para el asunto de los billetes falsos, ¿verdad?

Pauline se volvió un instante, asombrada, para mirar a su novio,

que sonreía bonachonamente.

—Yo no he dicho eso —protestó, débilmente, el rumano—. Lo que sí sé es que canta usted victoria muy pronto. Tendrá que responder de tres asesinatos ante la Policía francesa. Aquí no manda el

F. B. I.

—Encantado. Responderé lo que sea preciso. Puede ser que antes de llegar a Niza haya de agregar otra muerte más a mi cuenta, si no contesta bien a lo que le pregunto —murmuró Ready, duramente—. ¿Es o no es cómplice, encubridor, Chabloz?

—Es el jefe. Pero cuando tenga que declarar yo, diré que no sé nada —contestó, cínicamente, Legorgeu—. Usted no puede probar nada.

—No, no. Yo no sé que en la villa del torreón está el taller donde se fabrican los billetes. Ni que en sus habitaciones del Cecil había, en un mueble, tres paquetes con centenares de billetes americanos. Ni que el comisario vino a verle esta noche. No sé nada. Soy un idiota. Llevando el asunto Chabloz, ya podía yo esperar que descubriese a los asesinos de mi amigo Gunderson. ¡Canallas!

—Es el jefe. Yo ponía los materiales, los billetes, pero hacía falta que las autoridades no descubriesen su falsedad. Chabloz, por tapar el enredo, recibía el cincuenta por ciento. Es él el jefe, no yo. —Legorgeu se había vuelto súbitamente parlanchín, queriendo descargar en el comisario la culpabilidad de todo, como jefe de la banda—. Él fue el que dijo que había que eliminar a Gunderson, por ser un peligroso agente del Tesoro americano, que husmeaba demasiado. Todo lo disponía él. Y Toby lo mató. Yo solamente lanzaba billetes, con Lucy.

—¡Pobrecito Legorgeu! —exclamó, burlonamente, Ready—. No hacía más que darse buena vida, ¿eh? Pasar billetes, vivir en el Cecil... Le engañaron, ¿no?

—Pero no era el jefe, que conste. Que se salve como pueda Chabloz. Yo no mandaba. Decía él que era yo el segundo, pero, en realidad, lo era Toby. Yo sabía hacer las falsificaciones, las planchas, y las hacía. Si me hubiera negado a trabajar para ellos, me hubieran asesinado. Es una cuesta abajo, señor Ready —agregó, en tono lastimero—. No me gusta la violencia, ni que se vierta sangre. Yo me opuse a que Gunderson fuera asesinado, pero cuando

lo dije, me amenazó Toby con matarme. Me llamó traidor...

—Déjale, Billy —dijo Pauline, secamente—. Me da náuseas escucharlo. ¿Va a negar, Legorgeu, que me hizo el amor de una manera... bestial? Déjele, Billy.

Pero Ready, al oír aquella declaración de la joven, se volvió y pegó con el dorso de la mano, en pleno rostro, al aterrado rumano.

—También eso, perro sarnoso, ¿eh? —dijo, en tono rudo, zamarreándolo—. Valiente con las mujeres indefensas, y ahora lloriqueando como una criatura y denunciando a todos sus compinches. Si me da también asco pegarlo.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Legorgeu, encogido, temeroso, no rechistó. Ready, preocupado con aquella nueva incidencia de la complicidad del comisario Chabloz, tampoco tenía deseos de hablar. Y Pauline, conduciendo, tenía bastante, dado lo accidentado de aquellos parajes.

Aparecieron de repente, a la vuelta de una curva, las luces de Niza, abajo. La ciudad, extendida a la orilla de un mar tranquilo, se reflejaba en las aguas negras, brillando en movibles rayos. El faro de la escollera de Lympia, al este de la inmensa playa, lanzaba sus haces luminosos en espacios regulares, girando el fanal. Al otro lado, en el aeropuerto, los puntos luminosos indicadores de las pistas de aterrizaje parecían como una alfombra recamada de lentejuelas multicolores; blancas, verdes, rojas.

Bajaron a Cagnes, a la carretera de la costa. En algún barrio de la ciudad había fiestas. Fuegos artificiales, tracas, iluminaciones en edificios.

—¿Dónde vamos, Billy? —preguntó Pauline—. Son las doce menos veinte.

—A la Prefectura. Hemos de dejar allí a este pobre diablo, tan inocente. Y que le haga compañía el pequeño Chabloz.

—Yo no he dicho nada. No sé nada —respondió el rumano, cínicamente—. No valdrá de nada el que quiera carearme con Chabloz. Pero si él me acusa, ya verá lo que es bueno. El jefe era él.

Ready y Pauline rieron. Siempre la canalla, la hez de la sociedad, procede de igual manera, pensaron. Unos a otros se matan cuando llega el momento de salvar la piel.

Atravesó el «Lincoln» la ciudad de Oeste a Este, entrando en la Vieille Ville. Se bajó del coche Ready, y cogió de un brazo a

Legorgeu. El gendarme que estaba de guardia a la puerta, avanzó hacia ellos.

—Tenga cuidado, agente —dijo Billy—. Es un falsificador de moneda, y peligroso. ¿Está algún jefe, para que se haga cargo de él?

—El comisario Drouot, de guardia —respondió él gendarme, que agarró a Legorgeu de un brazo, soltándolo Ready—. Usted no es francés, ¿verdad? —dijo a Ready—. No. Pero para detener a un malhechor cualquiera es bueno. ¿Y el comisario Chabloz?

—También está arriba. Subamos. El caso es que... —dijo el gendarme, mirando fijamente a Legorgeu—. Yo quiero conocerlo a usted. Me parece que le he visto en compañía del comisario Chabloz, no sé dónde.

—Sí, sí. Son buenos amigos —respondió Ready en tono mordaz—. Tal para cual, gendarme. Vamos.

El agente francés miró asombrado a Ready, pero empujó a Legorgeu, que sonreía cínicamente, como si quisiera dar a entender al gendarme qué Ready estaba loco o había cometido un enorme error al detenerlo.

Subieron la escalera principal hasta el primer piso. El gendarme llamó a una puerta con los nudillos. Ready no quitaba ojo a Legorgeu, que estaba muy tranquilo, con su risita de suficiencia.

—¡Adelante! —exclamó una voz desde dentro.

Pasaron a un despacho, donde estaban sentados, ante una mesa, el comisario Drouot, alto, delgado, con el rostro flaco; ojos de dura mirada, y el pequeño Chabloz.

El comisario Chabloz se levantó de un salto, mirando estupefacto a Legorgeu y después a Ready, que sonreía malévolamente.

—Buenas noches, comisario Drouot. Está usted de guardia, ¿verdad? —preguntó Ready, sin mirar a Chabloz. Legorgeu sonreía, encogiéndose de hombros.

—En efecto, señor. ¿Qué ocurre? —contestó Drouot—. ¿Quién es ese señor, agente Béliard? ¿Detenido?

—Detenido, comisario —respondió Ready—. Lo he detenido yo —y sacó su carnet del

F. B. I.,

mostrándoselo al comisario.

—¿Y quién es usted, señor Ready, para suplantarnos y tomarse

atribuciones? —exclamó Chabloz, furiosamente—. Yo le pedí información para detener a cierto individuo, pero no...

—Ni caso, Chabloz —respondió, altivamente, Ready—. Comisario Drouot, este tipo —señaló a Legorgeu— es un falsificador de billetes de Banco ingleses y americanos. Él, con tres de sus secuaces, asesinaron al señor Gunderson, cuando mi amigo indagaba sobre el asunto.

—¿Dónde están esos secuaces? —preguntó Drouot rudamente—. Supongo que sabe lo que se dice, ¿verdad? Tendrá pruebas de lo que afirma.

—Lo dudo —afirmó Chabloz en tono mordaz.

—También Chabloz es cómplice de este hombre —señaló a Legorgeu—. Percibía el cincuenta por ciento de los beneficios. Protegía a estos falsificadores. En cuanto a los otros tres hombres, están muertos. Los he matado yo, en legítima defensa.

—¿Eh? —exclamó Drouot, cada vez más asombrado, mirando a Chabloz, a Ready y a Legorgeu alternativamente—. Bueno, señor Ready; todo esto requiere interrogatorios, pruebas, testigos... Su acusación contra el comisario Chabloz es muy grave para aceptarla así como así.

—Todo se lo daré hecho, comisario —contestó Ready tranquilamente—. Lo que le pido es que no suelte ni a Chabloz ni a Legorgeu. Ordene también la detención de Lucy Schomberg, una chica estupenda de bonita, que está en el Hotel Cecil, cómplice de estos dos hombres, y ya tiene lo que queda de la banda.

Drouot, pálido, no sabía qué hacer, sobre todo con Chabloz, que, cruzado de brazos, sonriendo irónicamente, parecía más un testigo que un acusado.

—¡Vamos, comisario! —exclamó Ready, rudamente—. ¿Quiere que me siente a esa mesa y dicte yo las órdenes? Que se lleven a Legorgeu a un calabozo, y empiece por Chabloz, el peor de todos, porque es un traidor a la Ley, de la que es servidor. Sabía que Legorgeu y sus secuaces asesinaron a mi amigo Gunderson, y los encubría.

Esta noche estaba en una villa, en la montaña, en casa de Legorgeu. Los he visto yo...

—Agente, llévase a un calabozo a Legorgeu —dijo Drouot—. No es una detención, sino precaución, por si verdaderamente es usted

culpable. Si no lo es, el señor Ready ocupará su lugar.

—¡Yo no soy lo que dice este charlatán! —gritó Legorgeu cuando el gendarme lo cogió de un brazo—. ¡Que lo diga el comisario Chabloz! ¡Chabloz, usted debe decir algo, no me fastidie! ¡Dígalo, o lo digo yo!

El pequeño comisario, muy pálido ahora, miraba a su cómplice, azorado.

—¿Me va a dejar en la estacada? —gritó, furiosamente, Legorgeu, arrastrado por el gendarme—. ¡Quiero hablar yo, yo mismo!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I - PROEZAS - NEVADA

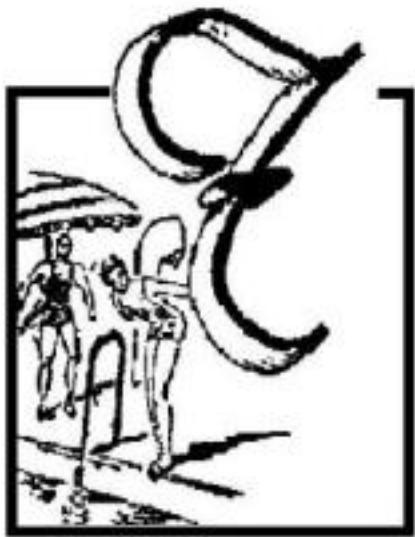
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

IX



ordenó el confuso comisario Drouot—. ^{RÁIGALO, agente} — Veamos... Usted, comisario Chabloz, salga del despacho, por favor.

—¡No! —exclamó Ready, acaloradamente—. Se queda aquí, con nosotros. Es el peor de todos, comisario. Que lo lleven a un calabozo, y que espere.

—¡Mil diablos, señor Ready! —rugió Drouot, rojo de ira—. ¿Quién manda aquí? ¿Cree que porque usted lo diga voy a encerrar a un comisario de primera de la Policía francesa, un compañero mío?

—¡Un bandolero, un encubridor de asesinos, un traidor! —gritó Ready, avanzando hacia Chabloz con el puño enhiesto—. ¡A éste no lo suelto yo!

Chabloz, lívido de rabia, se echó hacia atrás. Y con un gesto rápido, sacó una pistola de un bolsillo del pantalón.

—¡Se acabó! —gritó, mientras de un salto se colocaba en un rincón del despacho—. Legorgeu: quite las armas a esos tipos. ¡Pronto! ¡Mato al que se resista!

Ready, que no esperaba, como tampoco el comisario Drouot, semejante reacción del vivaracho Chabloz, levantó los brazos. Iba en serio la cosa y no podía exponerse a recibir un balazo en la cabeza. El gendarme también levantó los brazos, azorado, temeroso.

Legorgeu, sonriendo burlonamente, cacheó a todos y reunió tres pistolas con sus municiones. A Ready le propinó un terrible puñetazo en la cara.

—¡Ahora es la mía, niño bonito del F. B. I.!

—murmuró sordamente—. Bueno, Chabloz; tuvo una buena idea. Dejemos encerrados a estos idiotas y vámonos.

—¿Hay algún coche a la puerta? —preguntó el comisario, en cuya mirada brillaba la firme resolución de no dejarse coger, costase lo que costase.

—Sí. Está el coche en que me ha traído Ready. Quitamos de en medio a su novia, y... ¡Vamos!

—Chabloz, si le queda algo de sentido común en la cabeza, no cometa un nuevo disparate —dijo Drouot en tono solemne—. Sabe mejor que nadie que agravará su situación, que no tiene escape...

—¡Calle, majadero! —gritó Legorgeu, y disparó sobre el comisarlo con atroz sangre fría—. ¡Vamos, Chabloz, o me voy solo!

Drouot cayó al suelo, lanzando un gemido mientras se llevaba una mano a la cadera izquierda. Después el rumano enfiló su pistola sobre Ready, que se arrojó sobre él a la desesperada, viendo que ahora le tocaba recibir un balazo del enloquecido Legorgeu. Chabloz, astutamente, empujó al gendarme que estaba ante la puerta, y saltó a toda prisa.

Ready se enzarzó a golpes con Legorgeu, que disparaba de nuevo, pero sin fijar la puntería. El gendarme salió tras Chabloz, dando gritos de alarma. Drouot, desmayado tras la mesa, nada podía hacer por ayudar a detener al que fué su compañero.

Legorgeu, desesperado, creyendo tener la libertad al alcance de la mano, era ahora muy peligroso. Vigoroso, aunque cobarde, no le permitía su pavor, anteriormente, luchar como ahora lo hacía. Tenía en la mano la pistola y ello le daba mayores bríos.

Ready comprobó pronto que esto era cierto. Recibió varios culatazos en la cara y la cabeza, que le dejaron atontado, y Legorgeu buscaba a todo trance apuntarle con el arma para disparar sobre él y matarlo. Fuera, en los pasillos y despachos, gritaban varios hombres, y sonó un disparo. Ready pensó en Pauline. ¿La habría matado el desesperado Chabloz para apoderarse del «Lincoln»?

Disparó de nuevo Legorgeu, sin acertar, pero se revolvió entre los brazos de Ready, cuyo rostro sangraba, así como su cabeza. El rumano peleaba como una fiera, queriendo escapar cuanto antes. Se lo estorbaba Ready, y eso le volvía loco de rabia.

El agente federal, seriamente lesionado en la cabeza, no podía luchar con lucidez y agilidad. Sus embotados sentidos, al borde del «K. O.», reaccionaban mal y tardíamente. Legorgeu, notándolo, pugnaba por soltar la mano armada que aprisionaba Ready, para disparar sobre él a boca de jarro y dejarlo fuera de combate.

Rodaban por el suelo, tirando sillas, empujando la mesa del despacho, enredándose con la alfombra. Y nadie acudía allí. Ready reunía todas sus fuerzas para no soltar la mano de Legorgeu que sostenía la pistola, resignándose a recibir una paliza terrible. No podía reaccionar, medio desvanecido por los culatazos recibidos en la cabeza.

Drouot recobró el conocimiento. Vió a Legorgeu golpeando ferozmente a Ready, pero prisionero del agente federal, que sujetaba su mano armada como una tenaza.

El comisario se irguió, apretando los labios para contener un grito de dolor. Se acercó a rastras, silenciosamente, tras la mesa, y tiró de un cajón suavemente. Legorgeu, rugiendo de rabia, seguía golpeando a Ready, que luchaba lo mejor que podía, sujetándolo, impidiéndolo que huyera.

Drouot sacó un revólver del cajón. Lo amartilló y se arrastró, conteniendo los deseos de gritar de dolor. Asomó la cabeza tras la mesa. Legorgeu le daba la espalda. Podía ver bien al rumano. Levantó el brazo y apuntó con el revólver al cráneo del falsificador. Disparó sin temblarle el pulso.

Legorgeu lanzó un espantoso grito de dolor, dejó caer lentamente el brazo izquierdo, con el que golpeaba a Ready, y se derrumbó sobre él pesadamente.

Ready se levantó lentamente, como un borracho, cubierta la cara de sangre.

—Gracias —dijo, sencillamente, a Drouot—. Lo ha matado...

—¿Sí? ¡Vaya por Dios! Un granuja menos, ¿no cree? Ahora, si puede, avise para que vengan a recogerme. Me estoy desangrando. Es el muslo, y no creo que tenga importancia, pero la hemorragia... —respondió, animosamente, el comisario—. Usted también está muy guapo...

Ready salió al pasillo. Entró en varios despachos, en los que nadie había. Gritó, llamando. Se sentía desfallecer, con ganas de tumbarse en el mismo suelo y dejar que se le pasase el atontamiento.

Acudieron varios agentes, que habían perseguido vanamente a Chabloz, que escapó en el «Lincoln», arrojando de él a Pauline violentamente, golpeándola y dejándola sin conocimiento en la calle.

Ready se puso bajo un grifo de agua fría y poco a poco volvió a la lucidez. Le curaron las heridas en el botiquín y pronto se encontró repuesto, gracias a su vigorosa naturaleza.

—Ya acabó todo, cariño —le dijo Pauline, que tenía un esparadrapo sobre una sien, tapando una herida que la culata de la pistola de Chabloz le produjera—. Gunderson puede estar satisfecho de ti, desde el Más Allá. Un poquito estropeado tu físico, ¿sabes?

—No ha terminado todo. Queda Chabloz, que es el peor —respondió Ready.

—Bien, pero eso es cosa de la Policía. Ya lo persiguen y, desde luego, no quisiera estar en su pellejo. Vamos a descansar. Llevas dos noches sin dormir, y tu cuerpo debe estar lleno de cardenales. Te han pegado unos y otros salvajemente. Pero eres agente del F. B. I.

—terminó la joven, con ironía —y ése es tu oficio.

—Y el tuyo, como novia mía, y luego mi esposa, pagar las consecuencias de que yo sea eso, ¿verdad, pobrecita mía? —suspiró Ready, besándola.

—Pero es emocionante, fascina y divierte —respondió ella, riendo.

La dejó en su habitación del Florida a las tres menos veinte de la madrugada. Y se marchó después, más animado, sin sentir sueño ni

cansancio. Estaba excitado, con la sangre hirviendo. Le quedaba aún el resquemor de que Chabloz podía estar en libertad, de que quizá pudiera escapar. Y el pequeño hombrecillo había sido el causante, con los otros, ya muertos, de la muerte de Gunderson, el leal y buen camarada.

Telefonó desde su hotel a la Prefectura de Policía.

—Soy Ready —dijo, cuando alguien descolgó—. ¿Se sabe dónde está Chabloz?

—Cercado en una villa, en la colina de Fort du Mont Alban. Mientras tenga balas no es posible arrestarlo. Ha herido a dos gendarmes ya —le respondió el agente de guardia.

—¿Dónde está ese sitio? —preguntó Ready.

—Al este de la ciudad. Por la carretera de la Baja Corniche. Arranca de la rue Garla...

—Ya sé. Gracias. Voy a echar una mano a ustedes. Creo que mientras no esté encerrado, o muerto, ese hombre, mi amigo Gunderson no estará contento.

—No puede escapar. Es cuestión de tiempo. Lo malo es que en su villa debe tener alimentos, y, como era buen cazador, posee escopetas y municiones. Solamente el cansancio, el sueño, puede rendirlo.

—Bien. Haremos por abreviar el trance. Buenas noches, amigo.

Bajó al «hall» y pidió un «taxi» al empleado del «comptoir». Dos minutos después subía a él y le daba la dirección al chofer.

Mucho antes de llegar a Fort du Mont Alban, en una colina cubierta de pinos, cercana a Mont Boron, los gendarmes mandaron detener al «taxi». Bajó de él Ready y se dio a conocer al comisario Breil, joven, dinámico, de rostro simpático, que tenía una pistola en la mano.

—Ya ve, señor Ready. Llenos de vergüenza y coraje contra ese hombre, que nos estaba traicionando —murmuró al policía, apretadas las mandíbulas.

—Voy a acercarme un poco, si me lo permite —respondió el agente federal.

—Tenga cuidado. Chabloz es un buen tirador y ha herido a dos de nuestros agentes ya. Hay que saltar los muros de la villa, y en cuanto ve a alguien intentándolo, dispara. Cuando sea de día daremos el golpe final.

—¿Detuvieron a Lucy Schomberg, la cómplice? —preguntó al comisario.

—Sí. Escapará bien, porque según parece, la sometían a una especie de chantaje, obligándola a ayudarlos. Es una de esas infelices, un detritus, que baila al son que la tocan. Unos años de cárcel.

Ready se aproximó al cordón de gendarmes que cercaba la villa de Chabloz. Le dijeron que estaba solo, pues había enviado a su familia a Biarritz, para poderse divertir él mejor en Niza.

La villa era pequeña, de una sola planta, con el tejado agudo, a estilo alpino. El edificio estaba en la parte trasera del jardín, pequeño, estrecho, con una docena de pinos salpicados por el terreno.

—Solamente se puede intentar el asalto por el frente del jardín o los costados —le dijo un sargento, que tenía un rifle ametrallador en la mano—. Pero ese hombre condenado, traidor, sin moverse de una de las ventanas, domina todo el terreno. Hombre que intenta saltar la tapia, hombre que cae.

—¿Y por atrás? —preguntó Ready.

—El edificio forma cuerpo con la tapia. Y por allí es más alta, con cuatro metros de elevación. Habría que subir al tejado y quitar las tejas para abrir hueco. Lo que haremos cuando sea de día es acribillar las ventanas, para que él no pueda disparar, y entonces ir al asalto mientras hacemos fuego de barrera.

—¿Me quieren dar una pistola? —dijo Ready—. Con municiones.

—¿Quiere hacer algo? No se lo aconsejo —respondió el sargento—. Chabloz tira muy bien y no es cobarde. Cuando amanezca lo reduciremos sin peligro.

—Me gustaría hacerlo yo. Creo que mi camarada Gunderson estará disgustado si todo este asunto no lo llevo a buen fin. Ya hizo por mí mucho el comisario Drouot, matando a Legorgeu, y Oscar se reirá un poco de mí por eso. Debo rehabilitarme.

Rió el sargento, no comprendiendo bien el carácter de Ready. Pero le entregó una pistola de reglamento, de grueso calibre, y varios cargadores.

—Vaya hasta la avanzada. Tenga cuidado, señor. Lo que va a hacer es peligroso y seguramente innecesario. Al amanecer

atraparemos, vivo o muerto, a ese condenado traidor.

Ready se unió a los gendarmes, que, en línea, con los rifles ametralladores, cercaban la villa. Estaban entre la arboleda, tumbados sobre la hierba.

Fué a la parte trasera del edificio. Efectivamente, allí la tapia era muy alta, y formaba cuerpo con el edificio. Una ventana pequeña, enrejada, era lo único que podía servir de punto de mira a Chabloz para saber lo que ocurría por aquella parte. El estar enrejada, con gruesos barrotes, impedía saltar por ella a los gendarmes.

—De vez en cuando se asoma y dispara sobre nosotros —dijo un gendarme—. Usa un rifle de caza, de grueso calibre, con bala explosiva. Estuvo en África, en el Sahara, hace años, y tira muy bien. No avance por ahí.

Ready había dado la vuelta a toda la finca, y pensó que la parte más vulnerable era precisamente la trasera, pese a ser elevado el muro.

—¿Querría servirme de apoyo para subir sobre sus hombros, al lado de esa tapia? —preguntó a un alto gendarme, fuerte, robusto.

—Nos meterá una bala en el cuerpo, señor —contestó el gendarme, escéptico.

—Es en el extremo del tejado —aclaró Ready—. No puede disparar sobre ese sitio. Está fuera de su ángulo de tiro.

—Bueno; vamos —contestó el gendarme—. Pero después irá usted solo, y que Dios le ayude. Es un peligro innecesario, señor.

Pegados al muro, Llegaron hasta la esquina del tejado y la alta tapia. El gendarme abrió las piernas, sólidas, firmes, y ayudó a Ready a trepar por su fornido cuerpo hasta llegar a los hombros. El agente especial puso ambas manos sobre lo alto de la tapia y se izó con una flexión. El gendarme se retiró cautamente.

El tejado era de tejas planas, con un alero muy saliente, de mampostería. Sobre él caminó Billy silenciosamente, subiendo la aguda pendiente. Volvió atrás al ver que no había ninguna claraboya en él por la que descender al interior del edificio. No era nada fácil, sin peligro grave, entrar en la casa.

Por el canalón de desagüe podía bajar al jardín. Había una sola puerta, la principal, que tendría cerrada Chabloz, como era lógico. Y dos ventanas a cada lado del edificio.

Bajó por el tubo de cinc, saltando más bien, y cayó sobre la

mullida hierba. Ya estaba dentro del jardín, pero también a merced de Chabloz, si lo veía. No tendría escape si el pequeño hombrecillo lo enfilaba con su rifle de balas explosivas.

En aquel instante comenzaron a disparar por la parte de atrás sobre la ventana enrejada, como pidiera él al gendarme, para distraer la atención de Chabloz. Y, en efecto, a las ráfagas de ametralladora de los agentes de la Ley, contestó el seco chasquido del rifle del comisario.

Ready fue a la puerta a toda prisa, pegándose al quicio. Sacó su estuche de ganzúas y probó dos antes de que encajara por fin en la cerradura. Chabloz contestaba a los disparos de los gendarmes mientras tanto.

La puerta estaba abierta ya. Sacó su pistola.

Ready y empujó poco a poco la hoja, pintada de verde claro. Los disparos habían cesado y el agente especial se estremeció. Precisamente era ahora cuando más necesitaba que entretuviesen a Chabloz, para cogerlo de espaldas.

—Estaba ya en un «*hall*», a oscuras. No conocía la orientación de la casa y ello le podría acarrear el ser muerto sin saber de dónde le venía la bala explosiva.

—¡Un diablo me vais a coger! —exclamaba Chabloz en tono rabioso, en una habitación interior—. ¡Idiotas! Si esperáis rendirme por hambre... ¡Ja, ja! Y si es por falta de balas, ¡ja, ja! —Y reía con sorna.

Ready esperó a sentir de nuevo que los gendarmes disparasen, pero esto no sucedía. Chabloz iba de un lado a otro, de una ventana a otra, espionando la oscuridad, atento a la defensa. Era un no parar capaz de volver loco a cualquiera.

—¡Os espero, cochinos! Ya sé que estáis esperando a que amanezca, pero así yo también afinaré la puntería. Hombre que se suba a las tapias, hombre que tumbo. ¡Je, je, je! —reía con nervioso ruido, que demostraba su terrible excitación.

Ready se escondió en un rincón, tras un sillón grande, cuando sintió los pasos del comisario acercarse. Había cerrado la puerta, sin correr el resbalón, y su enemigo podía ver la rendija que quedaba. Pero si llegara a entrar en el «*hall*», ya se encargaría de tumbarlo de un puñetazo.

Chabloz, siempre monologando, seguía su agitada inspección de

las ventanas, escuchando por si alguien caminaba por el tejado. Los gendarmes no disparaban.

Ready decidió que si la montaña no iba a él, él tendría que ir a la montaña y subir la aguda pendiente. Era preciso acabar con aquella situación y con el peligro grave que significaba el que aquel hombrecillo pudiera matar o herir a algunos agentes cuando fuese de día. Gunderson seguramente lo estaría observando, desde algún sitio del Más Allá, y sonreiría con sorna, diciendo: «Vamos,

G-Man;

vamos. ¿Hay respeto hacia un tipo como ése, que con un papirotazo lo deshaces? Yo creía que los del

F. B. I.

no conocían el miedo».

Salió de detrás del sillón. Chabloz, como un demente, recorría habitaciones, charlando por los codos.

—Todo está bien, muy bien. ¡Que vengan esos cochinos a someterme! Hombre que asome la cabeza, hombre que no lo cuenta. Como ya he tumbado dos... ¡Je, je! Tengo doscientas balas explosivas. Tengo más de cien cartuchos de perdigones, que es metralla. Tengo la pistola, con ocho cargadores. Una escopeta del doce... ¡Y un corazón como una casa! ¡Que vengan!

En el pasillo que iba al comedor, pasó ante él Chabloz, gesticulando como un demente, a paso rápido, con el rifle en la mano. Se acercó a la puerta, esperando que saliese para volcarse sobre él y aturdirlo de un puñetazo.

Pero no vio que había una escupidera de me tal en un rincón, y la dio con el pie, derribándola. Sonó muy fuerte el ruido metálico y el rodar.

Un silencio absoluto, ominoso, reinó durante varios segundos. Ready escuchó, pistola en mano, retrocediendo un poco para no ser enfilado por el rifle de Chabloz. Se tiró al suelo, mirando hacia la puerta.

Nada. Parecía como si el comisario no estuviese allí dentro o se le hubiese cortado la vida del susto. El agente federal conjeturó que estaba vigilante, tenso, sabedor de que allí había alguien, en la casa, entrado por arte de magia.

Un leve roce. Otro y otro, muy despacio. Caminaba lentamente el comisario hacia el pasillo, aprestado el rifle, en busca del intruso.

Ready levantó el brazo un poco, afinando la puntería hacia el dintel de la habitación. Había oscuridad, y esto, si era malo para disparar, también le favorecía, porque tampoco Chabloz podría acertarle.

Sonó el disparo del rifle como un trueno y después el chasquido de la bala al incrustarse en una pared. Otro disparo más, y otro, y otro... Las balas, al abrirse en abanico, sonaban como otra pequeña detonación.

Ready se arrastró hacia la puerta. Afuera, los gendarmes disparaban ráfagas sobre la casa.

—¡No me cogerás, maldito! —aulló Chabloz, y volvió a disparar tres o cuatro veces, asomando solamente parte del cañón del rifle por el quicio de la abierta puerta. Finalmente, la cerró con un golpe seco mientras despotricaba ferozmente.

El agente especial se levantó del suelo. Tiró del pomo de la puerta y la abrió con enorme violencia, tirándose al suelo. Cinco disparos, casi seguidos, sonaron, pasando las balas, con ronco sonido, por encima de su cabeza.

La luz de las estrellas iluminaban débilmente el interior del comedor. En un rincón, agazapado, estaba Chabloz, apuntando con su rifle al vano de la puerta. Charlaba como un demente, entre dientes.

Ready asomó la cabeza un poco. Solamente para que su ojo derecho viese el interior de la estancia. Deslizó el brazo armado y apuntó al bulto negro agazapado. Disparó.

Chabloz gritó agudamente. Afuera, los gendarmes acribillaron la casa a balazos. El comisario disparó su rifle donde antes estuviera Ready.

—¡No estoy muerto! ¡No lo estaré nunca! —rugió el comisario—. Una herida leve, muy leve... ¡Asoma la cabeza, maldito cobarde, y verás!

Ready asomó la cabeza, en efecto. Y volvió a disparar sobre el bulto, que ya no estaba donde antes, sino hacia la izquierda, moviéndose. Disparó otra vez.

Chabloz rugió de dolor, pero su rifle funcionó de nuevo rabiosamente, soltando otras cinco balas.

—¡Ríndase, Chabloz! —gritó Ready, con voz fuerte—. ¡Ríndase o lo mato!

—¡Yanqui del infierno, tú tenías que ser! ¡Nunca! ¡Nunca! —

vociferó el comisario. Y se echó a llorar como un niño.

Ready se levantó. Y con la rapidez del relámpago entró en el comedor, dando saltos de gato. Una bala explosiva le silbó cerca de la cabeza. Después ya no le dio tiempo al pequeño hombrecillo a manejar la larga arma. El agente federal se le fue encima y lo manejó como si fuese un niño de diez años. Unos cuantos puñetazos, seguidos de un tirón para quitarle el rifle, y quedó Chabloz sin sentido, tirado en el suelo, desarmado.

Salió al jardín y gritó a los gendarmes. Fue a la puerta y la abrió con la llave que le quitara al comisario.

—Ya está —dijo tranquilamente—. Ahí, en el comedor.

—¿Vivo? —le preguntaron.

—Sí, claro. Los del

F. B. I.

no matamos más que en defensa propia, y aun así, debemos evitarlo, tirando solamente a herir levemente. Me dio lástima. Creo que se ha vuelto loco de pánico. Ahora, buenas noches.

Se alejó del lugar a paso rápido, contento. Por oriente comenzaba a amanecer. La bahía de los Ángeles, la inmensa playa de Niza, se iba tiñendo de rosa. El mar salía de la oscuridad y un color lechoso se extendía por el manso oleaje. El faro de Lympia se apagó súbitamente.

La fragancia de los pinos le despertó el apetito mientras bajaba por la carretera de la Corniche, a cuyos lados se distinguían ya las villas lujosas de los millonarios ingleses, americanos, franceses. Las gaviotas, ya despiertas, chillaban agudamente, acudiendo en tropel al puertecillo, adonde llegaban las barcas de pesca.

Llegó a su hotel. El empleado del «comptoir» le miró admirativamente.

—Ha llamado su novia, señor; muchas veces. Me encargó que cuando usted llegase la llamase. Está muy nerviosa, me parece.

Subió a su habitación. Llamó al Hotel Florida seguidamente, sonriendo.

—¿Pauline? —dijo, cuando la oyó preguntar quién era.

—Sí. ¿Eres tú, Billy? ¿O tú pobre alma en pena? ¡No me dejas vivir, querido mío! Bueno, ¿qué has hecho?

—Ya está todo arreglado, hermosa mía, Chabloz fue detenido...

—¿Por ti? Claro que sí...

—Sí, claro. ¿Por quién, si no? —respondió muy seriamente Ready—. Creo que está loco, el pobre.

—¿Vamos esta tarde de excursión, querido mío? Ya Gunderson estará satisfecho, ¿verdad? Se le ha hecho justicia. Ahora, haz justicia a esta pobre mujer, y dale un poquito de amor. Después del deber, el amor.

—Sí, querida. Todo te lo mereces. Estos días que nos quedan, a divertirnos mucho. Ahora, a dormir. Ya no me tengo en pie.

—Adiós, Billy. Para ser un anglosajón, no te portas muy mal. Un poco vanidoso, pero puede pasar. Me casaré contigo, está tranquilo. Duermes, querido mío.

Ready durmió, sin quitarse el traje, ni los zapatos, muchas horas.



CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREOS

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
MADRID

Muy Sr. mto.:

*Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE
HOY, a partir del n.º, y al precio total de 25 pesetas, por CINCO números
consecutivos, que abonaré CONTRA REEMBOLSO a la recepción del primer
(o primeros).*

..... de de 1953.
(firma)

Suscriptor D.

Domicilio núm.

Ciudad Prev.

APARECERA

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una noveia incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

